

DIARIO INEFABLE

Raúl Sanz García

Σ i

Editorial Inexistente

D *i* **A** **r** **i** *o*
I *n* **e** **f** **a** **B** *l* *E*



Esta obra se publica bajo licencia creative commons. Se permite su uso y distribución libre siempre que sea de modo no comercial y bajo reconocimiento de su autoría.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2024
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

Editorial Inexistente, 2024

Diseño y maquetación: Olga Schwst

DIARIO INEFABLE

Raúl Sanz García



Editorial Inexistente

Este libro puede leerse en desorden; es decir, en cualquier orden.

Las fechas, sobre todo al inicio, son muy aproximadas, solo al final tuve la ocurrencia de ir anotándolas.

Hay textos —salmos, aforismos, sentencias, poemas, proverbios, fábulas o lo que sean— que pertenecen a personajes desconocidos. A veces el personaje soy yo, otras veces son personajes inventados por los personajes previos. Quien quiera evitar estas complicadas heteronomías puede aunarlo todo en una sola voz que divaga a lo largo de los años, se contradice y se olvida a sí misma. Las tramas comunes serán, en todo caso, una consecuencia de transitar entre un idealismo ingenuo y un materialismo indecente.

Si aquí te precipitas...

Vacía tus bolsillos de los dulces ajenos. Todo ha sido usado ya por otros y solo es posible degustar la arena polvorienta que, pisada por tantos, queda rendida tras una puerta.

Hay una muchedumbre afuera que es como una tormenta irreal venida a traición en el día más luminoso. Cerremos la puerta y quede dentro ese día. Pero cerremos poco, dejando un rasguño respirable.

Es necesaria una herida para permanecer. Toda criatura que no haya sido iluminada por unas tenazas hará mejor en nadar en el caos de colores que afuera se aprieta.

Estoy aquí solo viendo pasar lo que pasa: las personas, los coches, las nubes, la luz, el viento, los pájaros, los sonidos... Si estuviera miles de años, vería pasar también los edificios, los vería caer y levantarse, o en su lugar una montaña o un valle.

Todo es hermoso porque me he parado aquí para mirarlo, como un perro que se gana el mejor rincón para echarse, el más fresco en verano y menos lleno de fantasmas. El mirar es estar en medio de lo mirado, si estuviera fuera tendría deseo y el deseo es una cosa incómoda que a veces angustia, el deseo es como dormir en verano con varias mantas.

Pasa un conocido, uno cualquiera, y me habla, me enturbia porque me obliga a un esfuerzo de entendimiento por palabras carentes de vida, así que prefiero dejarlas pasar y que se hundan en el ruido. Me pregunta qué hago aquí solo, y lo dice con prisa, como no queriendo estar, me da la impresión de

ser uno de esos a los que la soledad les parece algo indigno; aún peor, algo extraño. Uno de esos para los que la soledad es una cosa tan vulgar como estar sin compañía de humanos, y que a veces se ha de practicar, como aconsejan los enfermeros, para mirarse cosas de dentro que no saben definir, quizás porque no haya nada dentro.

Pero eso no es la soledad. La soledad es estar en medio de lo mirado sin más, no importan las compañías. Y se puede estar sin compañía de humanos y no rozar la soledad. Porque los otros o no existen o existen mucho y muchas veces, no solo cuando nos abruman con el calor de sus cuerpos pesados, sino también cuando son fantasmas a los que les imaginamos las palabras y los gestos por un artero raptó que los instintos hacen de la imaginación. Son los otros el espejo de nuestra ceguera, y en ellos nos buscamos.

Dios creó sin imaginación. Como era omnipotente, hizo que fueran todas las posibilidades.

Imaginar es elegir entre posibilidades. Su ser fue como uno de esos animales que al parir fallecen.

Las posibilidades se resuelven, para lo definitivo, en la mente humana por una imposibilidad de la misma.

Por estas razones, no es Dios el creador.

Quisiera a veces desprenderme un rato de mí mismo, dejarme de lado como a un abrigo viejo que se deja colgado en una percha si hace un día bueno, y se dejan en sus bolsillos las obligaciones, las citas, los amores, las penas, los recuerdos, los deseos... Y se va uno desnudo a pasear por un campo de

flores que puede ser cualquier sitio, porque cuando uno no se lleva a sí mismo, todo es un campo de flores.

No hay ningún consejo que sea posible dar. La risoterapia es una filosofía de ingenieros.

La vida mancha, es así de simple.

Los paisajes pintados o fotografiados causan angustia de animales disecados. Pero hace tiempo que los paisajes reales terminaron, así que hemos de conformarnos con estas estampas de vivencias ya imposibles.

¿Qué veo en la pantalla sino luz polvorienta? Burda ordenación matemática de una nada luminiscente, gregaria soldadesca desfilando ante mis ojos. ¿Dónde está vuestra suciedad y el olor a muerte de los ríos podridos que ocultáis bajo ese manto? Todo eso también lo imitaremos, me dicen, lo imitaremos hasta que sea verdad, y cuando sea verdad, el mundo dará su tiempo por concluido.

Las almas son de arena y se deshacen en la vida, a veces por una brisa suave y constante, a veces por un tornado. Van todas finalmente, disueltas y otras, a la ausencia que es lo desierto. El ser es una duna esculpiéndose; a medida que es empujada en su avance, se deshace y varía hasta acabarse lo que fue.

Se levantan torres que al día siguiente se derrumban.
Todo está a medias.

La necesidad orgiástica es una necesidad de trascendencia.

Mira el camino frente a ti. ¿Hasta dónde vas a llegar? Cuidado, que la noche se acerca; para algunos caerá antes, para otros habrá luz por más tiempo, pero a todos los cubrirá la negrura. ¿Qué harás entonces?, ¿volver a casa? Tienes que volver antes de que la oscuridad se cierre, porque una vuelta ciega es un abismo. Y si decides pernoctar en el bosque, ¿serás capaz de aguantar el pánico? Por las noches aúllan las bestias y nada se discierne, todo es opaco, todo es extraño, todo es amenaza; pero es también el mismo bosque del día y de la luz. Es el mismo bosque, y si has sido valiente y precavido, podrás encontrar, quizás, una pequeña antorcha que te alumbré durante la noche, y entonces verás la maravilla que es el bosque bajo las estrellas, cuando se oculta a los ojos y salen de sus madrigueras los seres que todo lo han visto y cantan la canción del cortejo infinito.

Para los que regresaron a casa, temerosos de la noche y anhelantes del hogar, seguirá la vida discurrendo igual, en eterno ciclo y en eterno aburrimiento, en eterna comprensión abúlica y turbada del alimento.

Si eres valiente te alcanzará el amanecer. Verás cosas que nadie ha visto y nadie volverá a ver. Te verás a ti mismo, prendido del horizonte y ajeno al mundo, como una ráfaga de tormenta que ríe sonoramente antes de descargar sobre el mundo.

Al otro lado de la calle, todos los días, a la misma hora, está siempre la misma mujer que espera siempre al mismo coche rojo que la recoge. Yo la miro todas las mañanas desde mi esquina opuesta de las 7:00 en la que espero el autobús, frente a la estación de Atocha, bajo un cielo que es grande, envueltos por el rugido de los motores de una calle ancha que se ha de desconfigurar para que no nos aniquile.

Imagino mitologías, hasta es posible que toda mi vida esté siendo una mitología inventada.

Admiro a aquellos autores de obras de nadie, aquellos cuyo nombre desconocemos. Los admiro por algo que no ha dependido de ellos: el haber sido olvidados.

No tengo ningún propósito. No sufrir y no aburrirme. Pero mi epicureísmo es muy vulgar, y no tengo talento para la ataraxia. Hay garras internas. Todo el mundo finge. Odio que haya quien me dé una orden.

La vida tiene mucho de tránsito febril, instantes ingentes que nublan el casi siempre que es la sala de espera en la que la anodina existencia no desea que se abra la puerta.

La mayoría de las palabras de la mayoría de la gente están dichas por decir, por miedo a la soledad —como quien se compra un televisor por la incomodidad del silencio compartido—, a la que odian como una suciedad, o porque no se dijo en su momento lo oportuno y ahora surge, como una excusa, como un alivio, en la forma de cualquier cosa.

La vida imaginada sucede también en el tiempo —se resta a la real—, pero en ningún lugar. De aquí se deduce que lo que es entre las cosas —lo enfangado, lo sensible, las pieles, los orgasmos, los gemidos, la humedad, la pesadez— es superior; superioridad que le es concedida no por razones, sino por el puro deseo dominante de la cárcel de los místicos.

Y sin embargo, vivo más en lo imaginado.

¡Amigos todos!

¡A quién le importa...!

Yo, con este humorismo tragicómico, os digo que me voy a dar un paseo. La ofuscación es una rutina de no dar paseos.

Odio a quien me mande trabajo porque soy un vago; aun así, lo hago porque soy educado y un poco cobarde, pero estos defectos se pasan con el hambre, y cuando la luna llena se queda perenne —lo cual es también consecuencia de no dar paseos— me calzo la mirada del lobo y ladro locuras para adormilar a mis presas. Lo que quiero es hacerlas callar, por eso las muerdo ahí...

Siendo así la cosa, y estando ya perenne el plenilunio, que nadie me trate. Me voy a merodear, pues como decía Fulano:

«todo enamorado es un merodeador», y yo estoy enamorado de la primera que pase.

Miro, veo, no sé lo que veo.

Hay que reírse más o menos, depende de sobre qué. La mitad de la gente es estúpida, que cada cual cuide de a quién se arrima, a mí me es igual.

A quien me arrimo lo devoro o me devora, en este último caso huyo.

No será tan malo que sea el hombre lobo del hombre. Habiendo lobos y hombres lo sería, pero siendo todos lobos... Los lobos también se aman entre ellos.

Esteparios o no, las pantallas cansan mucho la vista y atrofian el olfato.

Me voy a dar un paseo, que no a pasear.

Las personas se imaginan cosas las unas de las otras y no se preguntan, dejan que una aurora las separe y no amanecen nunca.

Sin misterios, la vida sería invivible. Detrás de los misterios no hay nada, y quien no se da cuenta los lleva al ridículo, pero eso son cosas que no hay que decir. Siempre es mejor callar. Observo a mi alrededor una triste carencia de imaginación. Tener imaginación no consiste meramente en tener ocurrencias; tiene que ver, en gran medida, con una sensibilidad peculiar, pero no quiero tratar de explicar lo que no quiero explicar.

Muchas personas no soportan la más mínima incomodidad; eso sí, la fealdad y la monotonía no les parecen molestas.

Digo siempre otra cosa de lo que quiero decir, aunque lo diga bien, pero es otra cosa. Así, la vida es un error, una cosa equivocada. Solo hay verdad cuando no se necesita decir nada, es por ello por lo que la verdad es inefable.

La vida está coartada por la exigencia de ganar dinero, pero exigencia ¿para qué?

No es posible que habiendo posibilidad de una felicidad del cuerpo haya esto. No es posible —y esto me lo digo ante el espejo como si fuera una madre que se ha dejado olvidado a su bebé en el supermercado—.

Casi todo el mundo tiene aparatos para decorarse el alma que no tienen. O para no estar solos.

El tedio es el espacio entre las cosas que buscan los metafísicos.

Si todo el mundo fuera como yo, o al menos muchos bastante parecidos, la civilización se hundiría como si fuera su estructura de papel. Y sería un hundimiento tan ridículo que hasta los historiadores se avergonzarían de contarlo por un pudor parecido al que da un viejo verde y senil al que no se quiere sacar de casa. Se inventarían entonces cualquier cosa sobre la caída de este imperio, se inventarían invasiones de

bárbaros para sustituir esa decadencia tonta de ser muchos parecidos a mí.

Quizás todos los hundimientos a lo largo de la historia han sido así de ridículos, y todas las batallas perdidas lo fueron por causas insignificantes como que alguien se dejara las llaves dentro de casa o que un general estuviera constipado.

Pero qué absurdo ego me lleva a pensar en que si fueran todos como yo...

Sé que soy singular, único, irrepetible, y eso me alivia y alivia a la civilización, que es posible por no serlo yo, o por serlo muy poco.

Así que soy lo contrario a la grandeza de la historia, a las guerras, a las conquistas, a la ciencia...

Desde que los hombres se decidieron a poner nombres a las cosas, ya no pueden ir por el mundo sin una guía turística.

Hemos estado aquí o allá, me dicen. Pero yo no sé, por mucho que me digan, dónde han estado, porque los nombres de los lugares no son los lugares. Es posible que habiendo estado ambos en Florencia no hayamos estado en el mismo sitio, y es posible que ninguno haya estado en ningún lugar más allá de sí mismos.

Me enseñan una sucesión de fotos y me hartan. Yo quiero la foto en sí, la foto de ningún lugar que es ella su propio lugar. Esa no la tienen, solo me muestran estampas congeladas de una vivencia que me es tan ajena como un planeta oculto tras el sol.

A veces paseo por sitios cuyo nombre desconozco, solo sé sus árboles, la grava de sus caminos, las laderas que se rompen en las cunetas, los arroyos secos que cruzan bajo un puente raquíutico, el horizonte siempre tan diverso como

hermosamente inalcanzable. Es un lugar de esos a los que solo se puede llegar con los pasos dados por la mirada que puede ver lo que camina. A esos lugares no se puede llegar en avión, los aviones arrancan el mundo y lo arrojan transfigurado a los pies. Nadie coge un avión para ir a un lugar cuyo nombre no conoce, quien así lo hiciera sería tomado por un idiota, y ser tomado por idiota es lo peor que le puede suceder a nadie. Por eso van todos a los puntos prefijados en las rutas de la civilización mundial. Y luego me preguntan si yo he estado en tal o cual ciudad, o si he visto tal o cual museo. Se sorprenden de que no haya estado en París ni en Roma ni en Londres ni en Atenas y de que no haya visto las pirámides (¡Las pirámides Dios mío! ¡Qué grandiosidad! ¡Nosotros las hemos visto, hemos estado a sus pies! ¡Nosotros, tipos vulgares de barrio, hemos lamido tres mil años de historia!)

Muchos habrán visto las pirámides y no habrán visto otra cosa que una montaña de piedras ordenadas. Si les dijeran que aquello no es nada, fácilmente lo olvidarían. Si les dijeran que cualquier otra cosa tiene un nombre rimbombante, correrían a enseñarte las fotos.

El triunfo es querer que te adulen. Los que buscan el triunfo son bastante estúpidos, porque no conocen el placer de sus talentos, si es que los tienen.

La mayoría de los adultos nunca llegan a una madurez suficiente, y por eso hay guerras y partidos políticos. Si todos llegarán, nadie necesitaría ser gobernado y nadie tendría el deseo de gobernar a otros. Es así de simple.

Haberse quedado ahí es la estupidez. Algunos sabios antes de mí necesitaron miles de palabras para decir algo parecido. Yo, que no soy sabio ni antiguo, lo digo en dos palabras.

No salir a que te dé el aire es un logro de la ingeniería.

Que te exijan explicar lo que está perfectamente dicho es un logro de las ciencias del espíritu al que no le da el aire.

Lo inefable lo es porque queriendo decirlo se dice siempre otra cosa, porque lo dicho es siempre otra cosa de lo vivido, y decir es una cosa distinta de haber tenido cualquier vivencia. Decir es en todo caso una vivencia distinta, por eso lo dicho se dice solo a sí mismo.

Las matemáticas son efables porque lo que se dice de ellas coincide con ellas mismas. Pero amar, por ejemplo, es un acto de una vez, y decirlo es otro acto que, aunque movido por el primero, es ya distinto, por eso solo se le asemeja, lo imita como un trovador que narra la vida de un héroe que en la realidad pudo ser un miserable.

Admirar un paisaje es otro acto inefable, porque decir mi admiración no es mi admiración, es solo mi capacidad para decir una admiración que ha de transigirse en el consenso de las palabras. Solo por mí placer puedo entender tu placer; si yo no lo sintiese, estaríamos incomunicados. Quizás por ello es con el silencio como mejor podemos hablarnos.

Me pregunto cómo es posible haber. Pero ya no tengo palabras para el propio pensamiento de preguntarme esto. Será que ser y crear son lo mismo, y la más prístina forma de supervivencia es ponerse el algo de uno mismo sobre la nada.

El arte consiste en una transformación.

Los viejos cantan siempre canciones de su juventud; son viejos porque cantan canciones de su juventud; si cantarán canciones del ahora, no serían viejos, pero tampoco serían jóvenes.

La vejez nos llegará como un manto pesado lanzado desde muy alto, cantaremos entonces canciones de nuestra juventud, estaremos cada vez menos en el ahora y el tiempo se nos agotará, se disolverá como el humo que exhala un fumador.

He pensado en componer una epopeya como se hacía cuando había poetas, pero ¿a quién cantarle, a qué, a qué héroe, batalla, amores o hazañas? Ya no queda nada de eso, o será que todo estaba en los labios de los cantores.

Yo no sé cantar y las rimas me disgustan. Soy un hombre fastidiosamente contemporáneo, y soy también de esos que evaden la aridez de lo real entre novelas vulgares que inventan pasados ficticiamente bobos.

Las odiseas modernas no quedan bien, no hay grandeza en las palabras de no encontrar aparcamiento.

No admiro seriamente a nadie. Y si admiré a alguien lo he olvidado.

Los sabios de siempre se han enfangado en el hablar sobre la verdad. Se han complicado por ser sabios.

Lo que es verdad, o la Verdad, es muy fácil decirlo: Verdad es lo que hace feliz, por eso el mundo tiene mucho de mentira, el hombre ha clavado ventanas que vomitan mentiras por todo el firmamento.

Las mentiras contentan al mundo.

Muchas veces uno encuentra las respuestas a cuestiones importantes cuando es demasiado tarde, y es inútil especular con qué hubiera pasado si hubiera tenido la palabra exacta en el momento preciso.

Muchas veces pasan cosas como si nada sucediera.

Postergar. Dejo todas las palabras pendientes para luego. Las tengo aquí, en la arena de los bolsillos, en la dejadez grasienta de mis pasos secados al sol, pero las demoro siempre como buen místico frustrado. Las demoro para después de muerto.

Pienso en todos los seres humanos cuyo nombre desconozco y no me viene al sentir la necesidad de ningún nombre. Si se desconoce el nombre de alguien, se vuelve conocido.

Siento la torpeza de todo lo que escribo. Las palabras más hermosas son las no escribibles, aquellas que surgen en la mirada cuando se mira al cielo o a cualquier otra cosa inmensa. Si ese momento se interrumpiera para escribirlo, sería como abrazar a un muerto, una enfermedad, una ilusión.

Pero las palabras de esos momentos no son como estas, son otra cosa más grande, una moldeable luminiscencia que arrebatada y calma el pensamiento hablante. Su gramática es exacta y multidimensional, no tiene reglas, pero abarca en sí todo lo posible.

Esas palabras no están dichas y no permanecen. No pertenecen al tiempo ni al pensamiento. Son como la luz que, aunque ilumine el espacio, no pertenece a él, es ella su propio espacio y todo lo abarca hasta el límite de la materia.

La materia es una obtusa gramática, una gravedad cetrina que devuelve los cuerpos al abismo. Y en esa oscuridad escribo, cegado de aquella luz que está afuera de cualquier símbolo y que no necesita símbolos para ser.

Uno se elige. Uno no se elige. Siempre ambas cosas, o una u otra, o mezcladas, o ninguna. O cualquier otra cosa. Quizás esté todo escrito en una infinita biblioteca de libros infinitos y nosotros, aún tan escasos, realizamos sin darnos cuenta todas las posibilidades de nuestro ser. Qué poca cosa. Ni ángeles ni bestias, sino algo muy distinto, mucho más torpe, muy inferior.

Andar con las botas viejas, tirarlas luego y calzar otras nuevas o prestadas. Los pasos de ayer ya no están, fueron borrados por la lluvia o por las multitudes. Quizás camino en círculo y abro falsedades entre la maleza de una tierra salvaje.

¿Elijo mi camino? No conozco las estrellas, no sé el norte, no sale el sol para mí, no hay carteles, ni siquiera senderos. No, ni siquiera descubro mi camino. Creo mi camino y es tan ancho como

una Antártida plana, angustiosamente blanca hasta lo interminable. Sí, lo creo, lo invento, lo devoro, lo desconozco, y en esto me hago y me deshago. Elijo una bola de billar y estoy ciego, ¿será la blanca, será la roja, la azul, amarilla o negra? Será cualquiera, todas son iguales al tacto. ¿Es capaz el tacto de distinguir los colores?

¿Qué es posible conocer de la historia? Los papeles escritos no son lo que cuentan, sino palabras escritas sin más. Las palabras dichas son meras exhalaciones.

El espectro visible no es para todos el mismo. Para unos es más ancho y para otros más estrecho. Del mismo modo que unos tienen manos finas y otros rudas. Es así, no hay un porqué sí ni un porqué no.

Sencillamente, es así.

En la materia, el amor es una química. En el pensamiento, una fantasía. Es ambas cosas necesariamente.

Siempre mueren los otros.

Si morir es dejar de ser uno mismo, entonces muere otro cuando uno lo hace.

Siempre mueren los otros.

Hoy no estás inspirado. Me mira con mayúsculas en la frente. Es un hombre ciego de unos mil años, es ciego incluso de la ceguera.

Hoy te toca mi paseo, me perteneces. Salgo con este hombre, yo en un brazo y en el otro su bastón de hilos agarrotados en un ovillo que va dejando el rastro de nosotros.

Mira las cosas, me dice, y levanta la cara para que le dé un aire que yo no siento. Le describo las calles, le describo los rostros.

Todo es gris, digo solamente.

Todo es gris, me repite. Llévame a casa. Arrójame al río con una piedra atada al cuello.

Así lo hago. Así muere otra vez.

Estoy aquí —escribo aquí—, podría escribir en cualquier otro lugar, o incluso en el lugar que no es lugar, pero lo hago aquí.

Podría haber deseado a otras mujeres, pero amé a las que amé porque las encontré en mi camino.

Y no deseé a otras que no encontré.

Podría haber trabajado en otras cosas, me hubiera bastado con decir no alguna vez y con alguna casualidad cualquiera.

Podría haber reído otras risas y tenido otros amigos.

Podrían haber sido mis sufrimientos muy otros, pero la cuestión era sufrir la cuota correspondiente a uno mismo.

Quizás devoré mi propio apetito

La verdad es que me he esforzado mucho en hacer cosas bastante inútiles. Que sean inútiles me da igual, pero ahora me siento como si quisiera talar con mis uñas una selva que crece más rápido de lo que yo la devasto.

Los sentimientos se han de expresar como si una espita se abriese bruscamente, sin sutilezas de exactitudes ni estrategias. Si no lo hacemos así, no los estaremos diciendo, estaremos diciendo otra cosa, porque los sentimientos se marchitan en la espera de las palabras. Por eso yo no los digo nunca, soy un maldito general de las palabras, y los generales llevan siempre sus ejércitos a la muerte.

Solo en el silencio he dicho tantas cosas.

Soy un constructor, lo asumo ahora por descarte.

¿Qué construyo? Nada que esté planificado, nada que esté servido en ninguna mesa. Invento edificios que son otra cosa que edificios, para ello tengo dos manos y la pérdida del tiempo. El terror de lo difuso consiste en lo siguiente: las formas que se ven en la niebla son también niebla, y no se puede modelar la niebla. Darles nombres a esas formas es espantarlas. Y por eso no decimos nada.

El hombre que camina por la calle produce a otros extrañeza y a veces incomodidad.

Esto le sorprende, pues es insignificante, y le entristece con una impotencia como cuando se piensa en la muerte.

Puedo permitirme el lujo de ser quien no soy.
Ventajas de no ser nadie.
Puedo permitirme el lujo de sentarme en cualquier parte.
Ventajas de no tener prisa.
Puedo permitirme el lujo de callar.
Ventajas de estar solo.
Puedo permitirme el lujo de permitirme cualquier lujo.
Ventajas de no tener nada.

Qué fácil es juzgar y usar el mundo para indignarse por hipocresías y vilezas como si uno fuera un mesías. Las esquinas siempre apestan a orín.

Aquí todos tienen razón y se encastillan en la caseta del perro. Pero estarse ahí, parado siempre, como un viejo al que le salen telarañas en las manos, desfigura y envenena.

Estoy harto del sarcasmo podrido y el humorismo zafio.

Que bien no saber nada, que te dé el aire, que te aplaste la tormenta y tener sonrisa.

No puedo hacer planes, todo se frustra, y no por un *fatum* contrario, sino por ser mi sendero un erial sin límites.

No puedo guardar secretos, ni puedo darlos a guardar. Tampoco sé si tengo nada que dar.

No puedo tener paz y hago de mi quietud un temblor constante y de mis gestos una broma siempre ingeniosa, siempre eficaz a costa de lo que sea, incluso del desprecio. El humorismo extremo de un alucinado.

No puedo decir nada que merezca confianza. En todo miento, y no por vileza, sino por ser elocuente como un

titiritero, porque la vida es aburrida y todos me aburren y yo me aburro y me aburre el tiempo —lo que no aburre es demasiado tremendo—.

No puedo tener medida, por eso me hice cobarde, para ser pequeño, porque si no sería gigante y pisaría el mundo y lo destruiría, ¿en qué lugar daría entonces mis paseos?

Casi nada me es posible. He ido demasiado lejos y estoy demasiado solo.

Hemos disuelto nuestros rituales en nuestra rutina y nuestros sueños en un código binario.

En esencia, soy mentiras vivientes que en su devenir se hacen reales. Esto supone un velo débil que se rompe muy fácilmente.

Lo contradictorio es que he puesto la sustancia en lo superficial, en la máscara.

Por tanto, cuando hay necesidad, hay verdad y uno, como en un sueño, se desprende de sí mismo para revelar la imposibilidad de su ser.

Has cambiado. Tu antigua y dulce inocencia se ha ido, diluida o disuelta quizás por una lluvia de ahora, porque las lluvias de ahora son sucias.

Ya no escribes con esa caligrafía hermosa y pausada. Ahora rasgas el papel como un salvaje civilizado y metafísico que

ha descubierto ante sí el absurdo de muchas cosas sin el amparo de lo que fue.

Si no me importaras no te diría esto; si no me importaras no existirías. Soy así de vacío, de abismal, de fiero y de loco, de duro y de silencioso. Estoy plagado de calles estrechas y una ciudad infinita. A mí las lluvias me llevan calando desde hace lustros, me han disuelto los ojos y me han manchado el abrigo.

Algunos prefieren el amanecer porque luego viene el día. Otros prefieren el atardecer porque luego viene la noche. Importa poco lo que venga luego. Yo no prefiero nada y lo prefiero todo.

Qué se puede decir de alguien que halla la mayor alegría y la mayor tristeza en las mismas cosas; que es un impedido y un idiota, que no tiene medidas y no sabe hacerse ver por mucho que se esfuerce. Es por algo que le falta, de igual modo que hay muchos que no comprenden algunas palabras —las más importantes—.

Siempre traigo mi tristeza a las fiestas que comienzan y mi alegría a las que han terminado.

Nunca he discutido de política seriamente —he discutido seriamente de pocas cosas, porque las cosas serias, como la muerte o el amor, me dejan sin palabras—. Miro las discusiones con curiosidad y desazón, y entiendo demasiado bien mi falta de comprensión o de interés.

Tuve momentos en los que hice amagos de vestirme de arlequín y enmascararme; eso pasó y es curioso cómo se puede

estar más oculto sin máscara, o cómo son las máscaras las que destapan los rostros y los muestran tal como son.

Miro mucho a la gente. Espío. Soy un ornitólogo de personas, un *personólogo*.

Lo que me interesa no son sus vidas o sus intimidades, sus avatares, sus amores, sus desdichas, etc. —todo eso me importa de otro modo—. Lo que me interesa no sé describirlo —malgastaría palabras—. Me fijo en cómo se mueven, cómo gesticulan, cómo miran, cómo hablan, cómo dicen lo que dicen cuando dicen y cómo dicen lo que callan cuando callan; cómo es su manera de estar acompañados y cómo es su manera de estar solos. Creo que todos tendrán dentro de sí papeles y plumas. Pero qué sé yo que no sé nada de la gente, que me parecen todos increíbles, fascinantes, dignos de observación. Me paso el tiempo mirándolos como a una cosa extraña y ajena; quizás porque yo, siendo también gente...

Mi suerte no ha sido de ninguna clase.

Los trenes pasan, pero las salamandras no cogemos el tren; eso no es buena ni mala suerte, es sencillamente que las salamandras no usamos tren.

Saber el remedio de tus males no los cura. Es solo saber.

Tengo sobre la mesa la medicina y no la puedo tomar; sería muy fácil: estirar la mano, coger el frasco, abrirlo y beberlo...

Y sin embargo, no puedo. Es como si fuera una bola de acero con el líquido dentro.

Necesito una medicina para tomar la medicina.

No se trata de pensarse o no diferente, sino de pensarse igual, pero igual a uno mismo, de estar en el centro de la propia existencia, de alcanzar la plenitud y alzarse sobre las ruinas del relativismo en el que nada vale nada. ¿Qué me importan a mí vuestro camino, vuestras expectativas o vuestros sueños?

Necesito a alguien que me haga caer en la locura, alguien a quien odiar y a quien amar. Sí, ¿qué diferencia hay entre unos y otros? ¿A quién le interesan los hombres juzgados por sus ociosos ensimismamientos? No me habléis de rebaños —¿qué tendrá que ver?— ni me arrojéis el sermón de la aburrida democracia.

Pensarlos iguales entre sí es despreciarlos. Amarlos es pensarlos iguales a sí mismos y por eso diferentes, y por eso preferibles.

Si estuviera en Delfos, ante la Sibila, le preguntaría qué preguntarle.

A veces, sin ser malvado, digo cosas malvadas de otros. Lo hago para sentirme un poco parte de ellos.

No mira el mar quien sabe mirarlo. Mirar el mar, o cualquier cosa inmensa, es no saber mirarlo. La mirada es nervios atados al cerebro.

En el desierto, el paraíso es la cantidad de arena que puedes coger con las manos.

Un amigo que dice conocerme me ha invitado a una fiesta. En realidad, me ha invitado porque no me conoce, he fingido ante él que me invitara. Por supuesto, no irá a su fiesta quien él conoce.

Una mujer me dijo que tengo los pies hermosos. Desde entonces, cada vez que una tristeza o una dificultad me abruman, pienso en que tengo, al menos para una mujer, los pies hermosos ¡y eso me alivia!

Cuando acabé la infancia, comencé a escribir. Un día, al poco de haber comenzado mi escritura, paré y pensé: ¿qué estoy haciendo? Escribo, ya no soy un niño —dejar al niño es morir—.

Aquella no era la verdad. No, los niños escriben también, pero no piensan que escriben.

¿Estaré muerto?

¡Muerto, Dios mío que no existes!

¡Muerto!

No puedo ser misionero. Si pudiera, lo sería. Pero ¿qué hace un misionero? Quizás, en la imposibilidad de que se me acomode cualquier respuesta a esa pregunta radica mi no poder ser misionero. Aun así, a los misioneros les supongo un hacer algo por los otros, o por sí mismos, por un dios, por una orden... No lo sé, por eso no puedo.

Yo quisiera volcarme, quitarme de ser para que los hambrientos me devoren. Eso no es ser misionero, es ser un loco, un alucinado o algo peor. Pero me retraigo y me excuso en la civilización que me enseñó modales y vestimentas, e higienes diversas para el ocio correspondiente en las tardes libres.

Si yo lo dejara todo, supuestas querencias y supuestos trabajos, y me fuera a África a los lugares en los que por televisión dicen que se sufre, si yo hiciera eso, ¿qué estaría haciendo? Sería quizás como fugarse con un amante. No me veo tan santo, soy cobarde y me pienso demasiado, y en mí todo es una aventura erótica. De todos modos, ¿no me perseguirían los contratos que aquí dejara?, ¿no haría de mí otros trabajos?, ¿sería más feliz?

No se debería poner ni una coma, ni un pero minúsculo, a nada escrito por cualquiera algo así como íntimamente, o emotivamente, o poéticamente.

Aun así, hay idiotas que ponen peros como si argumentaran.

Puedo ser los trescientos y pico diputados del parlamento. Puedo ser cada uno de ellos y todos a la vez. Y puedo salir

al estrado y argumentar —si es que así se le puede llamar— como cada uno haría. Puedo debatir infinitamente conmigo mismo.

Pero si fuera yo, el yo usual que es siempre el que menos cuesta ser para el máximo placer, no podría ser ninguno de ellos. Y si saliese este yo a argumentar, me echarían por idiota, por loco o por agitador.

La constitución, diría, ¿qué es de mí? Yo, por ser libre, no tendría ninguna, ¡que me dejen en paz los que la necesiten!

Reformaría la constitución febrilmente hasta hacer de ella un poema satírico. Y me parece que nada cambiaría salvo que sería más divertida.

Podría quedarme horas en la nada de mirar si no fuese por el riesgo de morirme. De morirme, sí, de morirme por olvidar las citas de la supervivencia.

Por ser de mi misma especie, amo a los seres humanos. Esto podría no ser verdad, son palabras y basta. Sencillamente, digo que sea.

Hay otro hombre que sigue nuestros pasos.

A veces es muy discreto, sobre todo en las multitudes en que puede ser cualquiera.

Pero otras veces se enseña descarado no muy lejos y desafiante, casi pisándola, a nuestra sombra.

Hay noches un poco terribles, pero solo un poco, en las que la nitidez asola el mundo.

Y peores son las mañanas de esas noches.

Me escondo para que no me saquen a bailar, y es porque pienso mi moverme.

Asumirme en un ritual cuando no soy creyente, sino todo lo contrario, es incómodo hasta clavar una sonrisa de madera a las puertas de la felicidad.

He pensado en dejarlo todo. Pero pensar eso es no pensar nada, porque «dejarlo todo» es solo un eslogan de panfletos turbios. Si lo dejara todo, ¿qué dejaría?, ¿qué hay aparte de mí?

A quién lo deja todo solo le mueve una cierta incomodidad no mucho mayor que la del que deja de fumar o cambia de trabajo o se muda a otro continente.

Solo veo posible una manera de dejarlo todo: morir.

A veces tengo angustia del ocio disponible un domingo. En general, del ocio disponible.

Si toda la vida fuera ocio, ¿qué vida sería?

Cuando, como es mi caso, se llega a la edad de mil siglos —cifra tan rotunda como si se viviera infinito—, uno piensa en lo que se pensaba en la infancia sobre el tener mil siglos.

Y se llora de ser tan idiota como para que pase el tiempo y de añorar al niño que podía pensar en futuros y jugar al mismo tiempo. El niño que jugaba a pensar futuros.

Ya no me puedo fascinar por nada, así que deja de pasarte desnuda frente a mí. Aprobé la anatomía hace mucho.

La vida actual tiene luces a las que nadie ha llamado, luces eléctricas que mancillan la oscuridad de los poetas.

¿Qué es esa maldita intermitencia roja que molesta mi melancolía de arrojarme a las tinieblas?

El romanticismo fue posible porque se alumbraban con velas. Hoy las masas se disfrazan de aventuras galácticas.

Amo al niño que fui desesperadamente, de tal forma que si me lo quitarán de la memoria, sentiría que tengo que morirme aunque no supiera por qué.

El primer día de colegio, equivoqué el camino. Desde entonces fui a otro lugar.

El momento de terminar el colegio no lo recuerdo muy bien, lo tengo en una nebulosa parecida a dormirse.

Hay gentes que parece que no piensan su vida, como si fueran un oso, una hiena, un pájaro carpintero, un puercoespín, una medusa, un babuino, un jilguero, un koala, una trucha, un abejorro, etc. Le rezo a un dios que supongo para que mi parecer no sea cierto. Aunque cierto es que mi parecer no es cierto porque yo, que sí pienso la vida, la pienso tanto que la invento, e invento incluso las vidas de los otros.

No sé aburrirme, pero sí que me duelan las piernas de haber caminado tanto y tan absurdamente por no saber aburrirme. Sí, de haber caminado tanto. Por el placer de caminar y de no haber llegado a ninguna parte. Por el placer de no llegar a ninguna parte.

Aunque la verdad, y me avergüenza decirlo, es que no sé llegar a sitios.

No soporto que me discutan, pero no por cuestiones de carácter o de estirpes devastadoras, sino porque me consume la perplejidad ante quienes hacen de las palabras cosas discutibles.

Mi decir es lo posible de un imposible.

Mi no soportar es herrumbrarme en otras lenguas; lenguas del mismo léxico, de la misma gramática, pero de un mundo alterado y de sentidos danzantes.

Existen palabras mágicas que atan pies y manos por dentro. El hechizo más fuerte es: silencio.

Son muy tristes las epopeyas modernas.

Son muy tristes las trilogías de salvadores de universos. Aunque yo también, fantásticamente, las he recorrido, pero fue solo por navegar entre estrellas, fue solo por planetas distintos al mapamundi de todos los días que aprendí de niño en tan poco tiempo.

Solo no son tristes las epopeyas de hombres solitarios que navegan entre estrellas.

Mas los hombres solitarios mueren solos sin que nadie les haga cantares.

Camino y no sé adónde voy. No sé saber adónde voy. No sé que se haya de saber adónde ir. Y digo que no sé adónde voy porque me han enseñado que ha de haber, aunque uno no lo pretenda, siempre un adónde ir. Es una de esas cosas que te enseñan sin que las pidas, por la indefensión de quien no pide nada y le cuelgan labores de su mirar sin intenciones.

Pero yo, en el fondo de mis pasos dados o no, en el fondo de mi leer las calles o saber los campos, en el fondo de recordar, en el fondo de las lenguas de saber las cosas, en ese fondo, camino y voy al lugar que no sé y que soy no saberlo y que siento distinto de saberlo.

Sentir que todo está por decir, porque todo lo que se dijo se dijo mal, y sentirlo, aun así, inútil, como si todo lo efable fuera solo como el rumor inadvertido del paseo de hacer recados.

No sé esa palabra que por debajo de las lenguas desata el ser. La mirada que huele las almas.

Se ama aparte de las palabras.

Fuera de aquí, de este concreto aquí escrito, es todo fútil lejanía, pesadez, calor, ropa mal puesta y su torpe elegancia, disfraces, vómitos e impotencia, ahogo, méritos y deméritos, vaguedad, neblina, madrugadas frías, zumbidos terribles que taladran el cuerpo, combustible, hambre, camas deshechas, váteres sucios, pasillos fríos de la parte de atrás de alguna oficina de materia desechable.

Puentes que nadie cruza, el río, sucio como el mundo de fuera, no invita a tirarse.

El cielo, sucio como el mundo de fuera, no invita a volar.

Más allá de este concreto aquí, de este aquí que sí es vuelo, todo se constriñe y asfixia como pan mohoso. Mundo caduco y triste.

Hay otro amor que es como un comercio. Antes, se vendían hijos. Hoy hay quien se vende a sí mismo.

Es propio de ser persona ser vulgar.

La informática me hizo perder un poema bello. El más bello que escribí jamás. El más bello que, sin duda, nadie escribiera jamás. Y la informática, esa etérea realidad binaria, lo ha disuelto en luces imaginarias.

No existió, ahora que lo pienso, nunca mi poema, fue un sueño en el onírico mundo de las cosas en pantalla, palabras fantasmagóricas que llegan de un más allá cualquiera.

No me importa que me mientas, no me preocupo por mentiras o verdades; todo es, de algún modo, una fábula.

Solo ansío la palabra bella; si la tienes, dámela. Si no, guárdate tus discursos, no los quiero ni aunque expliquen al mismísimo Dios. Porque Dios, como sabes, es inexplicable, y de ahí, poema, la palabra bella como fabuladora más allá de la fábula, como mentira suprema más allá de la rutina de las torpes palabras de burócratas consoladores.

Estamos repitiendo los versos creyéndolos originales.

Si no puedes mover una montaña, cúbrela de flores.

A veces pienso que el mundo no es más que una tremenda broma macabra. Miro todo lo ridículo que han producido los hombres y lo contraste con todo el horror que ellos mismos han creado. Y es para llorar de risa, pero para llorar sangre, para no tomarse nada en serio y ahogarse en el humo del cinismo más perezoso.

Hay cosas que me fascinan más que cualquier misterio metafísico. Por ejemplo, que haya quienes toman en serio a los políticos y a su política.

Nosotros, gente del teatro, de la farándula y de la fábula, toleramos tal esperpento como si fuese un *happening* global,

orgánico e infinito; una grotesca obra del surrealismo más burdo que divierte a nuestra tristeza. Impotentes, olvidamos nuestra flaqueza y dejamos hacer. A veces queremos reír y otras llorar.

El arte, como suprema sanación, nos muestra que es también su propio reverso, el veneno, la enfermedad.

Pero nuestra vida está muy lejos de todo eso.

A Buda lo echaron en cara que se apartara, aunque él les enseñara con su retiro el principio primero de transformar el mundo.

No comprendieron.

Vosotros que permanecéis ¿os habéis mirado las manos?

Hay una realidad, cierto, pero puede ser simulada con encantamientos diversos. Así que es una realidad por defecto, y quien se conforma con ella, como si fuera la cosa única o verdadera, es un ser por defecto.

En mis sueños me sonríes siempre, por eso sueño. Y si en ellos me das la espalda, es porque yo te lo pido, y es tu espalda el cielo estrellado.

Avanza mi vida y siento que, lejos de anularme el sudor los orificios del espíritu, me evado y me disuelvo en algo que

no sé. Reposo cada vez menos aquí y se espanta mi piel de verme atado demasiado tiempo a algo, porque es entonces cuando veo cara a cara al gigante que devora a sus vástagos.

Vivo en un lugar frío y no lo caliente. Los invitados se quejan —¡que no vengan!—.

No, no lo caliente. Aquí, que no hay cielo ni desamparo, hago la mística de surgir las palabras de este frío rácano.

De este frío abismal. Tan absurdamente profunda es mi alma.

Tuve un trabajo.

Un hombre gordo de mirada muerta y voz apremiante me encargó demoler unas casas antiguas, secar un río y asfaltarlo todo.

En su lugar, pinté todo de color sangre y estampé en los muros los negativos de mis manos. Como si fuera un genio paleolítico, pinté esquemáticos bueyes, coches antiguos, aviones futuros, hombres armados cazadores de monstruos...

¡La caza será propicia!

Me despidieron.

Afortunadamente, me contradigo bastante.

Puedo vivir sin ti que nunca me has amado y que sin embargo, a cada paso, te dejabas caer...

Hacer crítica social desde la poesía es como hacer crítica del arte desde la ingeniería.

Que yo tenga esperanza o no en la *Humanidad* no me surge de ninguna entraña ni de ningún hermanamiento, sino de la mirada. ¡¿Cómo voy a tener esperanza viendo lo que veo? ¿Cómo voy a tenerla?!

¿Esperanza en qué? ¿En esa devota sensualidad con la que os aniquiláis? ¿En ese mal hambriento ser metafísico de vuestras ingles?

¿Por qué he de tener esperanza en ninguna *Humanidad*?

Al menos me alegras tú, pequeño, tan inocente y tan distraído. Tú y solo tú, por inocente y por distraído, me das esperanza. Porque estás en otra cosa que la *Humanidad*; porque están tus manos en el barro de la vida, en el juego sincero de ninguna reflexión, de ninguna procreación, de ningún gobierno distinto del aire que lleva en sí inscrito todo el caos y todo el orden, desde el inicio al fin de lo existente, en su sencillo soplo.

Me llamas por mi nombre y aun así he de espantarme la sombra que ciernes sobre mi palabra. Sé de ti la sonrisa fugitiva y el capricho con el que me invitas a tu mesa, pero es todo tan ajeno que devoro en lengua extraña los manjares y el veneno cotidiano.

Sé tu rostro que saben todos, pero yo lo sé de cerca, mirado en la conjunción que lo hace diferente. Un rostro es solo un día cualquiera, un don impenetrable que arrebató su propio cielo. En eso me pierdo, siempre tormentoso, con mi palabra

de acento equívoco. La claridad de tu mirarme es el naufragio de todas las caravanas desérticas hacia jardines de más allá.

Pero ¿qué es un rostro? Máscara de realidades moribundas, papel pintado, senda oculta en un bosque.

¿Te amaría igualmente con otro rostro? ¿Caería sobre tus ojos del mismo modo?

No lo sé. La ausencia.

Inmolarse a mayor gloria de cualquier asunto, por diminuto que sea, es un privilegio. Creerse en semejante acto como el animal que, al no pensarse, hace idéntico su vivir a un acto pleno de fe, de certeza, una carencia de necesidades de cualquier planteamiento porque el vivir ya lo es todo.

Se puede decir: «todo es falso». Y si fuera así, la falsedad sería la realidad del ser. La falsedad sería lo cierto.

No encuentro a quien hablarle.

Toda alquimia es interior. No hay magia que modifique el mundo externo, toda operación sobre éste es pura mecánica, técnica y nada más. Pero hay una magia que funciona en la inmanencia y que lleva a la locura o a la sabiduría. Sus caminos se bifurcan en dos sin otra posibilidad. Por esto los místicos son los mayores alquimistas de la historia.

La ciencia es para el mundo, se dice, se escribe, se elabora y se demuestra para poder ser repetida. La alquimia no es ciencia, sino trabajo interno, no se dice sino herméticamente, no se escribe, no se demuestra, se hace de hechos irrepetibles; se elabora en un proceso vital que, en el tiempo, traspasa el tiempo.

La transmutación de los metales es la metáfora iniciática de ese desapehenderse. El polvo de proyección es el cruce en el que se bifurcan los caminos. El elixir de la eterna juventud es el don de quien anda por esos caminos.

Si todo esto no se conoce, no es recomendable leer las obras herméticas.

Ningún sabio, si así se pretende, debería escribir una obra de «ayuda» para los otros. Estas ayudas son puertas falsas para transeúntes débiles. La fortaleza se forja en el hierro de las tormentas, en las palabras ácidas de las industrias, en la aridez del alma del mundo.

Los sabios son lo contrario de los locos. Los locos cacarean su verborrea como gallinas, seres proféticos en nirvanas instintivos que llevan abierta la puerta de las palabras y todo se les escapa.

Los sabios, al contrario, han llegado al silencio de que nada sea posible decir. Están en paz, por eso no deben escribir, ellos son ya más allá de todo lo que sea posible, y si leemos sus pasos como quien lee flores, comprenderemos que nada se comprende.

Los capataces dicen: no sabéis nada que no queremos que sepáis.

Todo hombre, en su decir, se dice a sí mismo.

Sócrates fue un hombre que gustaba de estar en la calle siempre y con solo hablar cara a cara a los transeúntes pasó a la posteridad —más bien, lo pasaron—.

Un hombre así, si viviera hoy, no pasaría a ninguna posteridad y seguramente no le sería reconocida ninguna sabiduría, y al primer Sócrates nadie se la ha negado nunca.

¿Es posible un Sócrates en estas calles de plástico, en estas conversaciones con nadie?

El mundo actual se vocifera a través de lo televisado, y esto ya marca la imposibilidad de Sócrates, porque lo televisado impone escenarios y puestas en escena, congregaciones y actores. Es decir, todo lo contrario a un suceder socrático.

Sócrates, tal como fue, hoy es imposible. Hoy sería efímero, se acabaría en un barrio o en un suburbio, sería un sabio de gueto y, como mucho, una curiosidad de suceso breve en las noticias sensacionalistas. No tendría, desde luego, ningún discípulo que redactara diálogos en su memoria; como mucho, un antropólogo casual de los que no reconocen a nadie, sea humano o mascota.

La disposición inocente y alegre hacia la filosofía ya no existe. Hoy es todo una cauta soberbia de señores apresurados y algún cazatalentos que vaga drogado por las calles en busca de niñas a las que violar.

He escrito esto muchas veces, tantas como quienes saben de palabras, y otra más por quienes no saben de ellas.

Para algunos he escrito un abismo y para otros un fuego. Hogares y desiertos. Horizontes y cárceles. Extrañeza, pausa o locura. Sinceridad o fingimiento.

Los verdaderos sabios saben que no se da en el universo ninguna perfección, ninguna completitud, ninguna frontera. Que no es posible un Dios sino como personaje.

La verdadera demostración de que Dios existe es que no existe. Y viceversa.

Realmente, más allá de pensarlo, todo es absurdo.

No hay nada que sea absolutamente idéntico a otra cosa. La única perfección es la particularidad.

Eres tan perfectamente distinto...

¿Qué es la *humanidad*? Algo que, incapaces de sostenerse en ella, los propios portadores disuelven en una vida inhumana.

Las palabras aparecen sobre el blanco como exhumadas por un enterrador furibundo y caprichoso. Desnudas, pulcras y quietas como cadáveres de fetos.

El maldito *elogio de la minucia* que abarca toda esta literatura contemporánea. Mierda de nada. Dejad de restregarme vuestra ropa interior, quitadme de vuestros alumbres, del olor a jabón muerto de las abuelas que os desprecio, de vuestra infancia desconchada e insulsa. Si no tenéis un cielo diferente, o una palabra que decapite las rutinas, apartaos.

Una vez salido de la tribu no se puede regresar.

Sálvate tú. No esperes a nadie. A nadie se le puede hacer el camino ni andar los pasos.

Tú salvación será luz para los valientes, para los solitarios.

Hablan de vaciar la mente; falso. Quien no es capaz de pensar cada paso —por qué, para qué, hacia dónde, cómo— no camina.

El pensamiento es el don.

Amamos nuestros dolores porque comprendemos internamente que la vida es dolor, y torpemente nos rebozamos como cerdos en la pocilga temerosos de que haya una higiene, sucios del miedo a estar limpios, de ser libres.

No prescindamos de una cierta rutina.

Tanto embrollo para acabar diciendo, en el fondo y como única claridad, que no decimos nada, que todo es un enredo de ideas, como un montón de tacos de juguete con los que se puede construir un castillo, si es que se pretende algo tradicional, o algún ingenio arquitectónico nunca visto. Edificios de la fantasía. Arquitectura de juguete.

Filosofar es como pintar un paisaje desde un tren en marcha. Es incluso menos que pintarlo, porque desde el tren se

aboceta solamente y luego, en el calor de una guarida, se pinta lo que la imaginación ve en los bocetos. Y como nada había quieto, uno ha de seleccionar las cosas que le va a poner a su obra. Si aquí pasa una montaña, decidiré pintar una montaña con el recuerdo de la que vi pasar; y así con lagos, bosques, casas o incluso gente. Nada se inventa ni se pinta nada que no sea real; sin embargo, el paisaje como obra terminada no existe.

Solo veo una manera de hacer un paisaje que se acerque a lo real, y es que el tren se averíe.

Tratado poético-amoroso

Los poetas somos de lejos a quienes menos han amado las mujeres. Lo dice en todo la historia de la literatura.

Algunas mujeres quieren que les digan versos, pero no quienes los escriben, sino hombres funcionarios e intrépidos para la vida, de buenas formas y decentes dotaciones; hombres planos, aficionados a músicas monocordes y a los videojuegos; ingenieros de cualquier cosa, arquitectos de cualquier otra, billeteros de pantalón corto en domingo y reloj en la muñeca. Ese acto es parte del cortejo, ritual de humedecimientos harto insidioso que hay que pasar como buenamente se pueda.

Los poetas lo han escrito todo, pero no se sabe de ninguno que haya sido capaz de una coherencia al declarar, cara a cara y con palabras, un amor. Les ha podido siempre la hondura de sí mismos. Esos hablars están solo al alcance de mercaderes, que tienen bajo su manto el saber que venden minucias que no valen lo que piden y en las que creen más bien poco. Los poetas no saben ser comerciantes, les es tan ajeno ese oficio como las matemáticas a las moscas.

¿Qué pasa cuando uno sabe que la vida que le gustaría llevar no es posible, sencillamente no se da en el mundo?

Todo es enderezar en la curva infinita de un camino de arena polvoriento y tramposo. Enderezarse por fuerza bruta contra la velocidad extraña de no llevar rumbo, contra la fascinación inútil de un niño de mirada dilatada y diletante que bebió hasta agotarlos todos los mares de la imaginación.

¿Son estos los hombres?, se pregunta ese niño recién cumplida la madurez y encuentra explicación a unas pocas cosas técnicas, mecanismos de máquina preindustrial, pero poco más.

Hay bellezas que se tienen y bellezas que se hacen. La primera es en sí decrepita y la segunda un castigo injusto ante el que se revela todo ángel caído, es el don de hacer del desierto el mundo hermoso: la inteligencia.

Grasa —el místico—.

Tendréis todas las virtudes de la pura grasa, pero yo puedo vivir amputado, siendo solo una pura mente. Si a vosotros os sucediera, no seríais nada.

Se es libre, no se piensa que se es libre. Se es lo que se es y no se piensa en ello. Siendo así, habría que rehacer toda la

historia universal para no pensarla tanto. Pero rehacerla no en el sentido de volver a escribirla, sino de volver a vivirla para no volver a escribirla.

Todo lo que he hallado, lo ha hallado un vagabundo.

Todo lo que amé fueron poemas tirados en la acera, y los voló el viento antes de que pudiera leerlos.

Todo lo que he sido, lo han visto con prisas quienes me encontraron persiguiendo esos papeles.

Y no hay nada más que decir. De hecho, hay menos.

Hubo un tiempo en el que pintaba cuadros, hasta que encontré un cuadro no pintado por nadie tirado en la cuneta del camino de un bosque, y al regresar la mirada de la llamada de un idiota, el cuadro ya no estaba.

Entonces fui a los museos en los que colgaban mis cuadros —porque yo era un pintor reconocido— y me los llevé diciendo: hasta que no seáis camino, no os devolveré. Y los arrojé todos a las cunetas para que allí se marchitaran de no ser vistos.

Siempre hay la tentación de decir de más, de contar cosas que a nadie le importan.

Pocos saben poner puntos finales.

Hay hombres que creen, religiosamente y como Dios manda, que nacemos sin alma y que esta se construye con una vida aplicada. Pero ¿por qué pensar la vida dirigida a una trascendencia? Quién sabe con qué actos, palabras o éticas se construyen las almas. Quizás es cierto que nacemos sin alma, pero solo algunos poseen la capacidad de construirse una; si así fuera, quienes careciesen de ese don, ¿por qué habrían de preocuparse por estas cosas? Vivirían como una cosa animal, angustiados, si acaso, por el dolor acechante, pero sin abismarse por algo que les es tan ajeno como la metafísica a un caracol.

Vivo por tanto a mi aire. Si un alma se me construye, brotará como una flor no llamada, de una semilla caída en mí desde una lluvia cualquiera de ser así.

La receta de la felicidad es muy sencilla: para ser feliz tienes que estar alegre. Del mismo modo que para no quedarte calvo tiene que no caérsete el pelo.

El verdadero castigo al pecado original es tener que comerse una manzana cada día.

Me pregunto por qué misterio no paseáis con una sonrisa en la cara en lugar de ese gesto de bestia contenida, desafiante y abrupta.

Por qué no son vuestros pasos caricias sobre el mundo
¡Por qué esa desconfianza!

Pequeña infancia perdida en los laberintos de la carne, en el oprobio de hacerse otro ante el espejo.

¡No tengáis esperanza!

Todo esto sería un error si hubiese algún propósito, pero ¿de quién?

No te entristezcas si estás solo. Yo, ausente, aliento sobre tu sombra, siempre tras de ti, a todas horas.

Soy capaz de volar sin ninguna ciencia, solo con la propia voluntad de volar.

Vuelo con todo el riesgo de matarme, mas vuelo.

La vida pura carece de técnica, al igual que la creación pura. Todo es cuestión de una técnica, de un método, de una enseñanza, de una escuela, de un proceso, de una rutina, de una costumbre, de un oficio.

Si se quisiera escribir el poema de arte puro, habría que fundar para tal propósito una lengua sin referentes ni gramática, un idioma mudo e incomprensible.

La informática es una realidad inexistente. Puedes maximizarte o puedes minimizarte. Puedes cerrarte. No serás nunca nada.

A lo que tenemos que enfrentarnos siempre es a nosotros mismos. Todo horror vive en nosotros mismos, todo placer, todo deseo.

Mi imaginación es demasiada para esta vida.

Mis razones son para todo muy distintas.

No sabemos caminar por el bosque. Quebramos todas las ramas.

Cuando uno deja de ser una persona y se convierte en una factoría.

Me crucé con un caminante y le grité: ¡Vas en dirección contraria! Yo estaba tan alegre. No me respondió, solo me miró con un gesto fantasmal.

Me detengo muchas veces y bajó del bosque antiguo a las rocas del borde y siento el aire en la cara cuando miro la inmensidad.

¡Ah, qué goce de estar vivo!

¿Qué hacer cuando sienta tan mal el uniforme?

Mis ojos son de todos los colores. Cuando el mar es verde, mis ojos son verdes. Cuando azul, mis ojos azules. Cuando hay noche despejada, mis ojos son negros y titilan en ellos luces lejanas. Cuando pienso en los campos secos del verano de mi infancia, mis ojos son ocre y, según atardece, se vuelven rojizos.

Es posible verlo todo desde la terraza desnuda.

Hombres inmortales no hubieran producido cultura. La inmortalidad, si algún día se alcanza, marchitará todo lo humano. La ciencia conseguirá entonces su fin supremo: aniquilar toda sabiduría, todo bien, toda caricia, todo verso, toda lágrima, toda sonrisa, toda palabra.

Hombres que no pueden morir son hombres que no han nacido.

Esta es la teleología de la matemática —porque la matemática es esencialmente teleología—, fantasía imperialista con

aires de ser la malla del mundo, su sustento, su origen y su fin.
Delirios humanos.

Hay caos solamente: libertad.

Tenemos hoy en día muchas comodidades. Las clases medias viven mejor que muchos reyes del pasado y los superan a todos en cultura, en bondad y en titulaciones académicas.

Cualquiera hoy sabe hacer cosas muy concretas y nada burdas, diferentes a, por ejemplo, curtir cuero, desollar reses o decapitar infieles. Cosas muy finas, tecnológicas y, a veces, inexistentes: conectar inframundos luminosos, digitalizar porvenires, inyectarle a un perro un microchip con la matemática de su vida, alimentar aves con el gesto de una gimnasia rítmica, etc.

Podemos así morir cómodamente. Mientras tanto, aparte y para descansar de esos quehaceres tan refinados, podemos ir esta tarde a ver una película —hacer películas es también una tecnología muy fina—; o a beber algo en el bar —porque seguimos sedientos a pesar de todo—; o a pasear, como hacían Aristóteles o Nietzsche, pero sin ninguna filosofía.

Elogio de la minucia.

Pienso versos, pero soy demasiado perezoso para escribirlos.

Son sobre cosas personales, de la rutina, de lo cotidiano, de lo tonto, de lo aburrido, de lo moribundo, de lo amargado, de lo opaco. Deglutires vanos.

Cosas como:

*Las gafas están en la repisa.
Aún conservo el yogur que dejaste a medias,
es como tu haber estado aquí y tu ya no estar en un solo producto.
Polillas muertas en la bañera. Apagué la luz.
La estúpida televisión estaba siempre encendida. Sucias palabras.
Baja la basura en zapatillas, como un Atila retirado y gordo.
En toda casa hay un cajón falto de asa.
Has dejado la bufanda sobre los libros, como si temieras por su frío.
Etc.*

Pero noto que es una literatura de mierda que a nadie le interesa. Así que mejor que se quede en mi cabeza.

Llevo abierta la ventana para penetrarte.

Hay cíclicamente momentos para el reciclaje personal. Se hace para el reuso del propio cuerpo y consiste en tirar toda la carne propia en el contenedor de color negro. Mucha gente le tiene espanto a este proceso y apenas son capaces de sacudirse una inútil caspa; acumulan toneladas de pelo, de colesterol, de legañas, de uñas, etcétera, y así no corren bien detrás de las presas.

Puedo salir volando por la ventana solo con quererlo. Y esto no tiene que ver con una fantasía infantil al estilo Peter Pan. No estoy contando cuentos. No los he contado nunca —si alguna vez lo pareció es porque a aquellos a quienes he soñado no los distingo de quien los sueña—.

Pero tampoco hablo de sueños —en sueños se puede hacer lo que uno quiera—.

(Me gustan los paréntesis tanto que digo (sin poder evitarlo) lo importante entre paréntesis).

(Pero *paréntesis* es una palabra que suena a enfermedad (del anglosajón *parent*, del latín *pater*); enfermedad del padre en el hijo que a la vez es, será o pudiera ser padre. Inflamación del padre, de la paternidad, de lo paterno, de lo paternal y de lo paternizado).

El cristianismo, por ejemplo, es una religión horrorosamente infectada de paréntesis.

Hay palabras que suenan a cosa honda e importante y cuyo significado va más allá —hacia lo desconocido— de lo que aparentan, que ya es de por sí señorial, salvaje y estepario.

Estas palabras se pueden usar en cualquier discurso y a todo le dan sentido, pero este sentido no es un significado, un logos, sino una comprensión sexual, un eros. Las palabras estallan silenciosamente y son absorbidas por un agujero negro, como un fenómeno incognoscible para cualquier física o cualquier psicología. Su sentido es inmediatez indefinible, sonidos que tienen algo de música comestible, de baile feraz, de eyaculación, de paladar, de viento, de humedad, de barro. Será que su articulación es como un beso largo que fusiona lenguas arrastradas hacia mares furiosos y abisales.

No es lo que dicen, sino el derroche orgánico al que obliga su acto. Por eso se eligen para las cosas tremendas estos decires, estas dicciones, estos trabajos, estas cópulas.

Perdí todos los planos de construir mi casa. Los perdí en el lago, mientras lo cruzaba nadando. ¡Qué estupidez la mía la de querer construir mi casa al otro lado del lago!

Soy un arquitecto maravilloso y también un constructor genial, pero mi casa es un asco de hogar, un derrumbe de edificio, un sinsentido de espacio. Así que da igual ser todo lo genial y maravilloso que uno quiera, lo importante es la logística, la administración, el no arriesgarse cruzando lagos, bosques o montañas de bandoleros, el conservar y ceñirse al trabajo de planificación, por torpe que éste sea, sin improvisaciones ni alegrías artísticas.

Tuve que hacer mi casa sin planos, según los recordaba, y eran difíciles de recordar porque no tenían números ni mediciones, los hice a mano alzada mientras bebía cerveza y te miraba bailar.

Además aquí, al otro lado del lago, no había tiendas para comprar papeles y hacer otros planos.

Justo el día que terminé mi casa, abrieron una papelería al lado. Venden papeles exquisitos e inmaculados, extensos como mares y fuertes como robles. Y venden también casas prefabricadas, aunque solo como concepto. Son casas cuadradas de una perfección geométrica alienígena y una blancura de paredes cegadora. Vienen amuebladas a medida y sus ventanas dan siempre a la noche y sus puertas al día. Además, comprando una te regalan una familia con mascota incluida. Quizás me valiera más esta prefectura austera que la ruindad en la que vivo.

Es todo tan árido. Hasta tengo dudas. Quiero una manta.

Esto es así, pero podría ser diferente. Que la geometría fuera un burruño y lo amorfo una perfección cantora. Que los números fueran un arrastrar de pasos. Que los árboles volaran autopropulsados. Que los animales fueran seres que estallan en millones de piedrecitas. Que lo racional fuera sudor. Que alimentarse fuera disgregarse en cosa espiritual. Que no existiese sexo y las especies perdurasen al revés, como individuos originales y terminales que nacen viejos, adánicos y extinguen su raza.

Cualquier cosa, pero diferente.

¿Para qué sirve el arte?

A esta pregunta, mil veces hecha, se debería responder, según se ha pensado desde el estetismo más libertario y sensualista, con una no-respuesta. Porque del arte, se diría, no se predica la utilidad, que no le es implícita ni constitutiva, como no se predica de una flor su inteligencia. Estas ideas estrechan el concepto de utilidad a lo instrumental. Pero algo puede servir también para no servir. O ser útil más allá de lo comestible, de lo moral o de lo político. Pero entonces no le llamaríamos utilidad. Se le podría llamar necesidad.

¿Por qué necesitamos el arte? o ¿por qué hay arte? En definitiva, por qué se da.

Aun así, el arte, incluso en su expresión más salvajemente liberadora, subjetiva e irracional, tiene una utilidad y es también instrumento; porque la utilidad se refiere a una cultura, a un proceder, a una supervivencia. Y esto se superpone a los cimientos cenagosos del ser humano, que están llenos de raíces muertas o vivas de las que surgen bosques y pueblos.

Alrededor de 2008

Hoy he paseado por el puerto y un poco más allá, cuando ya termina el puerto y queda la maleza de un camino costero que pende sobre acantilados. Y todo mientras atardecía, mientras se fundía el sol con el horizonte marino y estallaba la oscuridad lenta de la noche.

De todo lo que escribo, quizás se entienda esto: que hoy paseé por el puerto. Poco más. Del resto, de todas las zarzas que arrojé al blanco sinsentido, quizás nada.

Quedan ahí, como azares pintados por un loco sobre el castillo del mar.

Es verdad que el tiempo diluye toda la estupidez con que te educan, esa estupidez con la que es sepultada la infancia.

Grandes mentiras de la humanidad: Acéptate como eres.
¡FALSO! No te aceptes jamás. TRANSFÓRMATE.
MUTA.

He estado solo hasta el final, hasta la devastación, hasta la aniquilación, hasta *necesitar a alguien*, literal y crudamente: ALGUIEN.

Así que busqué a alguien y cuando lo encontré, comprobé que no me agradaba. Y busque a otros, y ninguno me agradaba.

Nadie me agradaba, todos eran peor que lo otro. Me había convertido en nadie, en una alteridad absoluta, una indefinición, una sombra, un sueño, el paseante fugaz que apenas deja su estela.

Aun así, lo que queda de mí, tontamente, como un rescaldo de adolescencia, piensa en un alguien sin rostro cuya voz cálida lo reconforta y cuyas manos lo saludan desde lejos nerviosas por el encuentro.

La ventana de mi cuarto es tan grande como toda la pared. Duermo mirando hacia ella y despierto en el amanecer que la recorre. Entonces veo a los pájaros que vuelan, siluetas para mí, y atraviesan de parte a parte mi pared o se funden como diminutos fulgores con el horizonte. A veces alguno se posa en la loma de un tejado y allí, libre e imponente, respira sobre su imperio antes de alzarse nuevamente.

Envidio a esos pájaros que son en sí verdad completa y eterna, que son vuelo más allá de lo posible, que son libres más allá de la libertad, ese ruinoso castillo humano. Caigo entonces en la pesadez que porto e imagino las calles grávidas y duras, la torpeza con la que he de andarlas, paso a paso como si fuera un monstruo estúpido caído de toda sublimación. Camino mirando arriba para compensar esta ausencia y contemplo a las aves ser más que cualquier hombre sin necesidades de tierra o de ley.

Pienso en los hombres que vuelan en sus aparatos, eso no tiene nada de aéreo porque es llevarse la gravedad al cielo, estar atado a unas botas de piedra a diez mil metros.

Volar se hace en la desnudez. Los vestidos son ya una forma de jaula.

La educación no consiste en responder a sus preguntas, sino en lograr que no las haga.

Hablo mucho de cosas *místicas*, pero realmente la mística es como haber visto una película de dibujos animados. No como *verla*, sino como *haberla visto*.

Hay mucha soberbia en que me quieras entender, y un poco de estupidez. No me quieras entender, quíereme a secas.

Si mi casa ya no tiene espejos, ya no sé quién soy. Así me conozco más.

Antes, cuando vivía en un palacio, veía mi cuerpo en cada puerta y cada vez me alejaba un poco más de esa materia de hombre vulnerable y pesado.

Hay cosas que me producen dolor y no hablo de ellas. Me duele que aquello que me duele me silencie. Quisiera poder darle a todo una palabra, aunque no supiera. Da igual, lo digo todo de lo que nada sé, y de lo que sé, todo lo callo.

Las culturas que dicen que las fotografías roban pedazos de alma, tienen razón a su modo. En nosotros está la prueba, nuestra alma es un pedazo de papel de fumar agujereado y quemado.

Si uno teclea un poco puede encontrar las imágenes más espantosas. Amasijos de hombres como perros atropellados en medio de la carretera. Leones comiéndose a turistas tontos. Violadores de niños.

Todo esto se ha hecho siempre bajo las narices de todos, pero un avance singular y actual nos lega el privilegio de que lo podamos contemplar a distancia. Ahora podemos decir con fundamento: sí, hemos llegado al cielo, somos por fin la humanidad completa y devastadora que soñaron todos los asesinos.

Yo no he decidido nunca nada. Todo me ha sido dado. Así que, que no me vengan con constituciones ni banderas. Yo no elegí nada de eso. Bastaba ya con nacer.

Soy libre.

Dejadme en paz. Pagar impuestos es como una caza, una supervivencia, una rapiña recíproca, no hay en ello nada de racional ni de ley.

Adoramos la plasticosa imagen de un actor extranjero de hace cincuenta años. Por cosas como esta, quisiera que mi vida fuese de arquitectura románica en un siglo once.

Entonces, desoladamente, vestido de esparto, caminaría sobre la nieve de un invierno castellano, donde no hay plástico ni actores extranjeros.

El hombre es el único animal alucinado por su propia sexualidad. Tan pronto se castra como se excede en orgías bufas y grotescas.

Solo él, por su alucinamiento, es capaz de inventar cosas tan absurdas como la castidad o la pornografía, porque está rebasado.

La luz hace el paisaje. No la mirada —pretender que es la mirada es una soberbia nuestra—.

Sin luz no hay paisaje, aunque haya mirada y cosas como campos, árboles, montañas o ríos. Todo eso está sometido a una *historia*. Y toda historia es el engaño de una manera de mirar y la incomprensión del misterio del tiempo.

Pero la luz es libre porque es aparte del tiempo, de la mirada, de las cosas y hasta de la propia libertad. La luz es siempre la misma, a cada instante, y a la vez siempre distinta.

Todo paisaje es luz.

Vendrá un físico y te arrancará los ojos.

Te pondrá luego ojos de cristal con los que verás el caleidoscopio de un universo fabuloso y terrible.

Es poesía. Puedo decir lo que me dé la gana.

Y que nadie me diga que no comprendo la esencia de las cosas porque, efectivamente, NO comprendo la esencia de las cosas. Estoy en la esencia de las cosas con toda la incoherente turbulencia que me da ese estado, con toda la nada conceptual de divagar en un lenguaje mecánico, con toda la angustia ajena de vestir mundos.

Y por eso puedo decir lo que me dé la gana, porque NO comprendo la esencia de las cosas. Porque dejo entrar la luz como materia indefinida y bruta por las ventanas áridas de la existencia. Porque me da la gana, como a un animal idiota que se tumba en medio del tráfico porque NO comprende la esencia de las cosas.

Dudar es caminar en círculos, no lleva al conocimiento.
Fuiste un farsante estupendo.

El yo es tan real como una piedra, pero ser yo es ser otra cosa.

Te espero a mí pesar.

Te amo a mi pesar.

¿Quién soy?

¿Qué fuerzas me dominan?

Lo que me aburre de la propia compañía es lo desconocido de ese que está siempre a mí espalda.

Todas las historias escritas están bien, aunque sean estúpidas y acaben tontamente. Yo también, con toda mi soberbia, he escrito historias ineptas. No pasa nada, está muy bien eso de escribir historias con toda la torpeza de uno mismo.

Los hombres creen en dioses. Cuando mueren los dioses se olvidan de sus historias. De todas salvo de algunas que misteriosamente quedan, como venidas del cielo, horadando lo arquetípicamente salvaje de nuestras conciencias, silenciándonos.

Así que están bien las historias. Todo es una historia, la vida de una miga de pan es una historia como cualquier otra, pero si a un hombre le da por contarla entonces tendrá un final estúpido. Les ponemos principios y finales a nuestras historias, pero en realidad no tienen principios ni finales ni nada que se le parezca, ni planteamientos, ni desarrollos, ni nada de nada. La historia de una miga de pan es una miga de pan que es como miga de pan. Ponerle final o principio es una estupidez.

Las historias que quedan no sabemos porque quedan. Ese es un misterio como cualquier otro, como la muerte o como el universo.

Mis pasos son tijeras que cortan las redes.

De pared a pared se oye la música de un vecino que vive en cualquier parte. Es una música siempre triste porque está al otro lado, porque es una vida que no está aquí si no tras el muro, y se oye hueca y lejana, como una psicofonía de un más allá doméstico.

¿Habrá tiempo para todo? Gasto demasiado tiempo en algo que no soy.

Pienso que ya no habrá felicidad. Todo va a ser, hasta el final, esta rutina aburrida, esta insatisfacción insidiosa, este conformismo vulgar de persona en zapatillas.

Lo pienso muy seriamente, sin rarezas ni esperanzas tontas, con pesadez vital y experiencia de señor que no recuerda los sueños y se levanta achacoso y con legañas en el alma.

Habrá placeres vastos de alguna carne, o alguna pequeña risa por un chiste de la vida, pero no felicidad, ni algo así como un hogar mítico ni más sueños inocentes ni más ilusiones que ardan en el pecho ni más amores ni más héroes ni ninguna otra cosa mínimamente fascinante. La vida se ha gastado, como una estropeada máquina de engranajes que ya no sirve y se queda en inutilidad tosca que simplemente está ahí, sin más, guardada en cualquier sitio.

La felicidad visita mi pensamiento como una leyenda pequeña, lejana y un poco rancia, como algo muy extraño e indiferente, como una tontería de otras épocas más enmarañadas y turbulentas de la vida.

Sí habrá muerte, que es una cosa aún más extraña, una leyenda igualmente imposible. Pero si esta muerte, que es algo aún menos esperable, es una verdad inevitable, ¿por qué no esperar la felicidad?

Quizás debería levantarme y salir de casa vestido para no pasar frío y echar a andar y andar y andar y andar, hasta olvidar todo lo anterior y no añorar la cama cualquiera de antes, ni los libros que quedan atrás ni nada de nada. Y así, bañarme en cada río que se cruce, subir cada montaña y no rodearla, habitar una noche en cada pueblo y gritar en sus calles como

un loco, como si hubiera olvidado mi nombre. Si ya la vida no es nada, que sea al menos cualquier cosa, furibundo caos.

Antes se reprimía. Ahora se canaliza, para eso está la pornografía. En todo caso, se deriva la energía hacia la nada, el malgasto, lo marginal o el derroche, hacia lo inocuo.

Espero correo, pero no tengo dirección. Y aunque la tuviera, ¿quién habría de escribirme?

El dios en el que creo no es primero ni inmóvil, sino un sospechoso Adán de brazos surcados por venas.

No soy negro ni blanco, ni gris, rojo, azul, verde o amarillo, tampoco ninguna de sus mezclas. ¡Basta ya de pensarme en colores! Alejad de mí esos fastidiosos botes de pintura.

No es que no tenga color. Tendré algún color, ¡yo qué sé! O quizás soy el camaleón que tiene todos los colores. O el viento que también los tiene todos.

Si he de tener algún color, son cosas de la mirada que es muy artera, ponédme de todos un poco, como un arcoíris andante. Iré incluso más allá de vuestro rácano espectro visible. Voy a ser infrarrojo y ultravioleta. Y así, cuando quiera, seré como un dios, que estaré y no me veréis, y susurraré a algunos al oído, y se creerán profetas:

Saca a tender tus calzoncillos pues la hora se acerca.

Y entonces harán cualquier tontería, incluso lo que yo les diga.

Lo bueno de no leer los diarios es que uno no siente que deba inclinarse ante ningún soberano, porque no los conoce. Se es libre, y cuando uno se encuentra a un rey por el camino, pasa de largo, indiferente ante la atónita mirada de su majestad.

En silencio, miramos el mundo con las palabras.
Ver es crear lo que ya existe.

Pasear es en todo una pareidolia terca. Todo lo proscrito es el amor a un rastro.

Todo hombre tiene una estirpe que hallar.

A quien solo desea un pedazo de cielo, lo angustian los puñales de todo lo decible.

A quien desea la inmensidad, las palabras lo apaciguan por no ser posibles.

Por ello, hay aquí palabras.

Me crucé con un militar, pensé que era un hombre, pero era un niño. Iba disfrazado de colores de patio de recreo. Machacaba hormigas con una piedra como si fuera la tarea más seria del universo, como si todos los hogares dependiesen de ello.

En la Plaza

El cáustico poeta nos llamaba manada de monos neuróticos y lo mirábamos sin comprender —yo realmente no lo escuchaba—.

Me acerqué a él y le pedí un cigarro. Era un hombre diminuto de cínicas patillas y gafas espesas. Me ofreció un té moribundo y hablamos de los hijos que no teníamos.

Que la vida no suceda, he ahí el altar máximo.
Vida enajenada, autobiografía por otros.

El esfuerzo por que Dios exista es el afán por que no exista. Y viceversa.

¡Soy libre! Grita el poeta... Yo-no-existo...
¡YONOEXISTO!

Quiero ser diferente, por eso soy indiferente, igual a todo.

Los poetas han versado de tantas cosas que, quizás agotados, les empezó a dar por loar a su porcelana. Y luego a otras cosas aún más vulgares y cotidianas como su dentadura postiza o sus pastillas para el mal aliento.

Cualquier cosa podía ser sí misma o una metáfora de cualquier otra. Siempre abajo estaban los temas universales del alma, porque ¿qué hay más universal que el aburrimiento de la vida cotidiana?, ¿y qué hay más aburrido que la vida contada de otros?

Las únicas vidas interesantes son las de las novelas de aventuras, amorosas o épicas, no las de los filósofos o los poetas, pero ya no están de moda los versos épicos, aparte de que ya no hay cosas épicas —y quizás nunca las hubo—. La palangana de un poeta no puede ser seductora por mucho que metaforice las angustias o los placeres universales de todos los hombres.

Y así llegaron, ya hace mucho, casi al principio, hasta sí mismos como la cosa más propia y más cantable.

Hay otros hombres que están molestos con este ego que exhibimos tan impudicamente. Pero a esos críticos no hay que prestarles atención, son burócratas, ministros particulares y gente rancia que los domingos va a los centros comerciales. Nosotros, los poetas, somos demasiado sublimes para ir los domingos a los centros comerciales; solemos ir los lunes, cuando hay menos gente.

Qué importa. Estoy cansado quizás. Iba a poetizar, por variar un poco, sobre la estantería que estoy viendo a mi izquierda, en ella tengo libros y otras cosas. Es como un alma llena de libros y otras cosas. Pero ¿cómo voy a cometer semejante abulia?

Ya no me alumbro con velas. La llama danza, vida ardiente que se agota tan pronto y en su tránsito consume la debilidad de la cera hasta dejarla convertida en hermosas formas

esponjosas y comestibles. Pero no. Por eso salgo a la calle, allí hay tantas cosas que olvido pronto.

Llego a la costa y miro al mar. El mar es una cosa que no es cosa y pasa pocas veces, no es metáfora de nada y en sí mismo, por sí mismo, habla de lo profundo que está más allá de la palabra. Quiero que a mi mar vayan a dar solo ríos que son ríos, agua encauzada que baja de las montañas y se vierte a la literal inmensidad.

La pereza es la mayor de las pasiones, pero es una pasión al revés, como un calcetín dado la vuelta. Es una pasión multidimensional, cósmica y omnipotente. Todo lo anula con su fuego helador.

A cualquier hombre o mujer, si le preguntas de más, te dirá de menos. Y si le preguntas de menos, te dirá de más. Y todos responderán con alguna respuesta ya dada, aprendida en el guion de algún bar, teatro, comercio, plaza o congreso, esas respuestas sabias y cálidas que aterciopelan la inquietud y la visten de jardines burgueses, de tías devotas y liberales al mismo tiempo.

Es la opinión pública de los señores de mediana edad y las abuelas modernas. Todo eso que mola mogollón y es una ensalada de filosofía oriental aprendida en el manual de un frigorífico, discurso pacifista del senado de una país inexistente y convicciones luteranas sobre cómo saciar el hambre.

Todo se reduce a que el cerebro humano tiene un gran potencial, a que hay que conocerse a uno mismo, en lo que uno puede hacer y no hacer, aunque luego esto sea absurdo

porque si uno quiere, supuestamente, puede hacer lo que se proponga, para ello solo basta focalizar la energía del cerebro, ese órgano de tan inagotable potencial.

Pero luego hay una sabiduría perruna, de animal doméstico que es sin quererlo animal y regresa de un paseo sobre el barro y bajo la tormenta. Y entonces ese animal reboza su barro en la alfombra y ensucia las faldas de la mesa en la que los zapateros del alma están tomando el té. Y luego se encarama perrunamente sin pedir permiso y coge entre sus fauces un pastel y se lo lleva para comérselo en algún rincón. Y todo ello sin decir hola ni adiós ni gracias ni por favor ni con permiso, ni nada de nada.

Esa sabiduría perruna es muy extraña y a los zapateros del alma les incomoda porque estropea su tertulia y su *ouija*. Y porque no la entienden.

El que más y el que menos medita y es un poco místico. Hay hombres, por ejemplo, que meditan en lo más hondo de minas de carbón, en la negrura de la negrura. Allá siguen el rastro de miradas cósmicas que nacen frente a ellos. Así se transforma el carbón en oro.

Camino por una calle que está en medio de la nada. Es una calle ancha y luminosa, la transita mucha gente —gente amable y tranquila— y tráfico, y hay muchos comercios con escaparates rebosantes en los que curiosear.

Pero es una calle que está en medio de la nada. Si coges alguna perpendicular, encuentras que detrás de los bloques no hay nada, no hay más ciudad, los edificios son como tramoyas

que esconden atrás su mentira y su verdad. Más allá hay campo informe, desierto, desolación, matorros, talleres grises y podridos, y alguna industria lejana y antigua ya abandonada.

Pero en la calle todo es alegre y luminoso. Uno puede pasear horas y horas y nunca se agota el camino, siempre hay un nuevo comercio que ver, una nueva librería, una nueva cafetería y algún pequeño jardín que se abre en las plazas que vienen de ninguna parte.

La calle se extiende hasta un fin remoto. ¿Cómo he llegado al inicio de este paseo? La veo ahora perderse en una cuesta, serpentear arrolladora y civilizada en medio del oculto páramo que desgarrar.

La ciudad es siempre nueva, pero siento por lo que vendrá una curiosidad que se sabe ya desilusionada, porque aunque es siempre distinta, siempre es la misma calle, ya no es posible la vuelta a ningún hogar, solo es posible la marcha hacia adelante.

Siempre me equivoco de ventanilla, y cuando me rectifican, mi ventanilla se ha ido a desayunar o cualquier otra cosa. Cuando le explico la situación a algún funcionario ajeno, no me entiende, no sé si es mi palabra o la suya. Me trabo y no sé qué he de decirle. Espero, pero mi esperar es torpe. Y cuando por fin abre de nuevo mi ventanilla, me dicen que ese no es el día o que me falta algún papel. Que no me es posible, en definitiva. Y así quedo, carente de un trámite —un trámite importante para la vida—, como cosa extraña que no cumple algún requisito, como cosa no posible.

No hay que fingir jamás. Quien necesite de nuestras ficciones es solo un espectro.

Es verdad que hacemos un papel en la vida, pero la máscara la llevamos pegada a la cara y nuestros diálogos prendidos a las tripas. Quien se sale de eso para ser lo que no es, se ahueca por dentro. Toda verdad llega en algún momento, sin ser llamada, sin ser esperada, sin ser fingida.

Una puerta cerrada solo puede abrirse.

La soledad es el filo entre la locura y la sabiduría, muy pocos caen del lado de la última, ninguno lo hace sin hondas heridas.

La verdadera enseñanza de la resurrección de Cristo es esta: No salva la Fe, sino la Muerte.

Adorar a un hombre vivo y agonizante es una ideología morbosa y perversa. La muerte es cuando termina toda esperanza, cuando a pesar de la propia voluntad se agota toda posibilidad de proyecto vital. Lo que nos dice el mito es que para alzarse en algo nuevo sobre lo que se es, se ha de aniquilar el propio ser hasta su última fibra y hasta la última esperanza. Tener fe es estar anclado a algún deseo que se esconde rastreado en los huecos del alma.

¿Qué sucedería si olvidase mi contraseña? No podría acceder a lo que soy, a mis amistades, a mis palabras, a mis sueños, a mis bienes, ¿qué sería de mí?

No la puedo llevar anotada, ¿qué pasaría si la pierdo y otro la encuentra? Hay gente perversa y curiosa que no devuelve lo que halla. Si alguien usa mi contraseña para ser yo, ¿qué será de mí? Podría acabar convertido en un ludópata, en un banquero, en un pirata, en un periodista que amamanta lobas, en un recolector de cartones o, lo que es peor, ¡en algo no humano! ¡En una especie de extraterrestre o en algún animal irracional como los que pueblan las estepas!

Me gusta la música antigua porque suena antigua, si a alguien le suena actual y vigente es que no tiene oídos ni imaginación. Las cosas tienen que ser de una época, de un tiempo y de una tierra; si no, son como esos mundos de fantasía de las malas novelas épicas, artificiosos, insípidos, ambiguos y mecánicos.

Mozart, por ejemplo, suena fabulosamente antiguo, aún a pesar de que lo modernicen intérpretes actuales. Eso de que su música es universal no tiene que ver con el tiempo, porque Mozart tiene que sonar a su antigüedad. Lo de universal es una cosa que se dice sin mucho pensar, para quedar bien y por no comprender que no es necesario comprender nada. Si una música arrasa un poco o mucho nuestra alma, no tenemos que darle las llaves de la eternidad. No tenemos tales llaves, y la eternidad ¿qué es?

En el sitio en el que se viva, llamémosle casa, es necesaria al menos una ventana con paisaje.

Y en el paisaje es necesaria, al menos, una casa en la que se viva.

Ambas cosas, la una y la otra. Si falta el paisaje, queda solo una caverna, refugio oscuro y atávico. Si falta la casa, queda solo un naufragio.

La plaza antigua, milenaria. Sus piedras, solo por ser milenarias, sobrecogen. Las piedras también crían un alma, mucho más tarda que la humana, pero más robusta y más verdadera, pues la nuestra es una fantasía que se disuelve con la muerte, la suya una arena que se diluye con la lluvia y con el viento, que se hace mundo.

Por eso yo quiero un alma de piedra.

Queda en las casas de hombres muertos un haber estado ahí de esos hombres. Sus huellas sobre el piso, el sofá aplastado de haberse sentado tantas veces, la cubertería gastada por sus bocas, las paredes sucias de la rozadura de sus ropas andantes. Eso es la energía vital. El más allá está más acá; no es, desde luego, un cielo ni lo habita ningún dios que merezca ser adorado, es físicamente real y cotidiano.

Si estuve contigo en esta calle, la calle ya no es la misma, porque estuve contigo en esta calle. Paseamos, lo recuerdo, por esta acera. Nos paramos en los escaparates de esta librería para mirar unos libros que ahora son otros. Tú me señalaste los dibujos de una portada, querías que te dijera algo

—siempre pedías palabras especiales—, pero las palabras no se piden, son caprichosas, salen cuando salen, como el amor. Y uno nunca sabe.

Luego cruzamos a la acera siguiente. Caminamos temerosos bajo unos andamios. Había mucha gente, era cerca de la navidad y yo estaba tan pendiente de caminar junto a ti que todo me entorpecía.

Desde entonces, la calle no es la misma de antes ni es la misma de ahora. En este futuro de paseos solitarios, esta calle no existe, ha sido clausurada por mi recuerdo, es una pura idealidad.

Dicen que el lenguaje está enlazado al pensamiento. Quizás sea así, pero no demasiado. Lo demuestra el hecho seguro de que casi todo lo que se dice no se piensa, y no porque se diga arrebatadamente, sino porque ya había sido antes pensado y quedó así, desde tiempo antiguo, con ese certificado de buenos modales y cosa práctica y probada, como un refrán útil para la vida, no porque sirva para algo, sino porque evita el trámite cansino y tan poco humano de tener que pensar en lo que se dice.

En ese sentido, en el de decir cosas que ya habían sido pensadas por otros antes, es en el que el lenguaje tiene que ver con el pensamiento. Está en su origen, no en su actualidad. Es como las constituciones de los mundos democráticos, que se dan en un momento primigenio y quedan ahí, como mitos inamovibles e inviolables para el resto de los tiempos, pero no son más que engendros mecánicos de una antigüedad, y en la supuesta racionalidad actual de sus sistemas rige básicamente lo convencional, la pereza, el conformismo y lo irracional.

Pienso en los primeros hombres que hablaron. De repente, una mañana, lluviosa quizás, se despertaron y pensaron: «algo pasa, tenemos que hablar». Pero no tenían palabras ni gramática —aunque eran capaces, ya desde hacía mucho, de emitir sonidos— y tuvieron que pasar el sufrido trámite de crear un lenguaje. Después se dieron cuenta de que su excepcional logro había requerido un derroche de energía tan enorme que era conveniente que en un futuro no se volviera a producir. Por eso, para provecho de las futuras generaciones, inventaron no solo el lenguaje, sino también casi todo lo que decir con él, al menos lo más necesario para la vida, lo que basta para la mayoría de gente. Pero no eran dioses y no podían inventarlo todo, así que algo queda aún por decir y por eso hay gente, como yo quizás ahora, que dice cosas que nunca antes se dijeron —¡pero hay que pensarlas y duele!—, cosas como estas, extrañas y peculiares, un poco disidentes, absurdas y bastante inútiles.

La gente pasea mal bajo la lluvia. Si en medio de su paseo los sorprende una lluvia, se tapan, se refugian, se apartan, interrumpen su paseo, lo queman, lo desbaratan. Y hacen mal, muy mal, porque la lluvia ante los que así obran es implacable y empapa hasta el último hueso y pone charcos delante de cada paso.

Cuando llueve, el paseo ha de hacerse más cadencioso, si el paisaje se emborriona, podemos mirar hacia arriba y recibir las gotas en el rostro. No solo se mira con los ojos. Será bonito entonces subir a algún alto para estar más cerca de la tormenta. Allí, como románticos decimonónicos que somos, abriremos los brazos a la rugiente creación divina. Fingiremos entonces que aún existe naturaleza, y como la vida es

ficción, será una verdad como cualquier otra. Una verdad para entonces. La verdad de la lluvia.

Es debido decir todo lo posible, decirlo sin medida y con vigor, ebriamente, sin miedo a ofender a nadie. Es más, queriendo ofender a todos los Cielos. Se lo debemos a los caídos bajo la mano siniestra de los reyes de los hombres.

Por la hipocresía del mundo, todo es posible decirlo, nada está de más, nada es indecoroso, nada es desprecio.

Contra la hipocresía del mundo, hasta el más grotesco insulto es un deber.

¡Blasfemar como labriegos fuertes y anarquistas que han conquistado su tierra matando a sus señores y que ultrajan a gritos a Dios por una mala cosecha!

¡Todo sea un canto!

Los mitos no solo atrapan y modelan a los pueblos, también lo hacen con los individuos aislados.

Si los pueblos modernos se han proyectado tan lejanamente, hasta abarcar millonarias presencias y aniquilar el valor de una huella sobre su barro, entonces los individuos quedan despatriados, perdidos, difusos. Así, es el mito individual el que modela a esos seres aislados y los ata a sueños de infancias perdidas, amores pasados e irrecuperables, amistades muertas o aventuras irrepetibles. Para muchos, la vida acaba demasiado pronto, aunque luego vayan arrastrando la existencia por las calles, con un paso cansino y desilusionado que anhela algo que ya no saben qué es, que ya no se da, porque solo queda en el mundo un asfalto turbio para el futuro y un hueco en el banco de los insatisfechos.

La vida se hace fabulándola. Esto se puede comprender más o menos, y hay muchos que lo hacen de una manera inconsciente y bastante tonta, son materialistas idealistas. Otros lanzan un garrido básico con una voz técnicamente amplificada, pero voz de garganta somática, húmeda y oliente al fin y al cabo. No tienen identidad.

Solo el fabulador tiene nombre porque es el que da los nombres, solo él tiene biografía porque es el que cuenta las historias, solo él tiene personalidad porque es el que decide los personajes, solo él comprende y por eso miente en cada palabra.

Creemos que volvemos cada vez que volvemos a un sitio habitual, al mismo sitio ya conocido, ya rutinario, ya cansino. Pero es falso, volvemos cada vez a un sitio diferente. Porque el espacio es como el tiempo y corre igual, y es igualmente diferente a sí mismo cada vez y en cada sitio. No se está jamás en la quietud, siempre hay cambio.

Esta es la ley única que define al espacio y el tiempo: *diferencia de sí mismos*.

Se puede ser filósofo por sociedad o se puede ser filósofo por naturaleza. Valen lo mismo ambas vocaciones y sus filosofías parecen también lo mismo y basta, porque esto es lo que cuenta, que lo parezcan. Pero en la profundidad son diferentes.

El filósofo por sociedad escenifica matrimonios de conveniencia. El filósofo por naturaleza ama de forma aniquiladora y no es capaz de concebir una forma ni una institución a sus pasiones.

Los primeros modelan con las palabras, esquematizan y ordenan. Los segundos se bañan en el mar y vienen hacia nosotros empapados para acribillarnos con las gotas saladas que se escapan de su barba.

Los de sociedad han de aprender modales para andar por el mundo, son inquisidores y críticos para la diferencia seductora ante las damas. Los de naturaleza no tienen modales porque no los comprenden, hasta ese punto son inquisidores y críticos, y hasta ese punto fraguan en su ser la verdad de una humanidad hipertrófica y trágica.

De todos los reproches que se le pueden hacer a la poesía, el de que no se comprenda es el único estúpido. Si yo escribo:

Bajo la mortecina luz salada, caen tus pasos como lluvia

No he escrito ningún proverbio que haya de ser comprendido, sino el oráculo de una verdad inefable.

Da igual que se vayan a acordar de nosotros.

No importa que nos olviden. ¿Cuál es la memoria del mundo?

Cuídate de caminar bajo el cielo todo lo que puedas.

Los nombres vuelven a ser tesoros. No le digas tu nombre a esos.

Todos los pueblos del futuro serán sometidos, serán siervos de una manera tan honda como no se ha visto en la historia. Y lo peor será que estarán a gusto con su servidumbre, tendrán el juego, el ocio, un monótono trabajo para una vida sin preguntas y calor en los hogares, ¿qué más se puede pedir? Vivirán en la fantasía más tosca y placentera que la ciencia sea capaz de crear, y la creerán verdadera.

No hay ningún soberano que no sea a la vez uno más de su pueblo, aunque solo él sea el soberano.

En esto dan igual los privilegios que se arrogue. Si su pueblo muere de hambre, él también morirá de hambre aunque reventen sus carnes. Si su pueblo es esclavo, él será el esclavo primero, el *Rey de los esclavos*.

He estudiado la historia y no he visto más que gobiernos de unos pocos. Solamente vulgares oligarquías, a veces en nombre de pueblos, otras a la sombra de tiranos.

¿Es esto una naturaleza humana?

Toda filosofía es una llamada al hombre libre y solo.

Libre.

Solo.

Después de la lucha nos dimos cuenta de cuán vulgares y tristes eran los hombres por los que luchábamos.

La poesía es una grandiosa máquina de idealizar, de titular hermosamente y con dorados y celestes grafismos las deseadas simplezas de una realidad vulgar.

No se conoce de ningún poeta ni de ningún *genio* que haya creado una estirpe, son estrellas fugaces, terminan en sí mismos, incluso en vida. Esto es así porque la especie es la verdad suprema y se privilegia a sí misma sobre cualquier grandeza de sus desinencias particulares. El conflicto entre las pulsiones, que en los hombres son de un vigor tiránico, y la individuación, es la realización alienante de lo grupal. Pero no hay liberación a través de la castración, lo cual es una derrota o una forma de suicidio, sino en la superación olímpica de todos los placeres y de todos los arrebatos. En los hombres, la sementalidad absoluta; en las mujeres, la fertilidad inagotable.

Proyectos infundados. Postergaciones. Negligencias.

Un Buda es como un niño que ha reventado en el vientre de un amante.

Si fuésemos pequeños animales ratoneros que duermen en invierno y se encelan en primavera, naufragaríamos con cualquier leve resaca. El mar estaría en calma.

Pero hemos llegado a volar sin ser pájaros y hemos concebido dioses, sublimaciones densas y sexuales. El mar para nosotros solo puede estar furioso; está obligado, para derribar cualquier navío, a la más violenta tormenta.

Me enfurece de la muerte su vicio de bedel imprevisto que toca a la puerta sin consideración.

¡Déjame terminarme! ¡No ves que aún estoy incompleto!

¿Te crees que estas manos se hacen en dos días? ¿Y estos dibujos de cicatrices? ¿Y este andar que he aprendido tras tantos tropiezos? ¿Y este canto que soy capaz de entonar? ¿Te crees que es fácil llegar al orgullo absoluto?

¡Aún me queda tanto!

No le daré el placer de acabarme frustrado y con prisas. Me he planteado una grandeza alta y hermosa. Y me tomaré el tiempo que necesite. ¿Me oyes, muerte asquerosa?

Quiero pasearme alrededor y contemplarme como vergel en medio de la inmensidad. Así estaré un rato, demorándome como una mujer coqueta y maldita, de esas que se saben perfectas con la verdad de su sexo y devoran las cabezas de sus amantes.

Y cuando me haya aburrido y todos me hayan visto —me da igual lo que piensen—, entonces daré el paso hacia el abismo. Dejaré atrás mi grandeza, como un capullo seco y vacío colgado de una rama muerta.

Tal como se estudia, la historia es extraña. Da a entender que han sucedido cosas y que el hombre cristiano, por ejemplo, es diferente al griego antiguo. Pero es solo diferente porque se estudia como diferente.

Yo creo que, de todas las grandes inflexiones del tiempo escrito, ninguna difiere de cualquier amanecer. Que el amanecer distinto no ha llegado aún, y quizás nunca llegue.

Ese amanecer lo anhelan y lo cantan todos los profetas. Pero los profetas son demasiado iguales a lo que ya es y demasiado distintos a lo que vendrá.

Lo que vendrá nadie lo puede cantar. El nuevo amanecer es una mutación en nuestros hijos, que nacerán diciendo, una mañana para nosotros cualquiera, que el sol ha salido distinto, que ya no necesitan la bajeza con la que nosotros, sus padres, vivimos, ni nuestras garras, nuestros gobiernos, nuestros dioses o nuestras leyes. Ni nada de nosotros, tanto que ni se molestarán en darnos sepultura.

Escribir tu nombre es un exorcismo. No es útil para recordarte, guardaré lo escrito, sino para desalojarte de mí.

Voy por el camino. A los lados una extensa llanura de rocas vírgenes se pierde a la vista, hacia las montañas, y más allá, el mar incansable. El mar, ¿cuál es su geometría y su necesidad?, ¿dónde empieza y dónde termina?

Planto en la playa mi caballete y estampó una mancha imprecisa y goteante contra el lienzo.

He ahí, señores metafísicos, el mar.

Nosotros los titiriteros no tenemos patria —ahora veréis por qué—. Vamos de un sitio a otro sin preocuparnos de fronteras. En todos los pueblos ofrecemos nuestro espectáculo, en algunos lo aceptan, en otros nos expulsan como aapestados —quizás ya nos conocen—. Pero jamás, después de haber actuado en un sitio, nos permiten quedarnos —siempre acampamos en el camino—, y es imposible que regresemos. Cuando hayamos pasado por todos los pueblos, estaremos terminados.

¿Por qué es esto así?

Nuestra obra es la misma siempre en todas partes. Es una ópera bufa e insolente, pero llena de fantasía y aventura; discurre en una utopía en la que todo es distinto a cualquier cosa del mundo. Es una obra comprensible a pesar de todo, y muy emotiva —muchas lágrimas hemos hecho correr—. Nuestra función es recordarles a las gentes que el mundo puede ser una cosa totalmente distinta, distinta en su raíz, en su vientre, en su génesis y en su género; que puede haber otro aire, otra ley, otra lengua —o incluso ninguna lengua—, otros placeres y otros tormentos, que es posible volar en desnudez y caminar sobre ríos de lava.

Nos reímos de todo: de los ídolos que nos reciben en las plazas de los pueblos, de las imponentes sombras de las catedrales, de las estatuas solemnes de dioses o héroes, del libertinaje nocturno de los genios de las ciudades, de la caridad y de la virtud, de la guerra y de la paz, del amor y del gobierno. De nosotros mismos.

A las gentes, según vemos, les divierte y consuela nuestro verbo y nuestro desvarío. Los niños ríen con nuestra locura. Los viejos lloran con nuestra tristeza.

Aun así, de todas partes somos expulsados. ¿Quién es el causante? No sabemos. Siempre hay alguien prominente que hablando no en su nombre nos invita a marchar. A veces los

modos son gentiles e incluso nos agradecen; otras, nos expulsan a la fuerza y utilizan policías y mártires que nos escupen.

Pero nada nos asusta. Conocemos la grandeza de nuestra función y llegaremos al último pueblo, aunque esto nos aniquile.

Esperamos siempre correspondencia de la persona amada. La esperamos aunque esté muerta.

Por favor, ¿quién anda ahí?

Paseo incesante, hacia arriba y hacia abajo, por la estancia circular del pecho. Las baldosas son ajedrez, juega con no pisar la línea para no aburrirse. Espera siempre. Espera.

Los hombres se mueren por orden cronológico, primero unos y luego otros. Nunca dos a la vez.

Como los caracoles o las libélulas. Primero unos y luego otros.

Estamos embarazados de toda clase de cosas.

Aquel que llega a casa de su trabajo está orgulloso de estar cansado, manchado de una trinchera, victorioso y derrotado. Ese cree en el mundo y en el sudor de su frente ¿Qué habría si no hubiera ese sudor? Pero no se pregunta.

¿Qué me espera? Otra tarde, cualquier cosa. Familia, soledad, muerte o éxtasis. La cama. Un hogar.

He colgado en el armario mi patíbulo, lo llevo auestas cada día. No la cruz, sino el calvario entero y con otros crucificados encima. A todos los llevo. Cristo a mi lado es muy poco hombre.

Al principio me parecieron un montón de hombres disfrazados de mujer, pero luego, al mirarlas atentamente, pude ver que eran mujeres verdaderas. ¿Por qué las tomé por hombres? Porque actuaban como hombres, hablaban como hombres, digerían como hombres, caminaban como hombres, ordenaban como hombres, cazaban como hombres, mataban como hombres.

Ya sé que en las palabras no está la vida. Esas cosas se saben dolorosamente fuera de toda lógica. Pero ¿qué hacer si no la busco aquí?

Solo aquí hay un alivio, en estas toscas cajas de plomo. Contradicción pura.

Uno que cree en Dios, si lo viera, no creería, porque está hecho a creer en lo que no ve y no en lo que ve.

Si cree en un Dios que no existe, no puede reconocer a uno que existe.

Pienso en las santidades como si fueran hombres que bajo las túnicas solo llevan armazones de palos. Cabezas pensantes, pero sin cuerpo.

Esta fantasía está muy extendida, así que quizás debieran mostrarse desnudos para despejar dudas.

¡Queremos verles los genitales a los pontífices!

De la imagen del cielo que venden los teólogos, lo más espantoso es que es un sitio en domingo eterno.

En su locura electoral, los hombres eligen.

De un lado, lo más votado, el aspirador sin cables.

Del otro, y para la oposición, la cafetera infinita.

Estos van a ser, para el resto de la eternidad, nuestros representantes ante Dios y las civilizaciones extraterrestres.

A veces escribo cosas terribles. Me dan un poco de vergüenza, en el fondo soy sencillo, alegre y simpático. No soy un poeta bigotudo que escupe mientras habla desde un atril. Ni un vidente descalzo y sin ropa interior, soy demasiado pudoroso para ir haciendo así el ridículo por la vida.

En verdad, estoy muy lejos de todo eso, de todo esto y de todo aquello. Mi casa no es fría —lo dije alguna vez, pero es mentira—, sino que es vieja y va con carbón, a veces se agota y me malhumoro. Pero se me pasa pronto, porque soy bueno como el abuelo de Heidi, aunque solo tengo treinta y tantos años.

(Esto último permanecerá escrito como prueba de histrionismo).

Si alguien ve diversidad en todo lo aquí escrito, es que lo ha escrito gente diversa, incluso desconocida entre sí.

No me da ninguna pena que se haya muerto Madame Blavatsky. Esta señora muerta hace mucho, no sé por qué, me hace venir a la mente a una campesina antigua caminando descalza por un páramo.

Asociaciones libres.

El hecho de que el hombre actual sea tan consumista no tiene que ver con su materialismo, sino con su glotonería. No le caben, a este hombre tan despreocupado, atribuciones metafísicas.

Sería materialista, si cabe, en un sentido económico y gastronómico; pero en este sentido es sobre todo idealista. Sus estructuras son bastos edificios ideales que vienen de una religiosidad enfermizamente especulativa y de una economía basada en el dinero, que es una pura idealidad. Así, es un hombre infantil, ocioso, pelicularo, pornográfico y desbordado. Glotón y conformista, pero no materialista.

Materialista es una tribu amazónica, por ejemplo, porque está encadenada, fusionada, a la materia en la que vive, la tierra, las plantas, los animales. Para nosotros todo eso es un objeto de comercio filtrado por conceptualizaciones. Y el

hombre de la tribu no vive su espiritualidad como una idealidad, sino como una experiencia, algo que se da efectiva y materialmente por la ingesta de los antepasados.

Lo que hay que explicar no es la fe en Dios, cualquiera puede caer en trascendencias, sino el sometimiento a él. Sometimiento ya no como mero recurso fundamentador de los abismos de la vida, sino como entrega de la propia vida. No como ley que orienta, sino como cosa ya juzgada e indiscutible, como condena.

Y el sometimiento se ornamenta de una estética de rituales y sacrificios.

Hacer la guerra implica ataviarse para tal. Y ataviarse es hacerse algo desde fuera de sí. Por eso la desnudez es pacífica.

Mientras juegas la partida, has de tener siempre presente una regla fundamental: guardar tu espalda. Pero si estás retirado, tu espalda ya no le interesa a ningún puñal. Entonces es posible el paseo, pararse al borde de un acantilado y mirar el mar tranquilamente.

Dar la espalda y mirar.

¿Qué me atrae de las ruinas? Allí ya no hay nadie, quizás eso. Quizás el reconocimiento de una verdad, o de una

ilusión. Así es el mundo, me digo, ruinas. Quizás la cercanía a todos los hogares habitados, ¿qué los separa de lo ruinoso sino una mera decoración?

A los que echan pestes de la religión organizada les basta un pequeño empujón para caer en alguna. No están nada seguros de aquello que repudian, no están tranquilos y tienen un rencor equivalente al que le achacan a esa institución. Hay nuevas telarañas de estética vanguardista para atrapar cualquier mosca.

Pero los ausentes pueden estar tranquilos. Esos ya miran al cielo sin dioses, están por ahí, despreocupados, y a nadie molestan; no les cabe ya ninguna religión, ya no son hombres, son otra cosa; un tonto paseo entre diario, cuando todos andan atareados.

Tenemos la impresión de que el arte contemporáneo tiene algún discurso, de que la amalgama de artefactos, conceptualizaciones e ingenios que supuran caóticamente de la estera social lo hacen desde algún sentido profundo que alivia su apariencia banal y masiva. Pero es una ilusión. Y desde esta ilusión el arte descubre no su sentido, si no su genealogía, porque en su origen está el parentesco con la ilusión primera: la de lo sagrado.

No hay discurso. El discurso que en todo se deposita no es más que una retórica ideológica, la versión soflamada de la banalidad masiva. El lenguaje hace aquí funciones de cemento blando e invisible, que junta piezas cualesquiera, seleccionadas desde fines institucionales o el capricho, para presentar

algo como producto y productividad, como sentido de un grupo diciéndose en un tiempo. Pero lo que se dice al final es una nada que podría ser cualquier otra cosa si los intereses hubieran escorado unos pocos grados hacia cualquier otra parte.

El discurso es falso, un tótem de plástico. Las sacralidades condenadas y desterradas emergen siempre, puesto que habitan el cuerpo y solo pueden ser desterradas hacia el dolor interno. Todo lo que el hombre ha construido, su arte y su ciencia, recae en la mitología

¿Cuál es el discurso real del arte, o de cualquier otra cosa, en nuestras actuales vidas? Si todo se despliega en las luces fantasmales de lo mediático, ¿es posible un sentido o no hay más que carteles de neón que duren lo que dura la electricidad?

La conformidad es la victoria

Cabría preguntarles a los hombres cuánto de sus propias vidas es una conquista y cuánto una rendición. ¿Quién tiene aquello que anheló?

En el fondo, todas las presencias últimas, las realidades y las materias en las que la vida termina no son sino la anegación del ego proteico del *niño creador de dioses* en el conformismo.

Casi todos acaban en la vida con aquello con lo que se han tenido que conformar.

Ya no el amor de sus vidas, sino alguien para no estar solos y que maquilladamente se aproxime lo más posible a lo deseado.

Ya no el trabajo que soñaron, sino un sustento alienante, algo que los desespera como mínimo y qué quizás no sopor-

tan por sí mismos, sino por unos hijos o el miedo de otros. O sencillamente porque sí.

Ya no las ilusiones, libertades, viajes, emancipaciones, justicias, proyectos o alegrías propuestas antaño por el destino traicionero, sino una realidad áspera en la que todo es caretas y ruinas. Incluso muchas cosas que al principio parecen conquistas terminan degradadas a esa misma realidad.

Pero también sucede que yo me hago preguntas que casi nadie se hace, y pienso en cosas en las que casi nadie piensa del modo en que casi nadie las piensa. ¿Quién, en su común sentido, va a pensar su vida de este modo negro y crudo, poniéndole tildes a las curvas en las que el camino se adentra en el fango?

Realmente nadie piensa así. Muchos ni así ni de ningún modo, la lucha de sus vidas habrá devenido en lo que sea, y les parecerá bien, con sus pesares y sus resistencias, pero no fueron niños demasiado proféticos, así que, *bueno, así es la vida*.

Otros, sin embargo, esgrimirán conquistas innegables. Pondrán sobre los cielos devastaciones perpetradas por sus propios cuerpos. Pero ¿quién no ha tenido alguna vez un cuerpo eléctrico? Los orgasmos y las catarsis no son conquistas, sino algo más tendente a la aniquilación.

No hablo de eso, ni tampoco de los conquistadores que han levantado imperios. Lo que las fábulas cuentan de ellos son mentiras y la realidad de esos hombres se acerca más a la de un Atila que arruina con su mera presencia el propio suelo ganado.

Hablo de las vidas iguales de todos, de los pasos iguales de todos, de los mismos pechos desnudos, de la misma mirada perpleja ante la muerte, del mismo deseo y de la misma necesidad.

¿Es posible no conformarse nunca? La respuesta es sí, si uno está dispuesto a pagar el precio de la derrota y la soledad.

La victoria en la vida es un conformismo de cualquier tipo, un acabamiento, un fin, un reposo.

El inconformismo puro, en cambio, es ausente, desconocido, solitario y lastra los pasos libres con el peso de la derrota perpetua en todo lo que la vida propone; los lastra hasta la locura o hasta la fe —que es otro conformismo más— y con eso se ha de convivir.

La pornografía es uno de los productos más sofisticados de la cultura. Convierte a la sexualidad en un incomprensible espectáculo circense de irrefrenable y desbocado derroche libidinal. Por eso es realizada por acróbatas especialistas que solo sirven para eso.

El verdadero pesimismo es no decir las cosas, o decir las pintadas de colores de tormenta.

Pesimista es quien piensa su alegría como proyecto, la alegría no es un mecanismo. Pesimista es quien no se para nunca contra todo para mirar el cielo solo por su belleza, o para mirar a sus pies alguna pequeña distinción insignificante con la que el universo lo agracie.

Como flores bajo el asfalto, las sonrisas habitan bajo palabras tristes.

Por qué darle importancia a nada.

No solo el instinto de dominación está en la naturaleza humana, sino también el de sumisión. Nuestra relación con la naturaleza es de tan amplio espectro que vivimos la experiencia desde ambas posiciones, amos y esclavos, y en las dos nos sentimos realizados.

Donde no nos realizamos nunca es en la experiencia de la libertad.

Quizás sea cierto que la historia tiene un final, como algunos dicen. Lo tiene la vida humana, no como muerte, sino como agotamiento de sus posibilidades, fosilización de sus esperanzas, conformismo con lo dado y acabamiento de la energía.

Así sería entonces el fin de la historia. No una realización, ni una meta, ni el encuentro con un sentido último, sino la disipación cenicienta de lo posible, el aburrimiento, la repetición, la clausura, la laxitud de los hechos que nacen de una nada que a nada conduce.

Un final ni triste ni alegre, sino tan anodino y vulgar que será pasado por alto.

Quizás ya ha ocurrido. Quizás, me pregunto, fueron los pintores paleolíticos los últimos hombres y la prehistoria es la verdadera historia.

Si además de una vida triste, tienes sueños tristes, es que conspiras contra ti mismo.

Desde hace tiempo ya no trabajo, y no volveré a hacerlo más. El trabajo es una indignidad.

Pero no sé hacer nada para no trabajar. He pensado, por ejemplo, en hacerme pianista y dedicarme a ir por los pueblos tocando a Chopin como un loco ensimismado al que todo le importa un comino. Pero toco muy mal, así que es muy tarde para eso. Uno piensa que a esos locos les ha venido la habilidad del cielo, que no la han conquistado, sino que les crece de las manos, y que no son hombres sino encinas u olmos. Pero no, son hombres que pasaron una infancia y una juventud de sometimiento tal que quizás ya ni sienten lo que tocan porque tienen el alma tiesa de tanta técnica. Yo en mi infancia jamás pensé en tales cosas, y quizás por haber sido tan poco humano entonces ahora soy tan poco árbol. No tuve vocaciones como para haberme encadenado. Y si ahora me pienso en vocaciones es por una tonta indisposición que no comprendo muy bien.

No, ni pianista ni nada. Así que aceptaré mi destino de tener que morirme antes de cualquier trabajo.

Fui al médico por un problema: exceso de salud.

Al principio me tomó por un bromista y luego insinúo que quizás mi problema era mental más que otra cosa. Pero no, le insistí, en lo mental, más incluso que en lo físico, derrocho salud y lucidez.

No se entiende como nadie pueda sufrir de exceso de salud, pero la salud es un bien medido y si a uno le sobra, se sitúa por encima de la vida, fuera de ella, todo le es poco, todo le es cansino, todo le aburre, todo es pequeño y lento, caduco, diminuto.

Estamos hechos para estar dentro, no fuera. Si uno sobrepasa la pequeñez dada, la desborda, la derrocha y la sufre.

Así, los médicos nada pueden contra mi mal. Mi mal es un mal que no es mal, sino un bien que es demasiado bien.

Exagero, sí. Pero lo exagerado es tan cierto como lo no exagerado. Es contar algo en demasía. Es dar de más. Un derroche, pero también una generosidad. Una bondad y una maldad.

Cuando voy a la costa prefiero pasear por las rocas que por la arena.

El lenguaje está implicado de existencia.

Si un lenguaje se pretende aséptico, como el científico, no es un lenguaje, sino un mecanismo.

La lengua sirve para decir que se ama. Para lo otro están las fórmulas.

El lenguaje no es un mecanismo. Las reglas no son el lenguaje. O de otro modo: no es posible decir nada si uno no se implica existencialmente. Las relojerías no dicen la vida, solo sirven para medirla, sea útil o no.

Hoy no he escrito ningún verso, salvo este.

Ángel de la guarda.

Todos tienen uno, ese es el problema. El mundo astral es un clon etéreo de las relaciones y los intereses terrenos.

No le reprocho al mío los contratiempos, sé que el pobre hace lo que puede, pero será por torpeza o porque choca con otros ángeles —entre ellos luchan, el éxito es un bien muy escaso— que su presencia me resulta vaga y caprichosa.

O será que su poder en este mundo es débil, poco pueden las manos de luz ante la rudeza de nuestros mecanismos.

A veces me reprochan mi laconismo —como si uno tuviera que estar a la altura de cierta verborrea reglamentaria—. Pero no es ese el problema, el problema de mi ausencia de palabras no está en mí —como ejemplo todas estas—, sino afuera, en el ruido.

Demasiado ruido para una voz humana. ¿Merece la pena gritar? ¿Merece la pena arañarse las cuerdas vocales, hincharlas hasta deformar la voz?

No, todo eso es desfigurarse. Yo hablo para las mañanas tranquilas y los paseos tersos. Quien me quiera escuchar en la vorágine de una taberna, o sujeto a las vías de un tren, o fundiéndome a la muchedumbre gritona, que no espere. No, yo no me fundo, yo ya estoy fundado, ya tengo voz, aquí la veis:

holaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

Y sale de mí tal cual, sin esfuerzo y sin ruido apuñalándola. Hablo sobre la limpieza, y si no, callo.

No conocer el nombre de cada árbol me avergüenza.

Al final, ningún plan sirve para nada. Todo ha acabado siendo otra cosa incomprensible e inesperada.

Al final, fue inútil pensar sobre el futuro, proyectarse, visionarse. Hubiera sido mejor dejarse llevar mecido por la corriente.

Hay quienes buscan una permanencia en la vida porque creen, íntimamente, que tal cosa se opone a la muerte. Como si una vida segura, tranquila y perdurable no fuera a caer nunca en el abismo último.

Se equivocan, lo que se da en ellos no es una oposición o resistencia, sino un proceso de rendición, sometimiento e identificación: la de la vida a la muerte; la de lo que es dinámico y cambiante a aquello que es estático y callado.

Me preguntaron dónde me gustaría vivir. La pregunta era incómoda porque llevaba implícito el acabamiento, el asentamiento último en el que uno se para a esperar la muerte mientras pasan los días en intentadas felicidades o sosiegos.

¿Por qué me preguntaste eso? ¿No ves que yo ya vivo aquí, qué soy presente y no futuro, qué tengo todo lo que me es posible? ¿Por qué me inquieres como proyecto, o como cosa no completa? Yo ya soy lo completo por hacer, el todo haciéndose.

Mi hogar es un castillo imposible que jamás se acabará de construir, la posibilidad eterna de un nuevo derrumbe y un nuevo camino, el recuerdo, un hato de piedras que lastran, otros mares siempre, nunca volver atrás.

Si amas demasiado la vida te conviertes, de algún modo, en un apátrida extraño y silencioso que no halla sosiego en ningún lugar. Un amor excesivo a la vida es contradictorio con la propia vida, porque no la asume completa, con su fin, sino que siempre se la quiere interminable.

Me falta ese espíritu de res conformista que sabe hacerse una casa para pastar mientras le llega la muerte.

Pero también me falta lo contrario.

Dedico estas líneas a aquellos que no las leerán jamás y que ni siquiera tendrán noticia de su existencia.

Ciertamente, en la vida todos van a lo suyo, ¿cómo podría ser de otra forma? Por eso queremos pertenecernos los unos a los otros, poseernos, conquistarnos, rendirnos, someternos, despojarnos.

Si te quiero tener, me regalo a ti.

Lo perverso de un escritor es que se ha de leer demasiado a sí mismo.

Es curioso como la música contemporánea, en cuanto se ha querido desprender de la sencillez matemática y terrena de la que surgen los cantos, es incapaz del desenfado y la alegría.

En cuanto los compositores llevan al límite la complejidad de la música, se hunden en una hermosa y terrible profundidad dramática o mística, o sencillamente en el aburrimiento. Pero pierden toda sonrisa, son muy poco alegres y muy poco amables.

La tecnología ha inventado una nueva metafísica: los efectos especiales. No es filosófica ni conceptual, es puramente sensitiva. Pero es metafísica.

Adonde yo estoy no se puede llegar. Nadie puede, ni siquiera yo. Aun así, aquí estoy como pura imposibilidad.

Se ha dicho de muchos hombres que fueron adelantados a su tiempo. Yo creo que ninguno lo fue, más bien fueron reliquias o retardos, insignias rotas de una antigüedad mágica que nunca existió.

Porque el futuro, ¿qué nos depara salvo esta rutina y repetición infinitas?

Pensar que la vida se puede realizar asentada en comodidades técnicas, en esperanzas de vidas milenarias, en sanidades apolíneas —algo tan sano que resulta enfermizo—, en levitaciones virtuales o en jardines sin espinas, es una perversa utopía de secta trajeada y urbanizaciones con céspedes de plástico.

Todo eso es contrario a la vida.

No hay razón para nada, ni suficiente ni necesaria.

Yo estaba sentado en el jardín botánico, en una plazuelita tierna de lago ornamental en medio. Un gato negro se acercó

a mí por la derecha, andaba tranquilo y sin miedo; entonces pensé: «Ya está, ahora cruzará frente a mí y trazará ese mal de ojo que dicen las supersticiones que traen». Pero justo antes de cruzarse, se paró, se quedó quieto muy cercano a mí y se puso a lamer algo en el suelo. Cuando estuvo satisfecho, se perdió veloz bajo el banco en el que yo estaba, pero por mí derecha, sin llegar a cruzarse. Entonces pensé que aquello tendría que ser a la fuerza un signo de buena suerte, una deferencia de los hados hacia mí, que se acercan negros y pausados, se ponen a mi altura, agachan la cabeza y me dicen: «No temas, no te traemos la sombra. Has de saber que frente a ti, en los pasos de tu porvenir, hay una luz que no podemos cruzar. Este es nuestro mensaje: camina sin miedo».

Quizás en 2010

Si yo fuera vosotros, escribiría algo así:

Llevamos una vida de mierda. Hacemos yoga de vez en cuando, en nuestro tiempo libre. Ejercemos profesiones técnicas y liberales. Nos ganamos la vida. Ganamos tiempo libre y tiempo no libre. Tenemos dos niños, o los que sean, que juegan en el parque con la prole de los burócratas de nuestra insulsa ciudad provinciana. Disfrutamos de esos parques, tienen flores construidas, céspedes rasados por la ciencia cortadora. En nuestras vacaciones, viajamos a sitios acondicionados para nuestras vacaciones. En la maleta llevamos diecinueve días contados, o los que sean. Ni más ni menos. Y luego volvemos, una semana tras otra, un año tras otro, hasta jubilarnos como cacharros que son desenchufados para la amortización del sistema económico-social-libre-pensante del universo.

Pero también somos espirituales y leemos libros de aquí y de allá, cosas entretenidas y aun un poco filosóficas, y pensamos entonces: «qué es la vida», como quien mata una mosca o se burga las narices. Y también fuimos jóvenes y amamos locamente y nos emborrachamos convenientemente según el manual de instrucciones de los placeres juveniles. Y también fuimos niños, algunos casi lo hemos olvidado; fue esa época liviana en la que todo eran mariposas más allá de hermosas de colores que no sabíamos nombrar. Hoy sabemos nombrar todos los colores, y hay colores para todo en el mundo finito —aunque el espectro sea infinito—. Nuestra alma es de colores, es un arcoíris estéreo y esotérico, un código de colores como los del tráfico. Así es nuestra alma, y nuestros gustos, que organizan nuestro ocio —la mitad angustiada de nuestra vida—, son de colores. Para gustos los colores, se suele decir. Se dicen estas cosas para no pensar. Nosotros pensamos poco. No sirve de mucho ya, o acaso no tenemos tiempo.

Piedra planetaria

Estoy tumbado en el césped y siento el mundo completo. Siento la tierra, como roca esférica y gigantesca, extenderse desde la dureza sobre la que reposo. Siento que el tacto entregado de mi cuerpo tumbado me funde con el todo pétreo, inmenso y rotundo del planeta.

Siento cada depresión y cada pliegue. Las mesetas, las montañas, los cabos, los golfos... Es como si abrazara una piedra redonda y rugosa; y mi abrazo es total e interminable, es un apresamiento apasionado y entregado que realizo con toda la piel que puedo. Me aprieto contra ella. Pero estoy solo tumbado, boca arriba y boca abajo, sobre el césped, y en mi tacto sobre la tierra, siento intensamente toda la piedra planetaria.

El que pide ideales es el mayor mendigo.

Pensamiento enemigo del mundo

Si lo real, pensado en crudo, es una extensión de matorrales salpicada de construcciones por la que vagan individuos aislados o en grupos, atados como mucho por instintos ciegos. Lo real, pensado como mundo, como cosa cocinada, es una construcción ideal de algún tipo. Algo ya hecho, puesto en su sitio como orden de lo espinoso.

No necesito ingravidez, como los místicos que levitan y escapan de las leyes del mundo, pero ¿hacia qué otros mundos?

Quiero apretarme aquí, pesado y sintiente de lo que soy parte.

Ahora sé que hay justicia.

Es una justicia natural, del cosmos... o yo qué sé. Da igual, no es una cosa que pueda explicarse.

Es una cosa que me ha venido así, mientras miraba por mi ventana grande y había una hermosa luz de atardecer. Me ha venido como una alegría y como una paz.

Pero no ha sido una experiencia mística. Las experiencias místicas son como un desprenderse. O a lo mejor no, cualquiera sabe, yo nunca he tenido experiencias místicas, no estoy lo suficientemente trastornado.

Esto es otra cosa. Es una comprensión tranquila y generosa. Es un regazo, un hogar, un abrazo, una conciliación con

el qué sé yo, tal como si lo dijera un niño que juega: yoquesé yoquesé yoquesé...

Hay justicia. Pero no justicia de leyes, ni del más allá, ni de recompensas. Es como un equilibrio, un orden y un sentido profundos de la vida. Como si la luz fuera a iluminar finalmente a los que son luminosos, aunque parezcan cansinos y oscuros. Es como una verdad, ahora que hemos perdido la Esperanza en la Verdad, que la hemos despreciado. Sí, es como la verdad verdadera de lo verdadero.

Tampoco es que a mí se me haya hecho justicia en ninguna cosa mundana. Estas cosas no pueden venir por una deuda. Ahora sé que todas las injusticias de mi vida son eso: azares de la vida. Pero que hay algo más, inmenso, que todo lo llena y todo lo sustenta.

La justicia no se hace. La justicia es. Solo hay que desprenderse de aquello que nos la impide.

El hombre que no está, lo ve todo como un absoluto, pero paso a paso, al contrario que Dios.

A veces, uno equivoca el momento —el momento está por venir—.

Otras veces, el momento ya fue.

Pero también sucede a veces que aquello que se pretende carece de su momento, es un imposible, una ilusión.

No es lo mismo la propiedad que la acumulación. Ni la abundancia que el exceso.

El oficio de escritor, si no se tiene nada que decir, es triste. Es como ser un humorista deprimido, que tiene que salir de su náusea para fingirle risas a la noche.

Sentarse a escribir para no decir nada, planear narraciones estratégicas con personajes funcionales y conflictos rutinarios, y chispazos en el final para el regusto del propio sustento.

Pero ¿qué escritor se piensa a sí mismo como sin nada que decir? Se piensan, como mucho, como caminantes por desiertos o jardines, pero no como un erial absoluto, como una voz repetitiva y cansina, que añade gasto de papel, pesado y maloliente.

No existe ni es posible la lengua privada. No se ha inventado ningún lenguaje para no decir nada. Decir es decirselo a alguien, aunque sea, esquizofrénicamente, a uno mismo.

El destino es una vieja sorda que apenas conoce. Si pides pan, te traerá manzanas cuando ya no tengas hambre.

Cuando alguien se presenta a sí mismo como «predicador en el desierto», y se despacha con frases del tipo: «ya lo decía yo...».

Esa demagogia onanista de presentarse como parte débil, como el discurso razonable, como la víctima de una sinrazón biempensante.

Me bastan tres líneas para conocerte.

Punto y coma de tu frente, seguido de tus ojos, final de tu boca.

Me bastan tres gestos sobre una línea cualquiera para saber quién eres.

Necesito muy poco.

Verte pasar. Las cadencias. Los reposos.

Tu mirada más profunda es cuando cierras los ojos.

Para conocerme a mí, no me basta la vida.

Llega un momento en que cada nuevo ser humano es repetido, en que ya fue la mayor tormenta y la lluvia más hermosa, en que caen del cielo clonaciones.

Hace tanto que no hallo a nadie que me sorprenda, que me diga *yo soy otro*, que me abofetee como una aurora gélida.

De todos sé la familia, los estudios, el humor, el amor o la ceguera. Todos llevan sobre los hombros inscritas sus tareas, sus cargas y sus espíritus. Y son cosas ya tan vistas que me he vuelto experto de una matemática existencial que aniquila las presencias, técnico en el que me aburran, en el sonreír por compromiso, en el saludo con desgana, en el ensimismamiento.

De entre tanto arquetipo, ninguna maestría, ninguna honda emoción sin fondo. Nada. Pasan todos sobre viejas ropas grises y se sientan alrededor de la mesa a comentar las noticias de hace cuarenta años.

Seremos libres y reiremos. La libertad total, si se da en la vida, equivale a una risa demencial.

Sí, reiremos y por tanto seremos felices. ¿No es acaso la risa el sarpullido de la felicidad?

El viaje en el tiempo que imaginan los físicos es un viaje en un tiempo que no es el tiempo. Cada uno llama *tiempo* a lo que le da la gana.

Un tiempo en el que uno pueda ir saltando de un momento a otro no es tiempo ni es nada. Eso no es el tiempo, sino una carretera entre universos paralelos.

La vida solo tiene presente. Si yo ahora viajo a 1898, viajo siempre a mi presente. 1898 es solo un contar nuestro. No existe, esencialmente, un momento llamado 1898. Solo existe un momento en el que decimos todos los números de nuestra cuenta, que puede ser infinita.

La ciudadanía se cree libre porque puede mofarse de sus gobernantes, caricaturizarlos, insultarlos. Y con ello se creen partícipes de cierto poder equilibrante del sistema. No se dan cuenta de que esos gobernantes están ahí para eso, y que insultarlos no es ninguna oposición, equilibrio o participación, sino una sumisión.

Poetas, los tontos de la industria del onanismo.

No creo que sea posible ya, dadas tantas experiencias, defender a la humanidad como especie.

No es invocable algo así como la *Humanidad*. Lo será, en todo caso, desde un manual de zoología.

Me siento no participe de tantas cosas que soy incapaz de identificarme con la generalidad de mi especie. Hay tantos tipos humanos que me repelen, que me resultan ajenos, incluso siniestros, que no puedo sino reivindicarme como diferente a ellos.

No me asiento sobre la biología, sino sobre un carácter culturizado que va más allá, que se rebasa, que se propone y que se erige a sí mismo. Busco a mis iguales, pero no están en especies o patrias, sino en sensibilidades afines; a ellos invoco, gente de bien.

Basta de acoger, bajo la bolsa marsupial, a tanto simio infame. Hay que tomar partido.

Hoy todo se sabe, lo cual quiere decir que el conocimiento ya no tiene valor.

Si ocurren infamias, se sabe. Y nada cambia.

Solo es grave la anécdota. Hordas enteras de oligarcas sacrifican pollos en el altar de lo anecdótico. Y nada cambia.

Se da un nuevo misticismo mediático que quiere hundir sus raíces en supuestos misterios de la historia. Pero en la historia no hay ningún misterio, sino olvido.

Lo que no ha podido enganar la teología, lo están enganando ahora las malas novelas policíacas.

Si vivo solo en un bosque, me llamáis ermitaño. Es para vosotros la ausencia de personas criterio suficiente para juzgarme, pero ¿qué me dan las personas que no me den los árboles?

Los árboles de mi bosque, y todas las plantas y animales, son vidas tan valiosas como las personas, pero mucho más leales y honestas, y con la ventaja de que se ahorran sus comentarios, detalle que no se da entre las personas, que gustan de esparcir su idiotez.

Así que no estoy solo.

Hay más ermitaños en vuestras urbes que en todos los bosques del universo.

Estoy ante tu puerta y no me marcho hasta que no se cierre.

Manera de humanizar un gallinero: echarle sustancias psicotrópicas en el pienso.

El mundo de las finanzas es una pura nigromancia. Una cabalística numerológica en las tripas estiradas de cadáveres de reses.

De la misma manera que se enmarañaba la esotérica palabra de los ministros de lo umbrío, así se enmaraña el profiláctico cálculo de los técnicos capitalistas.

Todo empezó por engañar a las viejas de los poblados, marginarlas a tontas plañideras de los héroes muertos. Y llega

hasta nosotros, en esta sociedad hueca, cotilla y globalmente provinciana de viejas de pueblo que pierden las enaguas por un número mal puesto en su declaración de la renta, porque creen, sin haberse preguntado, que eso es como cicuta.

Sobre este juego urdido se levanta una totalidad fantasmal a la que hemos de adorar, como si ese *monstruo frío* fuera una patria concebida en nuestros propios vientres. Pero es todo una mentira. Nacemos desamparados, obligados por defecto a pertenecer a una concreta orgía de abúlicas dádivas, de tributos sonrientes, para pagar el que podamos caminar por caminos asfaltados. Nunca jamás nadie ha podido elegir. Y quien quiso enderezarse, se encontró ante la batalla imposible de encontrar un pedazo de tierra libre y del preciso tamaño de su estela para poder morir de hambre, y de pie, sobre él.

Sí, la economía científica es como una magia. En ella se pretende cumplir la tesis de que el pensamiento salvaje llega, por su particular vía, a las mismas conclusiones que la ciencia.

Igual que se podía someter a los hombres por la superstición, ahora se los somete por la exacta razón de un cálculo bien hecho.

Mirad: una tarjeta de identidad caída de un útero.

Desilusionados de sus toscas religiones monoteístas, los *occidentales* corren a refugiarse —aunque no lo reconocerán nunca— en los rumores que vienen de oriente, esa sabia savia que fluye hacia nosotros diciéndonos cosas como: *las cosas son así porque sí, somos uno con el todo, el universo tiene una armonía que destella en los detalles...*

En los versos de Walt Whitman había ocultas perlas parecidas, pero en él eran hermosas porque no las manchaba el lodo de ninguna religión ni se pretendían sapienciales ni senderos, porque estaban dichas con la palabra adjetiva, creadora, valiente, aventurera, seductora, sensual, material y terráquea. Poética y solitaria.

Estas religiones lo dicen todo con palabras sosas y tópicas, comprensibles y formales, como una poesía escrita por mediocres funcionarios iluminados. Rechazan la lógica como si fuera un demonio occidental, pero ellas mismas están construidas sobre una lógica-ilógica, sobre formalismos del espíritu que ruedan entre nacimientos y muertes, pero ninguna vida, salvo la de ponerse a dieta y repartir caramelos.

Los gurús orientales con sus túnicas en RGB me causan un repelús de seres inhumanos, de psicópatas anversos que sonríen ante la postración, que filosofan consejas de viejas y coleccionan la tradición del rencor edulcorado de las patronales del siglo V ac.

Luego te dirán: *usted no entiende que no hay nada que entender.*

Para aquellos cuya vida está llena de avatares y sufrimientos, de desiertos y destierros, de repúblicas y hambres, la historia tiene un sentido y una penumbra de autorretrato real puesto a la luz desde la muchedumbre inmanente de detrás del biombo.

Para aquellos de vida aburrida, banal e informatizada, la historia carece de sentido, es la penumbra fantasmal de una pantalla irreal, es un mito de cualquier cosa para plantarse los pies desde lejos en el absurdo cotidiano.

Siento tristeza por mi vecino de arriba cuando se pone a masacrar una guitarra a las dos de la madrugada.

Más que molestar me o malhumorarme, me entristece, no por lo mal que toca, sino porque ¿qué es lo que lleva a un humano a hacer algo que sabe notoriamente molesto e injustificado hacia los demás? No es ningún rencor, eso seguro, apenas nos tratamos.

Yo toco cuando quiero y como quiero, a la hora que quiero y al volumen que quiero, pensaría seguramente si pensara. Es ese pensar que no piensa, que no me siente como posible cosa sufriente, lo que me entristece.

No es que mi sufrimiento sea importante, pero aun así se ve en los pequeños detalles, en los pequeños placeres, como estamos hechos para devorarnos.

Traté de leer una novela —no diré el autor, no quiero avergonzarlo— que estaba escrita sin puntos y aparte.

Hasta un niño sabe que lo más importante de una historia son los puntos y aparte.

Sin puntos y aparte cualquier cosa se convierte en un aborto.

Sin puntos y aparte no habría ni Dios ni Universo.

El punto y aparte es el fundamento de la existencia.

Aun así, este escritor, en un delirio de esnobismo estilístico, creyó conveniente prescindir del punto y aparte.

Quitarse del punto y aparte no le hace a uno más audaz ni diferente, sino, precisamente, lo único que un escritor no puede permitirse: *ser pesado*.

Voy a ponerle un tapón al agujero por el que se escapa el espíritu. La ponzoña de la religión.

Aquel que dice «he visto tantas cosas» solo ha visto una.

Qué nos queda por hacer y qué ya está perdido. Si la vida está perdida, aún nos quedan las palabras, quizás a nosotros ya no nos sirvan, salvo para el desahogo, pero sí a otros que aún viven.

Carentes de vida, nuestra palabra es pletórica, indómita y nuclear. Somos inasibles. Se acercan las reses, pero no se pueden cercar los verbos.

Da igual que ya nadie escuche, da igual que todo se vulgareice. Nuestro polen se esparce mezclado con todos los humos del mundo. De nosotros nacerán flores, del humo morirán.

Eterno equilibrio.

Amo la mañana.

A la noche despierto y el aire duerme.

Soy de la timidez del amanecer, lejos de los hombres que devoran estructuras.

Descubrí el rosal. Desde entonces han muerto todas las rosas.

La única conclusión es retirarse a un lugar hermoso donde corra un arroyo de montaña. O llorar.

Pero los arroyos que quedan traen otra cosa que agua, y el llanto posible otra cosa que lágrimas.

Vida de moscas

Las moscas viven afuera esperando entrar por la ventana. Cuando por fin están dentro, quieren salir, pero se chocan contra el cristal. No saben.

Y cuando consiguen salir, buscan otra ventana para entrar por ella. Este es el ciclo eterno de su vida efímera.

Haiku I

La sopa está fría,
todos los gatos muertos.
Guerra nuclear. Fin.

Haiku II

Para qué mentir,
no me gustan los haikus
ni las cenizas.

Haiku III

¿Aún estás ahí?
Ahora onomatopeya
al borde de ti.

Te recolectaría el ombligo para plantarlo en un campo infinito, en una estepa mongola; de ahí crecería un árbol único. Cuando yo esté tan lejos.

Quiero llorar y me sale barba. Fisiología estúpida. Yo no soy esto, ¿qué soy entonces?

Quiero llorar y me crecen garras.

El poema da igual escribirlo así
que
así

·
'asao

Las tortugas son animales cinegéticos. Lo cual no significa nada ni tiene ningún sentido, pero lo he dicho.

Léase con afectación:
¡Allá en lo hondo de mi alma!
Fin

Esto no lo he escrito yo. Lo ha escrito cada uno. Cada pozo y cada sombrero.

Se sacan fotos hasta obitando. Y luego las miran en las pantallitas y dicen ¡uy, qué cara me has sacado!

Coma mundo y seguido mundo y aparte
Mundo y coma

Cada vez que sucede una desgracia en el *tercer mundo*, en el *primer mundo* hacen fiestas...

El ser humano surgió en África. Y allí sigue.

Si un tipo desmañado, con barba de cualquier parte y un cigarro liado en su postración te dice, con la enjundia de su experiencia como estudiante de intercambio: *oye, tu poesía...*

Sal corriendo. Ese individuo se quiere follar a tus gallinas.

Uno no se da cuenta hasta que no lo vive. Pero es cierto. Lo que importa no es el interior, como se dice vulgarmente. En todo caso, el interior podría tomarse como lo que debiera importar si alguien se tomara semejante cosa en serio. Pero ¿qué es el interior? ¿Las tripas, la bondad, la médula espinal, el inconsciente, el coeficiente intelectual, el alma...? Nada de eso importa, y a veces ni existe.

No. Lo que importa es el exterior, el parecer, el aparecer, la apostura, la postura, la pose, el porte, la estructura, el acento, el tono, el color, el estilo, el olor, la pelambarrera, el sudor, la salubridad, los gruñidos, los gestos, el hacer, los modales... El cuerpo vivo.

Y a veces el cuerpo muerto.

Desconfío de los que se lavan poco. No es metafórico y me da igual que sea un prejuicio.

¿Qué mirada mal puesta es la que está detrás de la falta de higiene?

A las caracolas no les hace falta componer sinfonías para redimirse. En su ser hay ya una grandeza bien guardada. No han perdido nada por un bolsillo roto. Solo los hombres se visten.

Solo la idea de sentirme perteneciendo a cualquier ejército, por pequeño que sea, me espanta y me causa escalofríos. Incluso si ese ejército está formado por un solo individuo: yo.

Apártense de mí todos los que me propongan patrias ciertas, guerras ideales o ciegas, militancias o disciplinas.

Hoy en día la gente salta hogueras. Hay quien sabe por qué, hay quien nada sabe. Pero esas cosas no pertenecen a

ningún conocimiento. El sentido de esos actos se perdió hace mucho, a quien hoy salta sobre el fuego solo le empuja la frialdad de su ocio y el aburrimiento de la técnica.

Recreamos herencias pensándolas como folclore, pero el folclore que ahí queda es un simulacro, una pausa existencial de museo de cera. Nuestro verdadero folclore es la vida absurda que llevamos sin pensarla, la virtualidad sedentaria de nuestros juegos, la socarronería vulgar de nuestras oraciones, el sexo de plástico y los atascos.

El topo saca la cabeza y le llueven palos. Normal que se quede en su agujero.

Pero sale un topo valiente...

No sé nada de nada y de todo lo sé todo.

Estudiar está bien. Hay que estudiar mucho. Y ahora dejadme en paz, que estoy merendando.

Las aves que no vuelan son los verdaderos ángeles caídos: Gallinas, pingüinos, avestruces... ¿Qué estúpidos seres son estos, alados y terrenales?

Según la teología de una nueva religión creada por informáticos, el cielo es una copia de seguridad de la creación —The Heaven is a backup of the Creation—.

Novela en segunda persona: *tú*

En algún lugar, dicen las canciones. Pero a las canciones las rellenan de palabras para que sepan a dulce, aunque amarguen.

No quieras terminar lo que has empezado. Disfruta cada amanecer antes de tu tarea. No pienses: «Cuando la gente lea mi obra...».

Ya la leerán, si acaso la leen, cuando estés muerto. Que no te importe verlos leyendo lo que has escrito. Cuando esté acabada, lo estarás tú también. Otros leyéndote es nada.

Escribe ahora y siempre. Disfruta cada atardecer de las palabras de mañana.

Dicen que se muere siempre tranquilo y feliz aun en el más espantoso sufrimiento.

Lo dicen los que han muerto y los que han sufrido. Sea como sea, bendita biología, por algo la adoramos y sacrificamos vírgenes en su altar.

Los niños del futuro serán para nosotros de una humanidad inalcanzable, si por humanidad se entiende saber parir logaritmos con el garfio de un mechón de pelo. Habrán contado los pasos hasta la estrella más lejana e irán hasta allí sin miedo, y cuando tengan hambre, se comerán entre ellos para soltar lastre y estar aún más hambrientos. Al final, solo quedará una pareja que morirá dejando dos hijos estúpidos que se matarán entre sí.

En la naturaleza, los defectuosos no sobreviven. Pero ¿qué es sobrevivir? ¿Acaso no acaban muriendo todos?

Si todo el mundo tuviera la obligación de hacer feliz a otro, solo a uno, sería posible la felicidad universal.

Pero podría suceder que más de uno escogiera hacer feliz al mismo, el cual, por esa contradicción y suma de cariños, podría ser incluso infeliz. Y otros desdichados no tendrían a nadie.

Así que habría que establecer un mecanismo para evitar las repeticiones. Como jugar al amigo invisible.

Y si en el mundo somos impares, estoy dispuesto a sacrificarme...

Cuando no había diseñadores, todo estaba mejor diseñado. El afeamiento del mundo es una consecuencia del diseño. Y el diseño, una consecuencia del exceso de desempleados.

El *pop* es la fantochización de la existencia.

Me gusta pararme en mitad de los puentes y ver la corriente atravesarme el pecho, hacia mí y contra mí. Solo en la mitad exacta de un puente es posible la experiencia, en el sitio que no es camino ni su contrario.

Incluso los ríos secos me atraviesan. Su fondo corre también, como la materia del mundo, interminable cauce hacia el mar infinito.

No estoy hecho para tener un oficio ni un hogar, las dos únicas cosas a las que puede aspirar un hombre.

Realmente ya los tuve: en mi infancia tuve el hogar en el que crecí y el oficio de ser niño. Pero esos inicios se pierden como si solo hubieran sido ensayos del futuro, lo malo es que yo los tomé como definitivos, y cuando tuve que dejar el hogar y los años me expulsaron de la niñez, me encontré con que ya nunca tendría ni un hogar ni un oficio, que no me son posibles, que ya los tuve o que, simplemente, mi naturaleza es otra.

Nos gusta sentirnos importantes y pensar que vamos contra corriente. Pero eso nunca sucede, siempre vamos a favor de corriente, lo que pasa es que hay muchas corrientes, y cuando se cruzan hay una extrañeza, pero luego cada cual sigue en su corriente sin importarle a nadie.

Del conjunto de todas las profesiones legales, la de periodista es de las más indignas e innobles; quizás solo es superada por la de banquero, que solo discutiblemente y a la fuerza puede considerarse como legal.

Lo que sucede es que las palabras del mundo se vocean desde las atalayas de los periodistas, y estos, por su naturaleza poco noble, jamás reconocen su bajeza. Entre su cháchara informativa lanzan constantemente apologías de sí mismos, del amor a su profesión, de su necesidad, de su libertad o de su independencia. Todo falsedades.

No nos fiemos jamás de alguien que declara ser independiente u objetivo. Fiémonos solamente de aquellos que confiesan el nombre de sus amos y de sus pasiones.

Los españoles no suelen aprender nada, sino que deciden que han aprendido algo. Y cuando lo deciden —y deciden rápido pues son mentalmente perezosos e impulsivos—, no hará falta para ellos escuchar o pensar nada más sobre el tema —si es que antes lo hicieron—, morirán por su decisión y les estallarán las venas del cuello por gritar más fuerte que cualquier otro.

Si un hombre joven pasea solo por un parque, es sospechoso. Si se sienta en un banco, es aún más sospechoso. Y si además lee un libro, sobrepasa el umbral de la sospecha y ha de ser mirado ya como culpable. Que aquellos que pasen a su lado se guarden y protejan a sus bebés, estos hombres se los comen crudos.

Recomendación a los hombres jóvenes que gustan de pasear solos por parques y leer allí: cómprese un perro para disimular.

El arte que solo entristece es un arte tramposo hecho para débiles. Todo arte, aunque su tema sea triste, debe siempre proyectarse hacia la alegría.

La alegría no es el tonto refocilamiento del cuerpo saciado. Pero si alguien necesita que se le explique qué es la alegría, entonces no merece la pena que se le explique.

Soy testarudo como si fuera impertinente.

En tu ombligo tienes la llave que cayó por el agujero de mi bolsillo.

Se sabe quién se es cuando ya no se sabe saber.

Un sacerdote me dijo: *Si tienes fe, Cristo vendrá a ti, te hablará y tendrás paz. Él te salvará.*

Así que yo, ante la promesa de esta holganza infinita, probé a tener fe.

Leí todos los manuales, pero no es cuestión de manuales.

Forniqué con los más grandes beatos y horadé mis carnes en un gesto burdo de sufrimiento. Y cuando creía que aquella simpleza era inútil, vi venir a Cristo.

¿Así que eso era tener fe? ¡No podía creerlo!

Pero Cristo se me acercó y me dijo: *Mira chaval, si yo todo esto lo hago por dinero...*

Hay una química espectral por debajo del mundo, es el humus en el que han crecido tus fiestas y tus dioses. Por eso no juego a los viejos ritos, tengo hasta las rodillas hundidas en el barro.

Tú, sin embargo, juegas a saltar sobre las aguas.

Yo te digo: eso no son aguas ni son tierras. De saber eso me hundo, condenado como un árbol menguante que ofrece frutos sin mitología.

Sé que no llegaré a saber, pero puedo imaginar. Y cuanto más arriba suba, más amplio será el horizonte y más podré imaginar.

En realidad, todo poeta ensalzado no es nunca origen, sino consecuencia. Y es por eso, por ser logro o producto de la cultura ensalzadora, por lo que se lo ensalza.

Pero a su vez, esa cultura ensalzadora ha sido erigida por poetas que nunca fueron ensalzados.

El verdadero sabio es el que enseña por donde sigue el camino, no dónde termina.

Espíritu libre en cárceles doradas. No quiere salir y ha olvidado todas las puertas.

La palabra se halla dentro de ti mismo, pero al abrir los ojos.

Ninguna belleza fue jamás planificada.

Si jugáis con mi tablero, gano yo.
El tablero os lo arranqué del pecho.

Confíaís en inmensos ladrones y desconfíaís del paseante.

En las plazas públicas usan poesía como prótesis espiritual, como ortopedia bendecida por los antidisturbios.

La historia oculta de la monarquía es esta: los verdaderos herederos de todos los tronos han sido siempre los bufones.

Los primeros poetas no eran poetas.

Lo ha dicho un sabio, un gestor financiero o un Freud venido a menos en países cenicientos.

Si los primeros poetas no eran poetas, no eran humanos.

Ha salido el sol, pero no ha amanecido.

Otro día que solamente ha salido el sol.

Llamémosle enfermedad a lo que en nosotros es desaliento.

Es bueno estar enfermo como un niño febril al que su madre arropa amorosamente.

Un solo físico teórico es peor que todos los teólogos medievales juntos. Si algún Cristo vuelve, vendrá doctorado en física.

Siempre hay una fuente al final de la aridez.

Se vuelve siempre aunque no haya retorno, porque todo queda siempre abierto.

Todo lo que ha sido, ha sido empezado, salvo aquello que es todo.

La lógica de la existencia solo es posible en un silogismo que vomite abiertas las entrañas.

Como una fuente.

Si piensas que sabes, dejas de saber. Y si piensas que nada sabes, es que nada hay que saber.

No rechaces las rutinas. Tu vida es ya una gran rutina: nacer y morir. Pero sé libre de elegir, entre esta rutina impuesta, el resto.

Si toda la compleja biología se condensa en que queramos, literalmente, penetrar unos en otros, entonces pensamos: debe de haber *algo más*.

Donde decimos *más*, queremos decir *distinto*, pero no somos capaces de concebir otra cosa que la penetración, así que nuestros mundos ideales son, al final, realidades más reales, más obtusas y más penetrantes.

Incluso en las aguas contaminadas hay vida que se adapta. Así los hombres, aunque contaminen sus cantos, los seguirán cantando hasta ser bacterias de aguas fecales.

La felicidad es la criatura más letal, su veneno mata en un instante.

Aquel que se para al borde se está arrojando siempre.

Algunos se preguntan quiénes son mientras se miran al espejo. Entonces la pregunta se refleja y es dos veces pronunciada.

Como si fuésemos un espejo, hemos de mirar hacia dentro para ver lo de fuera y hacia afuera para ver lo de dentro.

El materialismo obtuso, aquel que reduce la realidad a la primera materia en que sea reconocible, es como una carreta de mulas atrancada en un camino embarrado.

La genialidad es una malformación.

El mundo puede no terminar, pero yo he de terminar.

No debéis desear una vida eterna, sino inagotable.

Los artistas profesionales se han convertido en técnicos. El de técnico es el oficio libre sometido a una industria.

No soportamos a los hombres buenos. Cuando alguien es demasiado bueno, despierta sospechas, y si excede su bondad el límite de lo tolerable, es arrojado al destierro de la Santidad. No soportamos la bondad en mitad de nuestras calles, en los circuitos de nuestras razones ni en nuestros vestíbulos. La bondad es algo que ha de estar afuera, en la marginalidad irracional de lo santo.

La santidad es un territorio inocuo, absurdo y risible. Los que por allí deambulan se vuelven inofensivos y se les escucha sin miedo, como si se escuchara a un niño que divaga hasta decir cosas sabias que a nadie le interesan, salvo para regocijarse en la extrañeza bufa de quien las dice.

En lo humano, cuando algo se eleva, finaliza su estirpe. Solo los rudos crean estirpes. Los mediocres las continúan.

El espíritu coincide exactamente con la carne.

Pretender un futuro feliz sobre el sacrificio del presente es querer cultivar una tierra yerma.

Si quieres frutos, haz que tu presente sea gozoso.

La erudición no es una vacuna contra la estupidez.

En la ante-vida, las almas esperan un vientre.

Así lo dice el libro. El blanco formado entre la tinta narra la pre-escatología.

Los reporteros se esfuerzan por que algo pase, aunque no pase nada.

Pero algo pasa siempre.

Siempre a su espalda.

Quien se esfuerza en el dominio de sí mismo, sabe que un extraño de sombras variadas camina alrededor.

Como el animal que bebe agua para sobrevivir, y lo hace siempre en la misma orilla, así lavo mis manos cada vez.

Hay momentos en que se comprende. Busca en el campo las pequeñas piedras, no están juntas, sino que habrás de unir las y resolver su enigma, que es el camino.

Cada trozo resuelto brilla sobre las zarzas. Uno se araña igual, pero sabe adónde va.

Las piedras las va dejando una mano pequeñísima. Lo hace como puede, porque se esconde de los gigantes que pisotean los sembrados. Esa mano se sabe fugitiva y subversiva, es el filo de nuestra mirada disimulando lo inerte o lo rutinario sobre el cabello de la inmensidad.

Lo específicamente humano no puede ser una modalidad de algo. Ni siquiera un lenguaje modalidad del lenguaje. Ni siquiera el pensamiento, sobre el que cualquiera sabe.

Solo quizás un determinado uso de alguna modalidad que contradiga las modalidades en sí, como ser animal al contrario de serlo, queriendo rebasar un límite desconocido.

Quien busca el final de su camino no está en camino, lo que está buscando realmente es su comienzo.

No se trata de repeticiones, ni de diferencias de repeticiones, sino de parecidos. Si repites un millón de veces la misma acción, es seguro que no la ejecutarás igual ni una sola vez, pero sí lo suficientemente parecida cada vez como para volverte loco.

Esa es la diferencia entre la ciencia y la vida.

Siento la lozanía de no haber existido aún. Después de estas palabras, dentro de mucho tiempo, cuando este acto esté marchito, dará igual lo que digan.

Ningún laberinto está terminado, los obreros que han de hacerlo andan perdidos.

A la próxima exploración espacial deberíamos mandar un robot poeta que explore en verso, que recoja rocas y las sienta como algo bello de ese mundo. Y que allí se quede, atorado en cualquier valle pedregoso como buen poeta.

Para nosotros hemos hecho escuelas; para los demás, cárceles.

Nada sucede antes de tiempo, sino poco a poco, cuando conviene.

Cerráis los ojos para ver la verdad porque si no, decís, no se puede pensar en ella.

Pero pensáis en algo que no veis, y si lo vieseis ¿para qué querríais pensar en ello?

Si no entiendes algo, te harán sentir como un idiota. Pero sucede que muchas veces la incomprensión no nace de una ineptitud, sino de una rebeldía.

Si dices no comprender, por ejemplo, los mecanismos por los que los monarcas del mundo se intercambian y disputan, si dices que esos teatros nada tienen de democráticos y que son en el fondo banquetes de lobos, entonces te crecerá el musgo.

¿La naturaleza? Nacemos entre imposiciones. La hierba queda tan lejos de nuestros pies, bajo el asfalto...

Todas las voces se juntan en una leche agria. Así duele mi estómago, empachado de frutos de plástico de brillantes filamentos que me impelen al vómito.

Hay un mundo sin hacer que no conocemos y que apenas atisbamos más allá de nuestra atmósfera. Allí la geometría es profunda y barroca, se derrocha con una sencillez y una perfección que nos parece silenciosamente musical.

Luego hay un mundo primariamente hecho, un pasto para nuestro ganado, una vereda del camino, un orden humildemente humano.

Y finalmente está esto que todo lo asfalta, que todo lo aplana, que todo lo destruye. El mundo de lo edificado.

Al final, nada de lo que deje escrito dirá nada de mí.

Cada momento queda como único y esencial. Al mundo no le caben palabras. Todas las palabras sobre el mundo, todas las pinturas, son metafísica.

Al final, una biografía es cualquier invención, la ficción narrada de un fantasma. Lo que sintiera y cómo lo sintiera, no será nunca dicho.

Desconocido, pasaré.

Que el hábito nos falte es como un puente derrumbado.

Nos habituamos incluso al sufrimiento.

El tiempo sana, incluso después de la muerte.

Si la filosofía sirve para entristecer, el arte sirve para alegrar.

Hablamos de geometría como si la hubiera en el mundo. Pero más allá de la simplificación de mirar lo irregular enmascarado, ninguna perfección hay en la naturaleza. El aflorar volcánico es su perfección.

Nuestras casas son todas de ángulo agudo. En los montes hay tantos ángulos agudos como de cualquier otro grado.

La lechuza te mira:
O v O
con ojos
de deseo

Dice el tao: el buen caminante no deja huellas.
Yo digo: no hagáis caso al tao y haced surcos como los
niños en la tierra del camino embarrado.

En un mundo tan saturado de palabras, quizás debería-
mos guardar silencio.

Julio 2011

La belleza más humilde comienza por la más fea verdad.

Rellenamos la vida de parques temáticos, de ocios auto-
conclusivos y peripecias de salón y centro comercial.

Hemos construido un enorme parque de atracciones me-
diático, la realidad se sume en esta fantasía indolora en la que
el viaje no aporta más que cualquier tren de la bruja o que una
montaña rusa; una atracción de plástico en la que uno circula

por canales prefabricados mirando muñecos de plástico que fingen culturas remotas.

Vayamos adonde vayamos, exponemos nuestra imagen al mundo como si a este le importara para reconfortarnos en la insistencia de que somos alguien que pisa suelos diversos, que tiene una identidad que pesa sobre la tierra y holla sus caminos. Esos caminos son sendas trazadas por arquitectos, frías decisiones para la ascensión fácil a montañas antes inaccesibles. La única aventura posible queda fuera de ellos, en las zarzas de los campos yermos y abandonados, pero ¿quién transita por ahí, lugares en los que la incomodidad ni siquiera es compensada por la belleza?

La mayoría no quiere saber.

Cuando uno ve su reflejo, está viendo su ser del más allá, por eso no se reflejan los vampiros ni los espectros.

Pertenezco a ese tipo de criminales a los que se condena a salir de la cárcel.

Esto no es lo que nos prometieron. La vida, esta gran sequía... Quizás lo soñé. Me dieron demasiado alimento, hasta llegué a creer que los mares eran aquello de lo que beber.

Todo lo moderno es muy antiguo.

En lo alto de la colina, hay unas luces que en las noches nubladas se funden con la niebla y fingen el humo de llamas que acechan detrás.

El monte se quema de mentira. Eso es lo que hace la luz del hombre.

Mi nombre, el nombre, da igual. No tiene sonido aquello por lo que llamarnos.

Abres igual las puertas de día que de noche.

Eso es consumación de la distancia, extinción de la luz, ropaje perpetuo.

Si te pasas de estación, disfruta de un paisaje inesperado.

El fracaso es un verdadero camino de conocimiento. Enseña, a quien lo acepte, lo fútil de todo anhelo. Enseña a apreciar el tiempo, supremo don de los vivientes, en la única extensión: su presente. Enseña lo falso de todo éxito y lo tiránico de toda convención a la que haya que ajustarse. Abre, en definitiva, un paisaje que ya está terminado en toda su abrumadora belleza.

Mi perro ha puesto su cabecita sobre el teclado del portátil —escribo sobre la cama—. Para él es como una almohada caliente y le resulta cómoda. Es su racionalidad. Pero realmente no es ninguna racionalidad, como tampoco las nuestras.

Acaso no sean esas racionalidades más que meras adecuaciones entre nuestro cuerpo total y el mundo. Y según lo que-ramos adecuar así o asá, seremos prácticos o instrumentales, puros, económicos u objetivos.

Pero esa objetividad alcanza poco más allá de nuestra órbita. Es una objetividad casera, sirve en unas coordenadas, como merendar, que se hace cuando uno está en las coordenadas de tener hambre por la tarde. Esas son las verdaderas dimensiones del espacio y del tiempo: tener hambre, sueño, estar en la cola del paro o en el cine, que huela mal en el baño o que haya un viento helado esta mañana de domingo, en el parque, en invierno, con cuatro palomas posadas sobre las ramas de un olmo.

Se puede vivir casi sin nada. Pero una sociedad como la actual, basada en la acumulación de objetos y necesidades, exige una renuncia sublime.

Renunciar cuando se ha crecido casi sin nada, vestido apenas de cielo, es un paso sencillo; la única dificultad es una lucidez inasible para aquellos que ni siquiera tuvieron un poco de luz como alimento.

El único modo de persistir en la renuncia es encontrarla placentera.

En los momentos más oscuros, me siento rodeado de idiotas, y no me queda más remedio que pasear por las calles como un idiota más.

La ciudad descubre al individuo y el individuo descubre la soledad. Es entre tantos donde me siento tan solo. Entre millones ajenos que pueden deambular frente a mis ojos durante días como pájaros en una selva.

La nobleza tiene un pasado eterno. Todo lo demás, la ley, es un constante martilleo de inercia bruta.

La vida es una conjunción solo un céntimo por debajo de lo imposible. Una destilación desde el inicio que trae en sí un rastro de todo.

Cómo se hinchan los pechos si nadie os ha enseñado que allí está el pensamiento.

Cómo puedo saber tanto de la naturaleza habiéndola mirado tan poco.

El pene es el órgano de la escritura.

¿Cómo muere una planta? Si se le arrancan hojas, vive. Si se le arrancan ramas, vive. Incluso a veces vive si se la poda en lo hondo, como si no tuviera un centro y su tallo fuese solo una espina contingente y variable.

Una persona puede mirarse miles de veces al espejo a lo largo de su vida y no verse jamás.

Aquel que se ve deja de ser quien era.

Algunos, empujados por la violencia de quienes nos expulsan del centro del alimento, nos zarandeamos en el equilibrio del borde, desde allí contemplamos la caída.

La gula de unos es la iluminación de otros.

Hallamos el placer en aquello que nos hace alejarnos de nosotros mismos, en lo que nos pierde y nos expande como un vaho entre las cosas. Y el dolor en lo que nos asola y nos aísla, en lo que nos confronta a lo que somos. El dolor es la concentración del yo en el espejo.

En el amor, por ejemplo, nos perdemos en el rostro del otro. En el desamor, lo que nos queda es la eterna y aburrida pregunta de nuestro rostro.

Toda posición extrema es una forma de misticismo. Nada hay más extremo que desposeerse incluso de uno mismo.

Lo más importante y hermoso que nos ha pasado a todos es nacer. Y eso basta y ha de bastar para que baste la vida. No hacen falta mierdas de autoayuda para alelados urbanos.

La muerte es una minucia y el dolor, un desafío.

Y el que no lo entienda, que vuelva a nacer.

Si alguien nos mirase desde algún microscopio y pretendiese adjudicarnos un proyecto, ¿cuál sería?

Quizás pensase: estos humanos parecen empeñados en sacarse la conciencia. No diluirla como proyecto espiritual, sino mudarla físicamente.

Cuando exageramos la mirada hacia los rostros de nuestra especie, fabricamos la conciencia.

Hay duda razonable y proteica.

También hay duda estúpida, como la de aquellos que solo dudan para despejar el camino de sus ídolos.

El mundo quisiera ser esférico, pero la respiración lo desbarata. Bendito aire exhalado que rompe lo cristalino.

El dinero es una cosa muy tonta. Cada vez soy más escueto. Lo ha dicho un niño.

Es tan humano el santo como el asesino.

Un diario que no es diario y ni siquiera tiene fechas. Un escritor incapaz de la constancia. Un hombre incapaz de hablar. Sentencias breves, como espasmos sordos. Un tamiz en la esfera del cuerpo. Un cuerpo extraño.

Ahora me da por pensar que la libertad no es nada, ni siquiera un ideal, ni siquiera una idea. Quizás solo una palabra, una pura forma sensual.

A eso quedan reducidas muchas palabras. Como las patrias reducidas a banderas. La vastedad visceral de una pertenencia. Una violación semántica por quienes necesitan saciarse.

Metafísica, una palabra bastarda y prostituta que desorientada ha vagado por la historia para quien tuviese a bien servirse de ella. Lo mismo se hace hoy con *democracia* y tantas otras. Palabras sin tierra, sin sentido, sin objeto, sin fin; palabras negociadas como los rehenes de una guerra.

Y la palabra más grande de todas ellas es *dios*.

Si sobrevive mi conciencia a la muerte, ¿echaré de menos la cara del espejo? ¿Y el cuerpo que arrastro tan cansadamente?

He conocido a gente, incluso inteligente, que cuando les preguntaban si creían en Dios respondían: *yo creo en un dios personal*.

Pero así cree en Dios cualquiera, porque un Dios personal puede ser cualquier cosa que a uno le valga, como un traje a medida que no necesita ni sastre ni tela, ni siquiera una talla o una forma. Te lo imaginas abstractamente, con intuiciones más o menos esponjosas y hogareñas, y así lo vistes, como el tonto que tiene un amigo invisible.

Hay que restaurar la magia. No la magia de las películas ni de los brujos. Ni la magia de los idiotas románticos o los esotéricos cuánticos.

La magia real es la de los hombres fuertes y sirve solo para dominar el tiempo atmosférico. El hombre que construye un flujo energético por todas las líneas de su cuerpo y lo lanza hacia las tormentas para servirse de ellas. Ese es el mago. Solo el que hace eso y exactamente de ese modo.

Los otros, los que hacen pócimas, conjuros o encantamientos, los telépatas y los que se ocupan de desamores, etc. son todos vendedores de baratijas. Farsantes o ineptos.

Hay muy poca diferencia entre el bufón antiguo y el político actual. Pertenecen a la misma línea filogenética. Los políticos actuales son una evolución natural de los bufones antiguos, como el hombre lo es de un mono arcaico.

El medio cambió y los bufones se adaptaron, fueron perdiendo su gracia y creyéndose su personaje. Y cuando dejaron de ser requeridos para entretener, los mejor dotados en

las artes del subterfugio y de la influencia, y que poseían la semilla de la ambición y mayor necesidad de un público, evolucionaron a políticos, se agrisaron el traje y entraron en —o no salieron de— los gabinetes de los gobiernos.

Los medios de comunicación estrechan el mundo hasta hacerlo asfixiante. Hay quien dice que es al revés, pero yo creo que solo lo ensanchan muy excepcionalmente. En general son mediocres y ofensivos, producen ondas masivas de material plástico cuyo fin es rellenarlo todo y convertir las estancias en celdas constreñidas y acolchadas donde no corra el aire.

De todos ellos, el que en mayor medida causa este efecto es la televisión. Apagar la televisión es como abrir una ventana.

Tener ante los ojos diariamente tantas imágenes y luces, tantos rostros, tantos paisajes, tantos sonidos, tantas historias. Todo ello recortado y mezclado por la velocidad de una industria que desconoce los tiempos del cuerpo.

¿Qué hubieran pensado los estetas decimonónicos ante tal barahúnda de artes y bellezas? ¿Hubieran sido capaces de hallar en ello lo sublime? No. Hubieran hallado lo que hallamos los estetas actuales: el empacho.

La nobleza siempre ha existido a destiempo. En las épocas polvorientas se recurría a ella con pomposidad, era una

buena arcilla para sellar las porosidades de la barbarie y hacerla defendible, era una cosa inútil y vacía, un estandarte superficial. Hoy que la barbarie es grosera y nuestra ruindad se ha civilizado, ya dan igual los estandartes y no necesitamos nobleza, ya nadie la pretende ni la reclama. Se ha quedado con su fama de inútil.

Quizás hoy nos hiciera falta una verdadera nobleza.

Algunos dicen: primero aprende a vivir y luego filosofa. Si lo intentas al revés, serás un infeliz.

Pero ¿quién se pone a filosofar si sabe vivir?

Una cosa tengo segura de mí: o no aprendí a vivir o lo hice malamente. Pero quizás cada uno aprende hasta donde puede. Como esa gente que dice que no tiene oído para la música. Quizás tengo poco oído para la vida.

El ser humano es excepcional entre todas las especies en una sola cosa: nunca hasta ahora ha existido una especie con la capacidad real e inmediata de destruir el mundo.

Los dinosaurios, que entre todos sumaban muchas especies, no lo hubieran conseguido ni aun poniéndose de acuerdo. Lo habrían arrasado todo para perecer después ellos, pero el planeta y su vida habrían continuado con innumerables supervivientes tanto en el mar, en sus profundidades, como en la tierra, en lugares remotos y a través de especies diminutas.

El ser humano puede hacer estallar la Tierra si le place.

La gente obsesionada con la patria también lo está con el poder.

Todo es mucho más sencillo, y tengo a veces la sensación de que los filósofos —los sabios en general— lo han olvidado, o nunca lo han percibido, quizás lo olvidasen sus maestros.

La filosofía es esa tensión entre tener que decir para no tener que hacerlo. Que hayamos de suturar el mundo y sus defecciones con nuestras ideas, o nuestras fabulaciones, es nuestra tarea proteica, aquello en lo que realizamos una naturaleza que se vuelve sobre sí y se niega en la tristeza.

Entristecidos palacios de nuestras palabras, tan fugaces como la lluvia, tan densos, o tan ligeros. Y lo que es y lo que debiera ser se confunden siempre, y sin esa confusión nada habría de valioso.

Duele saberse condenado al olvido porque todo lo que somos es memoria. Pero la memoria y la conciencia son un modo de ceguera. Ver y solo ver, ahí la sabiduría.

¿No es acaso la muerte un modo de quedarse prendido en la visión de la eternidad? Los ojos de los muertos miran hacia ese lugar, hacia ninguna parte.

Dios es ver absoluto sin otra circunstancia. Pero ¿qué visión es esa sino otro modo de ceguera?

Dios está ciego, pues no es ver que nada quede fuera de lo mirado.

No hay visión sin ceguera. El que todo lo ve, nada ve.

Las frases verdaderas son más bellas que las solamente bellas.

Las calles, e incluso los hogares, están llenos de gentes que quieren convencernos de algo. Tanto que hasta nosotros mismos pasamos el tiempo convenciéndonos de cosas, y en eso somos otro más para nosotros.

Y no hay nada en ninguna convicción que podamos admitir que nos pertenezca o nos esté destinada —nada lo está—, todas son una súplica menesterosa. Las redes que confeccionan nuestro mundo son estas súplicas.

Nosotros mismos también pasamos mucho tiempo intentado convencer a otros de algo, de nuestra grandeza o nuestra miseria, de nuestra necesidad, de nuestra razón. De nuestra nada.

He borrado tantas cosas.

Hoy, día cualquiera, es mi cumpleaños. Lo consigno en este diario sin fechas como anclaje.

A veces se recuerda algo de hace muchos años.

Hace veinte años, por ejemplo, siendo yo un adolescente, estuve en Milán. ¿Qué fui a hacer allí? Conservo fotos de alguien parecido a mí, con otras ropas, otra mirada, otra historia.

Pero no hace falta viajar a otro país, ni siquiera a otra ciudad. Aquí mismo, entre mis papeles, encuentro mundos literales que dibujé hace más de veinte años. Mapas sobre los que transite no como viajero, sino como un dios.

He sido viajero y he sido dios. Tantos días apilados uno tras otro, sucediéndose en una apariencia de monotonía inmediata, configurando un mapa diverso y cambiante, como esas fotografías que miradas de cerca muestran cualquier cosa, pero vistas de lejos son como teselas que configuran otra realidad, que a su vez configura otra realidad. Tantos en mí, tan distintos, tantas realidades.

Puede ser 2012

Nada termina. Aquello cuyo fin es aparente continúa en lo inimaginable.

Por los caminos torcidos anda la sombra.

No he conseguido saber aún cuál es la rutina de la convicción y de la fuerza. Me siento gravado por fuerzas externas, como si la energía me atravesara según leyes aparte de cualquier ciencia.

Las variables son inconmensurables, el alimento caótico.

Cuando se vive rodeado de alimento, el alimento pierde sentido, deja de ser comestible y morimos de hambre.

El dinero es un gran invento y también un invento miserable. Es un gran invento para un mundo miserable. Sentir mi cuerpo atado a él y tener que arrastrarlo tras su estela es la negación de los propósitos. La voluntad se calcina y se somete.

Pero ¿qué fuerza hay que se le oponga? Solo se me ocurre una: la divinidad. Un Dios es quizás lo contrario al dinero, y por eso su reverso y a lo que este sustituye. Cuando el Dios se hizo ley, se convirtió en moneda, aquello que dictaba lo posible y lo permitido, porque ese es el verdadero sentido del capital: no el intercambio sino la legalidad. El dinero se yergue como legalidad suprema, es más ostentoso y firme que cualquier Dios porque en este era posible no creer, pero sobre el dinero no cabe la creencia ni la increencia, es una suprema objetividad subyugante.

La abstracción de la fuerza, que es la abstracción del animal, es el Dios de los teóricos, de los filósofos, de los físicos y de los teólogos, no de los sacerdotes que viven al dictado y no tienen Dios, ni de los hombres comunes, que aún están en la fuerza cuando no, directamente, en el animal.

Si les reconozco a otros de mi especie unos derechos humanos es porque son individuos coparticipes de mi realidad, de mi sociedad, son corporalidades acoplables con los que

puedo copular. Pero no hay en ellos ninguna dignidad natural que me haga considerarlos por encima de cualquier otra forma de vida. En todo caso, puedo alegar cercanía genética, pero también puede esta estrecharse sobre mí y mis familiares, y extinguirse más allá sobre los cuerpos de tantos seres divergentes. Y lo mismo puedo decir de una cercanía cultural o afectiva, pero también puedo tenerla con mi perro, o con los animales de mi granja o los del zoo, o los del bosque. O el caracol de mi ventana.

Qué me dan a mí todas estas multitudes navideñas que pasan a mi lado como hordas de ñus. Toda esta multiétnia no es más que una coctelera de tribus en las que lo etnocéntrico y lo egocéntrico coinciden.

A veces pienso en por quiénes han dado su vida tantos y me entristezco.

Tal como lo entienden los sacerdotes, el amor de algunos dioses a sus criaturas no se distingue mucho del amor de algunos amos a sus siervos. Es amor a sí mismos y a aquellos que les procuran su grandeza.

Los sacerdotes son la negación de la divinidad, no su vehículo.

La angustia del tiempo es la angustia por algo incesante que nos disuelve. No tiene origen ni fin, no tiene sentido ni cauce ni sendero. Es un manar descentrado, a borbotones y constante.

Buscamos siempre la épica. Y muchas veces lo que para nosotros es épico para otros es atroz.

Nuestra grandeza está fundada en la épica y en la barbarie.

Todo lo real es pequeño. Todo lo irreal es grande. El sol que nos calienta, que transita sobre nosotros cada día, es una pequeña moneda que la mano puede agarrar.

Hoy he sabido la edad de mi muerte: 112 años terrestres.

Teniéndolo todo no tenemos nada, y no teniendo nada lo tenemos todo. Son simples juegos del lenguaje. Nadie jamás lo tuvo todo ni tendrá nada.

Me pregunto cómo soportan las gentes su rutina. He conocido a hombres que trabajaron cincuenta años en la misma empresa, hicieron todo ese tiempo el mismo trayecto, las mismas puertas y los mismos pasillos. Nada más.

Hay pocas cosas más incomprensibles para mí.

Llevo la certeza del desapego y el impulso del caminante. No haberlos realizado es para mí el verdadero fracaso. No haberme alejado apenas del origen cuando siento el destino

señalándome los horizontes. Estar demasiado apestado por una rutina silenciosa. Solo crece quien se aleja, el resto calla.

Un buen comienzo para alcanzar la paz interior es que te dejen tranquilo.

Es necesario aprender a dejar cosas a medias. Hacerlas según caen, como la respiración. Las obsesiones teleológicas que nos acucian son fuerzas deformantes. Un poema, por ejemplo, a medio hacer, abandonado en su palabra exacta. Una carretera cortada entre la arena. Una casa a medio construir aún sirve para habitar, se puede aprovechar su esqueleto para la vida.

La vida entera es un devenir de cosas a medio hacer. Cosas a medio empezar. Cosas a medio terminar. Caminos que se cruzan y se pierden, que se desvían. Así se construye todo, más allá de cualquier plan y de cualquier intención.

En las afuera de la ciudad empezaron a construir colonias de moles grises, rojas y amarillas. Cuando se acabó el dinero, quedaron abandonadas, a medio terminar y a medio habitar. Fueron pensadas con calles anchas y rectas en mitad de los descampados. Los edificios a ambos lados están tan lejanos que el mobiliario urbano y los jardines se desperdigan incapaces de rellenar ese hueco. Y sin embargo hay personas viviendo allí, aunque apenas se las ve ocultas por su escasez, o como si tuvieran vergüenza de esa carencia de ciudad.

Comer un día tras otro. Varias veces al día, a veces con exceso. A veces con placer. Y otras sin él.

Cuando conoces el camino, dejas de amarlo.

Nos preguntamos obsesivamente por el tiempo. Pero es una cosa muy sencilla: los giros del planeta.

No me quitáis el sueño, más bien me lo dais.

No son heroicas las guerras. Son heridas. Pero el heroísmo no se da como absoluto, sino como exaltación facciosa de las piruetas de nuestros trapevistas. Así que quizás sí son heroicas. Por eso están llenos los pabellones militares de heroísmos e insignias, de generales orgullosos de la muerte propia, y de la ajena.

La mayoría de las opiniones que se sostienen no son asépticos análisis sobre la realidad que tratan de aislar sus líneas de fuerzas principales para así concebir un determinado orden.

No. Son tomas de posición, principalmente defensivas y a veces ofensivas, con las que se intentan desviar las contradicciones o complejidades inabarcables de lo real. Son

armaduras, corazas a medida que cada uno se hace a sí mismo para presentar una figura fuerte, rotunda, nítida. Voces que quieren arrollar, que desprecian el titubeo, que aniquilan toda duda o toda complejidad bajo el pisotón de proclamas sólidas que no pretende explicar nada, sino aunar lo heterogéneo de cualquier experiencia en una mirada pétrea.

Lo que importa es el porte y la presencia, el discurso organizado como un árbol de pocas ramas que recogen cada una la bastedad indiferenciada de un ámbito de la realidad para hacerla confluir hacia lo grueso, hacia el tronco único.

No es posible la divergencia ni el rompimiento. Se quiere huir de toda abertura, de todo movimiento, de toda ambigüedad.

Más que explicar las cosas, esas opiniones quieren asimilarlas a un estado de sumisión. Como la magia, que pretende transformar la realidad desde la palabra. En la magia no importa el sentido ni la argumentación, en las opiniones tampoco, salvo como mera apariencia.

Aun así, por mucho que lo pretendamos, la realidad no atiende a las palabras mágicas ni se agota en nuestras oraciones. Es siempre algo distinto y otra cosa posible.

La humanidad avanza a través de las ramas que se extinguen.

Los que saltan al vacío son los que traen lo nuevo.

El mal olor de alguien me hace ver el absurdo de todas las ideas.

Por qué no han sido los dioses del tiempo nunca dioses supremos es fácil de comprender. Son relojeros inmisericordes, no hay en ellos gracia ni tacto, no hay en ellos perdón ni afectos. No son creadores ni artífices, nada poseen; tampoco son verdugos, sino quienes llevan a los reos al cadalso.

Para la física, la nada es un concepto absurdo. Aun así, los físicos de toda la historia le han prestado gran atención como si tuviesen mucho que decir sobre el asunto. Perdidos en un bosque de palabras.

La física es la ciencia de que haya algo. Donde empieza la nada, la física termina.

No hay ciencias sociales ni ciencias naturales, sino ciencias del comportamiento y ciencias de la inercia. Al final, ciencia de una sola cosa: cambio.

El cielo de los tebeos proféticos es una horrible vaporosidad de perfecciones. ¿Qué es nuestra vida sin sus imperfecciones?

Si no hay hambre ni deseo, porque todo es colmado, seremos cosas inertes como piedras. Entonces es verdad que la vida se termina, se extingue. Eso no es otra vida, es la nada.

¿Estaremos allí mirando sin más el absoluto pasar eternamente? Conciencia de la nada. Pero la conciencia lo es de algo.

Qué haremos sin los pasos y el cansancio. Sin los malos olores. Sin el sufrimiento.

Qué haremos sin cicatrices, allí en el cielo.

Prefiero reencarnarme aunque sea en poca cosa. Uno vive acorde con su tamaño y lo diminuto también puede ser inmenso. Como el caracol, infinita espiral llena de babas y lentitud, lleno de imperfecciones, de desdén hacia sus semejantes, de miedo e hipersensibilidad.

Me reencarnaré en caracol virtuoso y ascenderé en la escalera de la creación hasta volver a tener palabra. Y entonces le diré a mis hijos: «Miradme, yo empecé de caracol y ahora soy grande y peludo, ¿qué no podréis vosotros, que habéis empezado de primates y os he dado estudios y clases de natación?».

A veces quisiera, literalmente, echarme sobre los hombros todo el sufrimiento ajeno. Y os diría: «Yo lo llevo, a mí no me afecta, soy del metal más duro».

Y en verdad lo soy.

Diga lo que diga, no dejo de ser un occidental etnocéntrico. Así que puedo decir lo que me dé la gana.

El cristal solo refleja si la oscuridad está al otro lado.

Cuando escribo, es cuando más solo estoy. Paseo en solitario durante largo tiempo y leo de vez en cuando, pero en esos momentos mi soledad está atenuada por exterioridades.

Sin embargo, la escritura me confronta conmigo mismo en la pura reflexión sin imágenes. No es como un espejo, porque en el espejo tengo la exterioridad de mi propia imagen. En la escritura es la ausencia absoluta lo que me envuelve, la interioridad pura que pide ser constituida y modelada como algo físico, exterior y distinto. Ese es el acto de la pura creación, convertir lo que no es en lo que es, iluminar lo oscuro que flota en el vaho de ninguna parte y darle una forma y un espacio, como un fruto que madura y cae, y rueda por la calle hasta pudrirse.

Cuando cada uno tiene un dios, todos tienen el mismo.

El hombre no inventó el dinero, lo trajo en el bolsillo de la animalidad.

El fin es saberlo todo para olvidar lo que se sabe.

La única solución es hacer, de la renuncia, placer; de la negación, autoafirmación.

El mapamundi es insuperable.

Todo me parece tan falso. Si la verdad me retira a la soledad y al silencio, asumo ese reto con gozo. Prefiero ser el último de los que tañen las contradicciones a asimilarme al discurso manufacturado y estéril de la productividad cultural.

Sea y así se me olvide.

Tantos que están en el centro, entre las multitudes, y no tienen nada. Quizás el retiro sea el encuentro de algo pleno.

La humanidad nunca ha dejado de realizar sacrificios. Cristo, lejos de ser el último, inicio una nueva modalidad de chivos expiatorios. Desde que se erigió su iglesia, los pecadores han asumido ese rol. Es como si los corderos degollaran a sus amos.

Los místicos son como las vacas en los ratos que no comen hierba.

Nos enseñan a masturbarnos todos los días para extraer el exceso de deseo. Al final, el deseo es extirpado entero y quedamos agostados desde muy jóvenes. Esta es la escuela del exceso. Su meta, como la de la escuela ascética, es la iluminación, ese estado en el que el cuerpo se ha desecado y la conciencia perdido.

La ciencia ha estrechado el mundo al hacerlo abarcable en pocas jornadas, ha puesto límites a su esfericidad. Pero también lo ha ensanchado.

Ya no hay sitios diferentes. La gente vive igual en los pueblos que en las ciudades, solo se distinguen por las cantidades. En ambos sitios están las mismas cosas.

Las ideologías son como terapias del odio. Lo conjuran y focalizan a través de la solidificación de los instintos. Si son intensas, las ideologías se apropian incluso de lo que no es odio, de lo que es solo malestar o confusión, o dolor ante la crueldad de lo real. Así, el dolor deja de doler, se funde en un metal con el que se crean las formas de la armadura y de la lanza. Se pasa del sufrimiento y la ofuscación al goce del ensañamiento; de la conciencia angustiada, a la ensoñación de un mundo sometido y a la pasión fría del justiciero.

No hay una libertad absoluta. Solo libertades concretas que cada cual invoca según su parecer.

El envejecimiento es el proceso biológico de la liberación. El culto a la juventud contamina incluso los caminos de la sabiduría. Se presume estúpidamente de espíritu joven en la vejez. No, yo espero presumir de mi vejez como totalidad.

Espero una ancianidad amplia y liberadora, una consumación que ahora no puedo imaginar.

El cuerpo es barrera, pero no límite.

No todas las causas son justas, por eso son desproporcionadas y falsas las apologías guerreras. La sabiduría, por ejemplo, es una causa justa y benéfica siempre y en todas sus formas, pero no se la consigue peleando.

Lo que está afuera es el paisaje.

Es incorrecto decir que el sonido se produce por la vibración del aire. Es, más bien, la vibración de la materia.

Sobre el poder de los médicos:

En los albores de la cultura, en quienes por primera vez se encarnó el poder fue en los *médicos*.

Los sanadores en todas las épocas reúnen en su figura los papeles de curanderos y magos. En nuestra civilización tecnológica esos papeles se escinden en médicos y sacerdotes, pero aún conservan su genealogía de dominación.

En el fondo, estamos encantados de formar parte de cualquier maquinaria. Sobre todo los jóvenes, que sonríen con entusiasmo en su puesto de operadores. A eso lo llaman libertad.

Teniendo en cuenta que muchos escritores no leen, ya casi hay más escritores que lectores.

Que todo perezca no es tragedia, sino necesidad.

Está más sucio el trapo que la mesa

La necesidad no es de decir, sino de alguien.

Claro que las palabras no se las lleva el viento. Se hacen sólidas y conforman todo lo que sentimos.

Lo que narra el mito adánico es la necesidad del trabajo.
Todo mito es remembranza engolada por el presente.

Aquellos mitómanos se imaginaron unas tierras incultas donde los frutos crecían sin pedírsele. Lo concibieron por-

que lo tenían en el sueño, y todo lo que está en el sueño se ha vivido de algún modo.

Así conectaron por vía sinuosa con sus ancestros cazadores recolectores, que no trabajaban ni tenían palabra para tal actividad.

Pero de la ignorancia nace el mito. Y si el mito narra, antes que nada, el sufrimiento, el sufrimiento primero es aquel en el que se sitúa el origen.

Y el sufrimiento es, además, un cambio en el eje del cosmos.

Si nos reímos tanto es porque la mayoría de las cosas que nos rodean son risibles.

Pero espanta ver cómo la frontera entre lo risa y la ira es tan liviana, y cómo se pasa tan fácilmente de lo risible a lo atroz.

Todo el mundo desea encontrar un trabajo. Yo deseo perderlo.

Sin quererlo, uno va rebasando límites. Cuando se está en el hastío, se ve un nuevo horizonte. Es el hastío del hastío. Piensas que será un alejamiento aún mayor, o una caída en el odio. Pero no. La existencia es un carrusel de subidas y bajadas, como los ciclos de los economistas. Rebasado el nuevo límite, el hastío usual pierde sentido. Ya no es que se considere que las cosas que a uno lo acechan son fútiles o absurdas,

sino que dejan de tener presencia, y lo que se hace absurdo es el hastío en sí. Uno se ha liberado de las cargas que le daban sentido. Pasado el nuevo límite, hay una nueva agilidad y un nuevo horizonte incierto, pero cargado de esperanza. Y siempre, en la esperanza, uno siente la posibilidad de recuperar algo de la inconsciencia inicial, de la infancia, porque remite siempre a un nuevo comienzo.

El modo de saber si uno se aleja de su humanidad primitiva, y por tanto plena y completa, es medir el uso de abstracciones. Si uno es capaz de permanecer en lo concreto, de mirar piedras y describirlas como historias palpitantes y únicas, aún tiene esperanza. Sin embargo, si se ha contaminado en exceso de filosofías y teologías, está perdido. Su cuerpo se hace cada vez más transparente, se convierte en un fantasma, en un divagador que levita sobre las cosas con grandes y vacías palabras.

Yo veo aquí, en mis escritos, un exceso de fantasmagorías.

Libertad es una palabra pomposa. Si uno mira cómo ha sido arrojada entre los hombres, se da cuenta de que ha servido más para someter y esclavizar que para liberar. Libertad es el emblema de los opresores.

Ser el fardo propio.

Hombres que solo morirían por defender la vida propia son una reducción radical de la ficción. Ningún relato les parece ya merecedor del esfuerzo. En eso somos diferentes a todos los demás. La tierra puede ser esta o cualquiera. La lengua que hablamos no importa que desaparezca.

Cambio el mundo de las palabras por el de los mares.

Deseo no tener biografía.

Diciembre 2013

El fantasma de mi conciencia nubla la verdad colectiva. El mapa que tengo frente a mí es la reunión de millones de *nadies*.

La *idiótesis* es la prótesis intangible para los que carecen de ideas.

Hoy se tiene la costumbre de momificar a los vivos.

La pornografía es un instrumento para el sometimiento de los individuos. Anula la conciencia y distrae el cuerpo.

El *glamour* es una cosa podrida y asquerosa.

Me pusieron un sello y me arrojaron al mundo. Recién comenzado, me dijeron: tu tiempo ha terminado. Lo que queda es antigüedad o vagabundeo.

No se puede ver la mirada, pero puede ser dicha. La palabra, que solo es capaz de denotar una pequeña parte de la realidad, la dice, sin embargo, más allá.

Yo creo que la mayoría de la gente solo quiere que la dejen en paz y vivir tranquila. Tener sus huertos y sus paisajes. Y cultivar la mirada.

Todos esos que ambicionan tantas cosas, que no se paran en nada y acumulan enfermizamente, son quienes lo estropean todo. Carecen de algo que desconocen, tienen en su interior un agujero negro y se pasan la vida devorado para rellenarlo. Pero es infinito.

Muchos me hablan de sabios que encuentran innumerablemente en cualquier lugar. Será que ellos tienen los ojos muy abiertos.

Me pregunto qué mal aliento me envuelve, porque yo solo he conocido a retóricos. Nadie que me haya dejado sin palabras lo ha hecho por ninguna sabiduría, sino por la sensualidad de un discurso banal, una pose en las declamaciones y el dominio de la gramática social. Esos actores aturden con su artificio. Pueden ser, si se quiere, fascinantes, pero más allá de la embriaguez no dejan ningún rastro.

Los sabios verdaderos son poco atractivos. Pueden pasar entre las gentes como fantasmas envueltos en la neblina de la incompreensión. Nadie los aclama porque la sabiduría no es complaciente y no consiste en decirles a las gentes lo que quieren oír, sino, más bien, en aguarles la fiesta.

Vivimos en un mundo deshonesto y cínico. Y Cuanto más deshonesto y cínico es el mundo, menor necesidad de violencia existe.

Agosto 2014

Antiguamente, cuando entraba en una biblioteca pensaba: tantos libros y tan poca vida. Y eso me angustiaba un poco. Pero ahora sé que casi todos los libros dicen lo mismo, o cosas muy parecidas, y que si quitásemos noventa y nueve de cada cien, casi nada se perdería. Y del resto, quedarían muy pocos verdaderamente importantes.

¿Quién te va a escuchar?
Basta con mostrarse. Eso es el fin.

Al hotel, llegan los mismos que se marchan.

Sé hacia dónde voy, pero no sé por dónde.

Sé por dónde voy, pero no sé hacia dónde.

Si de mi yo del espejo me separa lo insalvable, ¿qué no me separará de ti?

Ahora sé que es un error pensar —porque el pensamiento está lleno de presuposiciones y errores— que los poetas tienen algo de universalidad que fluye entre sus letras o sus emociones. Del cantar antiguo no queda nada y al moderno se le encara con ese fantasma para que diga. Pero no somos lo que pretendemos ni lo que se nos pretende, sino, precisamente, ir hacia el silencio buscando con las palabras lo que no pueda ser dicho.

Hoy, el centro de toda creatividad parece ser la resonancia de alguien expresándose, y el contenido, el relato, parece sometido a esa subjetividad concreta. Sin embargo, en casi todas las épocas y lugares, la creatividad carecía de autor, o este era indiferente. Algo se ha perdido. Los viejos mitos tenían su fuerza en que eran sentidos como una emanación de la comunidad en su conjunto. El creador colectivo es un mito, para vivir en el mito hay que perder algo de uno mismo —la fe de la religión moderna es otra cosa—. Ahí está la pregunta que alguien se hizo: ¿creían los griegos en sus propios dioses y en sus mitos? Tenían relatos colectivos porque no creían en ellos como hoy se cree en Dios, pero tampoco eran vividos como ficciones o simples divertimentos. Tenían un relato colectivo porque no estaba fijado, sino que variaba en la oralidad, que era el modo de transmisión de los mitos. Porque la tradición es eso: proceso implícito. Y la modernidad, al volverla explícita, al formularla, fija los relatos y los deseca, los violenta y los usa políticamente, y si es necesario se apropia de ellos, los moldea a su gusto y los pone a la venta. Nosotros los consumimos en dosis perfectamente individualizadas. Hay oferta para todos.

Lo que tenemos es una feria de muestras de jardines de plástico. Por ahí pasan los *artistas*, cada cual con su propia teoría de la existencia que expresa y lo expresa. El contenido da igual, al final lo que importa es la identidad de marca. Hablar de sabiduría como se hacía en la antigüedad carece de sentido. Todo son poses más o menos elaboradas. Estoy cansado de tanto pusilánime autobiografismo, tanto héroe de lo cotidiano, marginal introspectivo, de tanto malditismo de extrarradio o romanticismo terapéutico de amores imperfectos. Falta épica. Faltan héroes. Faltan aquellos que caminaban sin nombre al frente de cualquier batalla. Faltan relatos. Falta contradicción.

Noviembre 2014

Hay dos clases de personas: los que quieren un mundo mejor y los que quieren un mundo en propiedad.

Luego están quienes no son de ninguna clase, porque la verdad es contradictoria.

Un anarquista solitario, el fin de la esperanza.

No tengo corazón.

Siempre hemos sido distintos cada vez. Pretenderse iguales es ilusión de matemáticos.

Todo lo que crece bajo el cielo salvo la oscuridad.

Febrero 2015

Todo lo humano cansa. Canciones, poemas, cuadros, teorías, ciencias, políticas, ciudades, sinfonías, tecnologías, etc. Sin embargo, aquello que está desde antes y desde afuera,

la tormenta, el cielo, los bosques y su manto sonoro de pájaros, es inagotable. Puedo pasear eternamente por el bosque. Solo cuando lo humano queda abandonado y se funde con esa naturaleza que es indiferente a nuestros logros culturales, entra en la eternidad.

En la cresta de la ola está la espuma, lo más sucio, lo más volátil, lo más estúpido.

Septiembre 2015

No hay imperio que no se haya pensado siempre en decadencia.

La existencia humana no es posible sin una mitología. Ya lo vieron los románticos, pero ¿qué sucede en una época *postromántica*? Nos pensamos modernos o postmodernos, o cualquier otra cosa, pero nuestra época ha sido el romanticismo, que lo ha empapado todo. Es la huida del presente, y a la vez el delirio de un presente hiperreal y distorsionado, lo que nos ha conformado. Pero no estábamos preparados para quedarnos solos. Y tampoco nadie nos esperaba en los perdidos hogares de nuestra fantasía.

Ahora somos románticos cuando ya no es posible, cuando sabemos que no hay paraísos perdidos y se nos muestra

como estúpido cualquier anhelo de vuelta al pasado, o cuando cualquier ficción futurista resulta anodina. Ahora que sabemos que ya no hay redención, ni escapatorias, que todas las escapatorias están cegadas por los mismos artificios. Ahora que no cabe ni siquiera la resignación, sino, como mucho, un humorismo tosco y tabernario. El romanticismo, hace tiempo convertido en un fantoche más, es la nadería por la que se evaden nuestros cuerpos.

Ya solo cabe una diáspora hacia lo desconocido.

El amor todo lo pudre. Millones de idiotas mirándote.

Octubre 2015

A veces sueño que salvo el mundo. No sé muy bien de qué, pero lo salvo.

Transitó entre la lucidez y la idiotez como un mesías de sí mismo.

El humor, el gesto supremo de libertad y decadencia de una época que lo ha convertido todo en materia de cachondeo.

El mundo de hoy está constituido por los siguientes tres vértices: todo está en venta, todo puede ser motivo de mofa y el fundamentalismo.

Él arte no salió de la religión, esta emergió del dibujo de un animal.

No hay sabiduría sin alejamiento. Como el pintor, que tiene que alejarse de su cuadro para verlo en conjunto, el sabio ha de alejarse del mundo, salirse de sus avatares y sus pasiones, y mirarlo desde fuera.

Tengo la impresión de caminar entre ruinas. No pertenezco al mundo antiguo y el mundo nuevo está por hacer. Aun así, siento lúcidamente los ecos de ambos susurrando entre el polvo. Nunca están en el presente. Las gentes pasan con sonrisa cotidiana, apegados a una conversación. Son fantasmas más allá del umbral. Aquí, entre las ruinas, aspiro el recuerdo de un romanticismo desencantado, y aún siento como aquellos el abismo de lo sublime. Soy un hombre entre dos mundos que no se conocen. ¿Acaso podemos ser los de mi especie, hombres solitarios y olvidados, quienes mantenemos un puente invisible?

Me pregunto qué otros misticismos quedan por venir, ahora que los vínculos están rotos, que las ruinas han sido acristaladas, Dios está enterrado y los libros atestan inservibles las casas de cualquiera.

Noviembre 2015

La luna es una ceniza difuminada por el humo.

Hay algo en la mirada del que mira que se transmite a quien es mirado. Si te mira un amante, algo de su amor te contagia. Si te mira un sabio, una chispa, quizás fugaz, de sabiduría. Imagina que te miran millones de idiotas, eso es la fama.

Escribo a veces como un viejo, otras como un niño y otras como un idiota.

La libertad de expresión reside en la entropía.

Quiero conseguir con las palabras lo que las palabras no pueden.

Los que han pensado en algún final —de la historia, del arte, de la literatura, etc.— no se han tumbado sobre el cielo bajo un firmamento abrumador. ¿Qué es nuestra historia más allá del ego de unas pocas generaciones? Apenas hemos arañado la montaña de la experiencia.

El hastío precede a la locura, como un silencio antes de una explosión, como un vacío antes de la plenitud. Y en ese vacío se da la lucidez previa, una ráfaga de visiones que agotan el entendimiento. Se entiende entonces que ya se ha visto todo y que cada nueva historia no hace sino repetir algo ya escuchado, algo ya conocido. No se enloquece por abundancia, sino por completitud. Don Quijote no leyó algunos libros de caballería, ni siquiera muchos, sino que los leyó todos, los leyó en toda su posibilidad de ser y agotó así el mundo que, confrontado con esa infinita ficción, se le aparecía agostado y sombrío. Fue entonces cuando se lanzó a embellecer de justicia, como se puede embellecer de libertad o de amor.

A veces siento estar en el filo. He llegado a tal punto que, cada vez que abro un nuevo libro, siento el temblor de la locura, ¿será este el último? Aún no ha llegado ese momento, a pesar de que cada palabra resuena en mi mente como si la hubiese escuchado ya muchas veces.

No sé si queda en el mundo aquello que me pueda precipitar a la locura, a un nuevo renacer, o he encallado en el hastío.

El que sabe que sueña está despierto.

Qué escribir cuando cansa la música.

Sé que soy sabio, pero solo aquí.

Poser dinero o poseer almas, tanto da.

A quien envidia mi grandeza, yo le envidio su humildad.

A quien envidia mi humildad, yo le envidio su simpleza.

A quien envidia mi simpleza, yo le envidio su entereza.

A quien envidia mi entereza, yo le envidio su alegría.

A quien envidia mi alegría, yo le envidio su tristeza.

A quien envidia mi tristeza, yo le envidio su bondad.

A quien envidia mi bondad, yo le envidio su riqueza.

A quien envidia mi riqueza, yo le envidio su pobreza.

A quien envidia mi pobreza, yo le envidio su astucia.

A quien envidia mi astucia, yo le envidio su cordura.

A quien envidia mi cordura, yo le envidio su valentía.

A quien envidia mi valentía, yo le envidio su ceguera.

A quien envidia mi ceguera, yo le envidio su silencio.

A quien envidia mi silencio, yo le envidio su experiencia.

A quien envidia mi experiencia, yo le envidio su paz.

A quien envidia mi paz, yo le envidio su grandeza.

He buscado incansablemente conocer lo que hay detrás de cada sombra. Ahora sé que la ignorancia es circular. Giramos sobre nuestro límite prendidos a un anhelo que apenas nos sostiene. Envidio a aquellos que caminan con la insignificancia de un iluso. Ellos no buscan saber, sino solazarse, como el que come cada día por un hambre que no le pertenece —toda hambre es ajena—. Van a ver películas para entretenerse, leen libros que les recomiendan y con los que pasan algunos ratos libres, se distraen con músicas rutinarias o se entregan a cualquier ingeniería con una vocación doméstica.

Mi curiosidad, sin embargo, la he sentido siempre como algo propio, como un centro. Jamás me ha abandonado, pero la noto rezongar como una bestia cansada que ha revuelto caminos innumerables, a veces sin criterio. Ahora no sabe qué puerta abrir. Cada puerta da a un vestíbulo ya visto con otras puertas que a su vez dan a vestíbulos ya vistos.

No es que lo sepa todo, pero he iniciado todos los caminos, y aunque no los he recorrido hasta el final —la mayoría apenas los he andado—, sé que no hay en ellos ningún tesoro iluminador.

Enero 2016

Leer mucho te enseña hasta qué punto repetimos cosas que ya han sido dichas incesantemente. Aun así las seguimos repitiendo, a veces con palabras muy parecidas, otras con palabras distintas, pero muy pocas veces con palabras mejores.

Dos hombres se sientan en la misma orilla. Uno está serio, el otro sonríe.

Los mamuts se extinguieron de un soplido helado, pero llevó millones de años erigir su mole peluda.

Todo conocimiento requiere inmediatez. Se sabe cuerpo a cuerpo o no se sabe. Si tus pies pisan lo baldío, nada conoces, estás solo en mitad de la presencia.

No soy capaz de escribir poemas de amor. No es que me parezcan ridículos, lo cual sería su posibilidad, es que me parecen estúpidos. Los imbéciles siguen escribiéndolos.

Cada día es tan pesado como si caminásemos con toda la ropa encima.

La predicación absoluta es el privilegio de la poesía.

Febrero 2016

Hay quienes solo se alimentan de lo que encuentran en el supermercado. Sus cuerpos están hechos, literalmente, de manufacturas y procesados. Si hay un dios, es para ellos como un personaje de tebeo. Se emocionan con el tintineo de las monedas y con las canciones de amor de su juventud. Para ellos, una metáfora es solo un trueque. Si escribiesen un poema, empezaría: *Hoy me he levantado con dolor de cabeza y no estabas tú*, o cualquier otro onanismo insípido.

Estas gentes inundan el campo de visión y no hay nada tras ellas que sea otra cosa que lo que muestran.

Escribo esto para dar sinrazón de la razón.

No ha cesado de llover nunca.

A veces me releo y compruebo que me repito y me contradigo. Pero escribo todavía, aun cuando pienso cada vez que no tengo nada que decir ni nada que no decir, como ahora.

Cuando tú me digas *basta, déjalo ya*, lo haré.

Se me da tan mal ganar dinero. Y es lo más importante para no morir.

Cualquiera puede intuir el hogar, rememorar su aroma en ráfagas furtivas para darse cuenta luego de que todo está perdido, de que quizás no sean más que las fantasías construidas por una infancia feliz en exceso.

Julio 2016

Ninguna verdad puede ser universal. Las mentiras, sin embargo, sí.

La lírica es la muerte de la poesía.

Cierta noche me oculté en una iglesia y en medio del silencio y la oscuridad salí y pegué la oreja a la boca de un crucificado de madera. No sé lo que esperaba, quizás un aliento de Dios, como el que presumen tantos creyentes. O quizás era solo la osadía de un estúpido aburrido. Pero para mi sorpresa, un murmullo se escaba de aquella figura. Al principio eran solo incoherencias de alguien a quien le costaba hablar, hasta que al fin Cristo alcanzó a decir con claridad las siguientes palabras: «El paraíso es el mito más peligroso».

Tengo la virtud del realismo y también el talento de un idealismo —o fantasía—. Imaginad por tanto el desconsuelo de saber que toda utopía, por mesurada y juiciosa que se pretenda, es irrealizable, cuando no estúpida. No queda un término medio en el que habitar. O te entregas a la zafiedad de un realismo sin esperanza, o a la soledad de la imaginación.

Envidio la inocencia de tantos hombres antiguos que imaginaron utopías y las creyeron posibles.

No me alegro de la muerte de ningún torero, como tampoco me alegro de sus vidas.

Me entristecen sus muertes como me entristecen sus vidas.

Agosto 2016

En el verano de la infancia, buscábamos siempre el agua.

Después empezamos a caer en aquellos veranos áridos en los que la sed era el cuerpo.

Es ahora cuando estamos aprendiendo a amar el verano. Amarlo en su verdad de campos polvorientos y amarillos, de aires sulfurosos y calles ardientes.

He dicho tres o cuatro cosas importantes y no fueron escuchadas o se perdieron entre la densa maleza que agita el viento. Ni siquiera estoy seguro de a quién se las dije o de si era esa persona a quien quería hablarle.

Tres o cuatro cosas, quizás tres y media, cuyo eco no recuerdo ni quedaron escritas. Lo demás es la periferia de mi lenguaje, lo efable que burbujea en el hálito del agua hirviente.

La música de los astros es su movimiento.

Escuchar y ver son la misma cosa.

Sin saber qué decir, hablo sobre el hablar y espero a que pase esta nube de alborotados pensamientos que se mezclan en una espesa memoria colectiva.

Escribo en cuarta persona por un exceso de primeras personas. Y también, quizás, por una lejanía. Es entonces cuando el idioma se rompe y es capaz de hablarle inútilmente solo a uno.

En otros tiempos yo escribía verdad con mayúscula, ahora ni siquiera la escribo con minúscula. Llegué a escribir que la poesía oculta alguna verdad inefable, ahora me doy cuenta de que es algo que no creo y me disgusta equipararme con esos filósofos que hablan de la verdad en el arte como si supiesen lo que es eso. Pero no me arrepiento de lo escrito, no eran explicaciones ni teorías, sino unos versos más para romper el tiempo.

(De hecho, tampoco creo en esto que acabo de escribir).

Soy una persona de mentira.

De toda la complacencia viscosa que nos inunda, la que más odio es la de los vendedores de sus libros. Esos que dicen que para escuchar sabiduría y emoción sincera hay que vagar entre los paseantes, en los mercados atestados, en los bares de barrio, etc. Exageran sibilinamente, o se engañan, y ocultan una verdad que debe ser dicha: lo que más abunda entre las gentes que pasan al azar es la zafiedad, la pequeñez,

la necesidad, el aburrimiento, la repetición, la simpleza. Pero queda mal decirle a esa señora lo estúpida que es, o aquel sujeto peculiar que su peculiaridad es una impostura y sus chistes no tienen gracia.

Dibujo mapas que invento con el trazar del lápiz.

A veces son islas, otras penínsulas, siempre países habitados cuyos ríos caen de las montañas al mar por una ley suprema de la cartografía.

Necio es quien se piensa dueño de sus palabras. Si dice *aire*, ¿acaso es dueño del aire? ¿A quién pertenecen la necesidad o el pensamiento?

Una vida —aun la más infeliz— es una eternidad, un tiempo completo que se da forma necesaria y jamás queda incompleta.

Busco amante de tres metros y medio.

El hombre es el único animal que conoce el absurdo, la vergüenza y la perplejidad. Fuera de eso, nada lo distingue. Muchos animales son capaces de razonar, no se necesita una

conciencia para eso —y ¿quién nos dice que los perros o los loros no tienen conciencia a su modo, aunque no puedan expresárnoslo?—; además, casi todos ríen, lloran, aman y se divierten. Y muchos tienen un sentido heroico de la justicia, aunque su justicia a nosotros pueda parecernos bárbara — como la de muchos de nuestros congéneres—. Pero no se conoce de ningún no humano que se haya sentido ridículo, o que se haya avergonzado por algo; si acaso, ha sentido temor o confusión. Y por supuesto, ningún animal se ha quedado nunca con cara de bobo mirando hacia el infinito y creyendo que piensa en lo inefable, o buscando la respuesta a preguntas que no sabe plantearse. Cualquier otro animal, cuando mira al cielo, ya sabe lo que hay; cuando ve la muerte, ya sabe lo que hay. De esto se concluye que el ser humano es el animal más estúpido, no porque no sepa lo que hay, sino porque lo sepulta bajo sus fantasías.

Entre la lámpara y yo está la oscuridad.

¿He dicho ya que me contradigo? No es verdad.

No todo lo que uno es convive armónicamente en la personalidad propia. De ahí muchos pesares y tensiones, pero también muchas rendiciones. Uno puede tener un sincero espíritu aventurero, pero faltarle la audacia o la resistencia, o soportar mal la incomodidad de dormir en los rincones, por lo que siempre sus viajes son cortos y miopes, y al final

acaba quedándose en casa, conformándose insatisfecho con los libros.

¿Cómo imaginará mi estancia quién esto lea? Inútil describirla, se equivocará siempre.

Quizás morir sea quedarse escuchando.

Enterradme bajo la tormenta.

A veces leo a poetas de hace cien años —a muchos de ellos los llamaron vanguardistas— y pienso que ellos eran ya el final de algo —quizás eran retaguardistas—. No creo sin embargo en los estúpidos mesianismos que proclaman finales en todo. Tiene que haber algo después, algo en lo que estamos, pero ¿qué? Aún no somos algo nuevo —y quizás estemos muy lejos de serlo—, pertenecemos a nuestra antigüedad, a una ciclópea inercia histórica que marcha más allá de nuestros afanes.

A veces pienso que aquellos poetas no eran sino los esteriores, y por tanto algo nuevo y hermoso, de un inmortal. Y nosotros los esteriores repetidos hasta el aburrimiento, hasta haber perdido el horizonte de la vida que ha de renacer.

Quizás la ruptura necesaria esté mucho más allá de nuestro entendimiento. Quizás ni siquiera los que vengan después

sean capaces de comprenderlo. Nuestra complacencia va a crear seres tan extraños como los invasores de otro mundo.

La única certeza que puede anunciar el visionario es esta: lo inesperado.

Tus palabras traen el aliento de lo que has comido.

Una vez miré a un pozo. La luz entraba diagonalmente y se reflejaba en la piedra pulida por el agua. En el fondo había negrura y algún destello. Nada se movía. Frío y silencioso, recuerdo su belleza como se recuerda la luz del atardecer en un prado.

Los sacerdotes dan vueltas alrededor del misterio. Quien se atreve a pisar en su centro es expulsado. Y este, a las afueras del templo, predicará no haber caído en ningún abismo.

¿Por qué se ha insultado tanto a los hombres gregarios, a esos a quienes no les horroriza asimilarse a muchos otros?

Dejadlos, ellos no pueden defenderse, aunque es cierto que se defienden con su ignorancia.

Para llegar al otro lado, construye una escalera que baje por la pared del acantilado hasta el fondo del abismo. Abajo hallarás suelo.

Cuando ya nadie se escandalice por ninguna palabra, estaremos muertos o seremos libres.

He cenado un guisante.

Septiembre 2016

Es una necedad escribir cosas que nadie va a entender. Es ridículo no tener nada que decir y aun así escribir un libro. Agotadora pornografía de lo prosaico.

Estas cosas las entiende cualquiera, pero ¿a quién le interesan?

Turnarse bajo el sol en los climas fríos y a la sombra en los cálidos. No hay mucho más.

Para conservar es necesario el olvido.

Toda forma de arte, ciencia o artesanía —toda forma de creación divina y humana— tiene su fundamento en el control de las inercias.

El control de las inercias.

Decir lo que ronda nebulosamente por el pensamiento es casi imposible. Al final, uno tiene que esforzarse por reducir las ideas a un orden y decirlas precariamente. Por eso, la mayoría de las filosofías son toscas simplificaciones.

Si les das forma poética, sin embargo, las ideas aparecen salpicadas y sin orden, como aparentes intuiciones que esperan a que algún intérprete las descifre.

Octubre 2016

Los moralistas idolatran a sus monstruos.

Querer serlo todo es querer ser nada. Yo he querido quizás ser demasiadas cosas y soy pedazos de muchas, personaje huidizo e inasible. Contra esto, a veces pienso que me gustaría, por ejemplo, ser un artesano de una pieza, rústico, sencillo y noble. Viviría en un pueblo ni demasiado grande ni demasiado pequeño, del tamaño justo para tener unos pocos amigos a los que visitar a pie y con los que charlar en una plaza, en

un camino o en una taberna. Me dedicaría, la mitad del día, a mi oficio —pongamos, por ejemplo, que fabrico flautas de madera— y el resto del día a mirar por aquí y por allá sin más pretensión que la de mirar. No estaría esperando nada ni nada me sorprendería demasiado, ni siquiera la muerte, que llegaría como el cartero y me llevaría rápido.

El universo es la partícula más elemental de otro universo, que a su vez es la partícula más elemental de este universo. El encadenamiento puede ser tan infinito o tan escueto como queramos, eso da igual. Lo importante de esta enseñanza, que estoy legando a los pensantes venideros, es que carece de sentido la distinción entre *ser* y *nada*. Esta dicotomía es solo conceptual, y al final solo de palabras. Esos conceptos toman palabras cuyo origen es estar referidas y ser relativas a un contexto —no hay nada en un contenedor concreto— y las abstraen, o, más bien, las sustraen del contexto, con lo que invalidan las palabras y las convierten en fetiches filosóficos que carecen de sentido.

Noviembre 2016

Aún hay mosquitos en noviembre.

Marzo 2017

Hay una cima desde la cual todo es absolutamente bello y no existe el sufrimiento. En cada bestia es transparente la eternidad. Cuando estés en el silencio, entre el ruido de los temblores, de los cuerpos, acuérdate de ese lugar.

Creo que si Dios existiera y nos hablase, nos diría: «No os creé ni puedo juzgaros».

Abril 2017

Hablo a menudo de la divinidad. Es una desviación de la fantasía, una precariedad del lenguaje, una pereza. Es una tradición vacía —toda tradición es solo la carcasa— que simula ser una fuente en el desierto.

2019

Un rayo siempre la cae a uno solo. O a dos que se abrazan.

Ahogada en el gallinero inmenso, en el estruendo planetario, hay una voz diminuta y singular. Es la voz de la época. No es un promedio ni el acento vulgar de un barrio cualquiera. Es una extrañeza que está viendo desde adentro como si mirara desde afuera. Es la voz de un medio poeta y de un sabio estúpido. De un medio lelo de piernas cortas que provoca anchas suspicacias a pesar de sus esfuerzos por saludar y pasar inadvertido.

No dice nada en particular, no da consejos ni desvela ningún misterio.

La voz de la época deambula como un hilillo de mercurio por los torrentes del mundo. Contamina las aguas, pero las aguas son tan inmensas que su envenenamiento es homeopático y nadie se intoxica. Y quien lo hace lo olvida al siguiente verso amoroso que aparece en las etiquetas del supermercado.

Todo lo que acaba es la mitad exacta de un infinito.

Mi soberbia no es que crea que tengo razón en algo, sino el desdén hacia el que afirma no estar de acuerdo conmigo.

¡Estar en desacuerdo con qué?!

Camino hacia el vacío, quiero agarrarlo, pero cada vez lo destruyo con mi mano.

Estamos llegando al punto de agotamiento de lo efable. Quizás, a partir de un determinado momento que nadie percibirá, los libros, los poemas y los discursos dejarán de decir más para decir menos. Comenzará a restarse lo escrito y cada vez que se publique algo no habrá hojas encuadernadas que mostrar, sino huecos en las estanterías.

Al final, de nuevo el silencio, los gritos inarticulados de los primates hasta que un buen día uno de ellos, el más artero, señale al sol y ponga una consonante al lado de una vocal.

Llevo toda la vida queriendo ser otro y lo he logrado, pero este que soy cada vez es siempre otro del que quise.

Qué equivocados estabais todos los libertadores. Los hombres ya son libres, y eso que veis es su libertad, creedme.

La mano que nos indica el camino señala hacia lo basto del horizonte.

Solo habla de amor quien no ha nacido o quien ya ha muerto.

Los poetas de retaguardia somos los últimos en morir.

Se dice a veces: tal nació en un tiempo equivocado. Pero ¿acaso tenemos un tiempo reservado? No, todos nacemos en la tierra y en la época que nos es dada. No hay ningún error en ello.

Quien está incómodo en su mundo, lo estará en todos. No es un error cronológico lo que le incomoda. Ni siquiera es un error, sino una certeza.

¿A quién se le permite ya sino al poeta plantear hipótesis absurdas? No alegorías ni divertimentos, ni sinsentidos que pretenden alumbrar vaciedades cósmicas.

Hipótesis absurdas cantadas seriamente que no dicen el mundo ni lo aniquilan.

A quien sino al poeta, al único al que ya nadie escucha.

Hasta la pandemia de 2020 he vivido la mitad de mi vida.
Fin de esta mitad

Elige la respuesta correcta:

- a) El pueblo es el opio de la religión.
- b) El pueblo es la religión del opio.
- c) El opio es el pueblo de la religión.
- d) El opio es la religión del pueblo
- e) La religión es el opio del pueblo.
- f) La religión es el pueblo del opio.

La angustia moderna es muy antigua, una tradición como sacar estatuas a pasear por las calles. Los nietos de los primeros angustiados —las furias, los extáticos, los exaltados, los posesos— toman pastillas y pasean al perro.

El santo tiene al pirata contenido en la respiración.

Qué mayor placer para cada gota de lluvia que caer en el mar. Y qué mayor tristeza.

En el inmenso templo vacío, ya ni siquiera permanece el eco.

Bailo claqué con alpargatas

Cuando el sabio dijo *conócete a ti mismo*, os condenó a remar en las galeras del pensamiento.

No sigáis su consejo.

Todos los apresurados han visto en el espejo la imagen de un muerto.

Seguid la locura del otro sabio que fingió hasta creer que en verdad ignoraba lo que en su ignorancia sabía.

En la gran nevada de un mundo seco, veo desde la ventana cómo una mano adulta lleva a un niño de poco más de dos años. Le enseña la nieve, la nieve dura y crujiente del sol helador. El niño la tienta con pasos cortos, pero aún más intensos que los del primer hombre en la luna, aún más históricos. No hay lemas ni pensamientos, solo la entrega absoluta a un mundo nuevo.

La sangre es lenta, pero sus distancias son cortas.

El pensamiento es inmediato, sus distancias sin embargo son abismos insalvables.

La horrible guerra trae todas las grandezas. Lo más sublime, lo trae esa matanza de pordioseros. Más allá solo hay decadencia.

Nada ha cambiado.

Si sales del agua y te sientas en la orilla, ves el río pletórico en primavera y apenas un hilo en verano. Sin embargo, nada ha cambiado.

¿Crear en Dios o no hacerlo? Dioses hay muchos y todos son distintos —Yahvé es distinto en cada oveja—, tan solo guijarros que permanecen un tiempo y terminan llevados por la corriente.

Al final solo quedan los sepultureros.
Quedan echando tierra sobre el abismo infinito hasta colmarlo.

El panadero sigue amasando pan y ya nadie tiene hambre. Su horno jamás se apaga y ya nadie tiene dientes. El panadero llena sacos de harina y nosotros somos los sacos.
Tiene el rostro blanco aunque su piel es negra.

Odio a los que odian y por tanto me odio a mí mismo.
Amo a los que aman y por tanto me amo a mí mismo.
Me odio y me amo en equilibrio.

Hay que andar con cuidado para no pisar algún tabú, alguna cáscara de plátano sagrado que nos haga resbalar por el abismo del pecado y la impiedad.

Cuando Platón dijo que había que condenar a muerte a los poetas, se refería, obviamente, a esos que escriben poemas de amor y odas a las gaviotas.
Tenía, por tanto, toda la razón.

El número de los libros posibles es finito.

Un perro no se extraña por nada y tiene curiosidad por todo. Seamos como perros que se agachan a oler las esquinas que rompen el lomo de las dignidades. Mordamos la mano que recoge nuestras deposiciones y orinemos en contra de su voluntad.

El cielo es la bruma que borra la identidad, solo así es posible la dicha eterna.

Todas las muertes son iguales y todos van al sitio esperado.

Las matemáticas puras son el logro de los gimnosofistas griegos, un saber dado por el cuerpo que traiza su renuncia y ve surgir de sus latidos formas inmortales.

Hay una cabaña en mitad del bosque donde no vive nadie.

Solo por pasar a la historia, un jugador puso su nombre a una apertura de ajedrez, la peor imaginable, la más estúpida, pero al menos anónima hasta entonces:

h3

y a cualquier jugada de las negras

h4 y h5.

Pero para su desgracia, no es recordada por su nombre, sino como el avance de los idiotas.

Sentados bajo un sol al que no miran, los viejos esperan a que les salgan tumores que compartir. A veces pintan oros, otras bastos.

El bruto que pega a sus hijos también es un milagro de la creación.

Un hombre se está alejando, miradle, camina muy despacio en dirección opuesta
y, a cada paso, sus hombros se alzan y pierden la servidumbre.

Mueren los muertos, nacen en su muerte y vuelven a nacer. Hay muertes que destruyen el cuerpo y otras que lo limpian. Hay nacimientos que lo ensucian y otros que lo convierten en un árbol que crece hasta las estrellas.

La conciencia no está dentro de la cabeza, pero tampoco exactamente fuera.
De hecho, carece de ubicación.

Me he instalado una *app* que te abre los chacras. Solo tienes que enfocarla hacia ti mismo y en un minuto te cuadrícula.

El problema es que no sé dónde está ese *ti mismo*, ¿en mitad de los ojos, en el rostro entero, en todo el cuerpo, en las manos, en el pecho?

Ahora sé que tengo un solo *chakra*, uno solo, abierto como un socavón en mitad del asfalto, hondo como el leteo, silencioso como un páramo al que no llegan viajeros.

Repites como un mantra que vas a morir y acabará sucediendo. Repite mejor que renacerás, morirás de todos modos y cualquier vida que venga tras de ti serás tú renacido.

Si yo fuera un gurú, me dedicaría a esconderme de mis adeptos, y si alguno me encontrase, le gritaría: «¡Sigue tu camino, idiota!».

El campo antes de los hombres no estaba abandonado. No había entre sus zarzas los restos oxidados de una rueda. Habrán de pasar millones de años hasta que las pacientes bacterias lo devuelvan todo al silencio absoluto.

El árbol del futuro podrá echar raíces sobre el plástico.

2022

La Patria es el culto a los muertos de los humanos im-
prontados.

La constante de Planck es la única tierra irreductible.

A quien menos le interesan los libros es a los bibliotecarios, menos incluso que a los librerías. El oficio de bibliotecario se forja odiando los libros.

Con una foto bien hecha, cualquier desierto puede prometer abundancia.

Los ejecutivos se visten de enterradores.

Mayo 2022

Tenía un sistema filosófico que era como una baraja bien ordenada, pero la baraja se me cayó y acabó desparramada por el suelo —consecuencias de ser aprendiz de cartomago—, y ahora mi sistema es un absoluto desorden que solo puedo presentar en estos párrafos dispersos y peregrinos, incoherentes y contradictorios.

Nuestra tristeza y nuestra alegría comienzan con el nacimiento de las estrellas y la formación, en su núcleo, de átomos distintos al del hidrógeno.

Cierro los ojos e intento imaginar que el rumor de la autopista es un oleaje. Acompaso su rutina áspera con mi respiración para moldear el ritmo rompiente de las olas.

Estoy sin embargo demasiado despierto.

Cuanto más cerca del alimento está una cosa, más bella nos parece.

Cuando llega el verano, la sombra cae siempre sobre los agujeros de las hormigas.

El cuerpo idiotizado tiene alergia a la simiente de los campos.

Los gurús enseñan a estar en el presente como si otra cosa fuera posible, pero ¿dónde está quien reconstruye ensimismado sus recuerdos?, ¿dónde quien repasa absorto sus quimeras? No estar atento a la respiración o a las rugosidades de la corteza de un árbol no es escapar del presente, sino estar en otro modo del mismo. La razón por la que ese modo es tomado como nocivo es porque nos aleja del alimento.

Los niños adoctrinados conservan la doctrina en el grado en que sus padres fueron amorosos con ellos.

Salir en televisión te granjea muchos admiradores, pero no te hace más admirable.

Entre denotar y detonar hay una leve agitación

Las ideas no vienen de una inspiración, sino de una espiración.

Lo mejor para que las gentes no se organicen es conven-
cerlas de que cada cual es único y debe distinguirse.

Todos aquellos que buscan ser quienes *verdaderamente son*
y siguen el consejo de sus gurús —*conócete a ti mismo*— acaban
siendo nada.

El niño no sabe lo que es ser viejo.
El viejo ha olvidado lo que es ser niño.
En esa extrañeza mutua se buscan y se intersecan.
El que ya no es una cosa ni aún la otra, va por el camino
que une ningún lugar con ninguna parte.

Quizás Dios no exista sino como un acto que alguien
hace, un acto individual hecho por cualquiera.

Quizás su verdad sea solo la no mentira del honesto y su
omnipotencia la bravura del campesino que no se deja ava-
sallar. Quizás su eternidad sea la del aventurero que atraviesa
sin miedo los peligros, o la del enfermo que se resiste a morir.
Quizás su amor sea el de la madre hacia su hijo y su bondad
la del pobre que reparte lo poco que tiene.

Dios existe solo como esos actos; lejos de ellos, es ningun-
na cosa, menos aún un personaje estruendoso que todo lo
sabe, menos aún un demiurgo o un mago capaz de sacar de
la nada cuatro gallinas y un planeta con bosques de alcorno-
ques. ¿Qué absurdo poder es ese de crear el universo?

No hay ningún creador y Dios, lo divino o cualquier nombre que se le dé al estar sano, no es otra cosa que lo que hay recreándose en un bien natural que no está en la cima de un cielo platónico, sino en el barro y el alimento, en el sol de la tarde y la lluvia, en la alegría que sin duda siente cualquier viviente por el mero hecho de pasarse una tarde solazándose en su existencia sin pensar en ello.

Si no estáis conmigo, estáis contra mí; pero si estáis contra mí, estáis conmigo.

Los liberales te dejan elegir la decoración de tu celda.

El sabio no es una perla en un estercolero, sino un excremento en una joyería.

No hay nada más extraño a una vida particular que su biografía.

Quienes suponen universos paralelos e infinitas dimensiones no se llaman teólogos ni filósofos, porque ninguno de estos ha caído nunca en semejantes delirios.

La mayoría de los ensayos o tratados dicen en muchas páginas lo que podría decirse en unas pocas líneas. Otros dicen lo que no es necesario decir, y no faltan los que abundan en cosas de las que no es posible decir nada, cosas de las que, si se quisiera hablar con propiedad, habría que decir de menos.

El fin de todo es la perfección, por eso el universo es eterno y en su seno todo perece.

Nuestra época no se define por cualidades, sino por cantidades, por el exceso, la abundancia, el empacho y la acumulación. Las epopeyas modernas consisten en desposeerse.

Mi reino por quien me saque una carcajada.

La esperanza es aún peor cuando se cumple lo esperado.

Nuestros bárbaros serán ya los extraterrestres; invasores que, esta vez sí, no son humanos.

La abundancia de idiotas defendiendo causas justas es el mayor problema.

La aldea global tiene sus correspondientes paletos globales.

Cuantos más fieles tiene un maestro, más farsante es.

¿Qué queda para el futuro? Un mundo roturado por los empresarios, sujetos sin contenido a los que les resulta indiferente comerciar con carne humana que con melocotones.

Este es el legado del imperio británico.

Cuando nadie es dueño de ti, eres propiedad de todos.

Miro hacia lo alto de los árboles, hacia un camino que nadie ha recorrido.

¿Es posible una plenitud desconocida, sin fotografías, sin imágenes?

Afortunados los que tienen una ideología firme porque ellos pueden sentirse maestros y aleccionar a las masas desde su atalaya interestelar.

Yo te observo y tú me observas, pero yo además observo tu observarme.

Octubre 2022

Todo cadáver es pan.

Cuanto más configuras tu identidad, más idiota te vuelves. Las uñas postizas, la peluca, el género y el vello, la tribu que va a resolver todos los males habidos y por haber, la bandera, el pañuelo, las alpargatas vintage, los tatuajes y los cultos, el sistema operativo del teléfono, etcétera.

El vecino del quinto colabora con su cigarrillo negro al cambio climático.

Él es solidario, piensa a la contra, se cree libre y sublime —aunque no sepa explicarlo de este modo—.

La Tierra es plana, el hombre no llegó a la luna, las musas hablan por boca de un pocero, los dioses escupen y fertilizan a las criaturas jubiladas que buscan un don que entre partida y partida les deshaga un nuevo día.

En el Oráculo de Delfos había una sibila que, embriagada o no, respondía a las preguntas con delirios. Un sacerdote traducía a su gusto las palabras y las daba al mundo.

Eso era la poesía, y eso es en lo esencial desde entonces: inconsciencia, palabras, traducción. Y la razón del poeta es la del sacerdote.

Lo que ha cambiado es el mundo. A las sibilas ya nadie las traduce, ya nadie las toma en serio, y si lo hacen, lo hacen fingiendo. Ya no están en ningún templo sino disueltas en la mollera del proletariado y un poco en la de la burguesía.

Ahora la gente suelta delirios en cualquier parte. Ocurrencias chistosas que predican el colapso del Imperio de turno o una pronta invasión alienígena.

Si hubiese un sacerdote sabio, no como esos que solo repiten salmos, quizás nos descubriese de verdad el sentido de tanta profecía.

El día del libro no es el día de la lectura ni de la escritura, ni de la literatura, la poesía, la filosofía ni nada semejante. Es el día de un objeto encuadernado de al menos cuarenta y nueve páginas, lo que excluye muchos manuales de aspiradoras, pero no los antiguos listines de teléfonos.

Los libros deberían venderse al peso como los embutidos.

Me da un poco igual todo. Me da igual *pun* que *pin*, comunistas que liberales, ateos que creyentes. Luego digo por ahí que soy anarquista, pero eso no significa nada. Anarquista es cualquiera, hasta el más tonto. Mi indiferencia es como la de los perros, que no votan ni se manifiestan. Pero no soy

un cínico, mal llamados perros. Un perro no renuncia a un colchón para dormir en un tonel ni le mueve una idea de la vida. Simplemente, vive.

Atención al cliente

Mira, tú vida nos importa un comino, solo queremos que nos compres esta mierda. Quizás te sirva para algo o quizás no, eso también nos da igual. De hecho, todo nos da igual.

En mis sueños no hay campos vallados.

Tres virtudes adornan al buen esclavo: Teme, ignora, espera.

Tiene miedo como una bola en mitad del pecho.

Es sabio como una mula gacha y cubierta de parches.

No sabe dar dos pasos fuera de las cadenas.

Levanté la vista y vi venir a lo lejos una fe densa como un viento que arrastrase la hojarasca del otoño, rompió los cristales que me guardaban y desbordó el vacío de mis estancias.

Si hubiese una revolución me purgaría. No por ser enemigo, sino por no comprender que no comprendo ni ellos tampoco.

Al final, verás tu obra terminada. La tendrás ante ti, rendida al mundo, y sabrás dichoso, sobre todo el sufrimiento, que nuevas obras comienzan allá donde otras terminan.

Los grandes imperios de la historia trascendiéndome y yo aquí, en mitad de un campo roturado por las cosechadoras.

A lo último a lo que los físicos llegarán será a la extensión común a todos los campos, un vacío absoluto sobre el que está sucediendo el universo, como si un agua que no existe se pusiese a bullir.

Entonces habrá que reconocer que más allá no hay ley ni fuerza, no hay energía ni impulso visible, y que solo una palabra es capaz de describir cómo sobre la nada sucede algo: *creación*.

Noviembre 2022

Los revolucionarios giran sobre sí mismos.

De fracaso en fracaso hasta el triunfo final.

La mayor grandeza está en recuperar tu pequeñez.

La vida no es un error ni un pecado que hay que purgar. Ni es tampoco un milagro. El mayor milagro es que no hay ningún milagro.

Miro pasar los trenes y, hasta hace poco, no he descubierto que debía coger uno. Ahora es demasiado tarde y ya me he habituado a mirarlos pasar.

Se hunden nuestros pasos en un estercolero de diamantes.

Basta una gota de veneno para emponzoñar mil raciones de sopa.

Abril 2023

Hay para ti un maestro que jamás ha hablado con nadie y al que nadie conoce.

Solo podrás encontrarlo en un viaje verdadero.

Un viaje verdadero es aquel del que no se regresa.

Solo hay verdad cuando se mira.

Hago cetrería con las piedras. Las tiro hacia arriba y vuelven a mi mano atraídas por el alimento.

Para los sujetos mediocres, lo excelente es siempre lo mediocre.

Todo es cuestión de potencia. No es lo mismo hablar una lengua u otra. Hay lenguas imperiales. Esfuérzate si quieres, te olvidarán o, aún peor, recordarán a otro en tu lugar. ¿Y qué? Ya no estarás allí, no estarás allí nunca. No sabrán nada de ti, así que guarda tu potencia para la plenitud de tus días. Dale la espalda a todos los fastos y camina.

Todos tenemos un homólogo ruso, un doble singular e indescifrable que vive lejos, en suburbios fríos que son lo contrario de nuestras cabañas ardientes.

Julio 2023

La mejor manera de sentirse libre es comportarse como un esclavo.

Todo acto es eterno.

Has de regresar a un lugar en el que nunca has estado.

La representación de un ser vivo es un objeto inerte.

Hay que hacer sin esperar nada. Dios no sabe que ha creado.

Septiembre 2023

No mendigo pan ni monedas, sino académicos y críticos. Echadme un pensador que me alabe en un *paper*, un compilador que me reúna con el resto de sagitarios, un catedrático que me conceda un pie de página. Y si no les basta esto [hago el gesto con las manos de señalar un latifundio], el bosque lo cubrirá como una bendición.

Aun desvestido Dios de todo atributo, seguimos adorándolo.

Aun desposeído del ser y la existencia, seguimos adorándolo.

Aun despojado de nombre y de palabra, seguimos adorándolo.

Aun convertido en la nada absoluta, seguimos adorándolo.

Aun en el silencio del cuerpo, en la ausencia de todo milagro, en el vacío de todo sentido, andamos el camino infinito como si todo en él fuese sagrado.

Soy hombre y mujer de sexo infinito. Todos los centros y todos los extremos. Estado total y átomo en descomposición. Palabra milenaria y balbuceo. Caigo siempre en el mismo error y sin embargo nada se repite.

Si vuelve a haber poesía en el futuro, es que la guerra ha asolado el mundo y el lenguaje se ha retraído al gesto salvaje de señalar el miedo. No serán sus versos flores del bosque sino polvo y ladrillo de las ruinas; no de las ruinas soñadas, sino de las auténticas soledades entre cuyas grietas nacen las zarzas que dan el nuevo fruto.

Contra los alguien que se dicen algo, declaramos —mi cerebro y yo—:

la poesía que se dice socialista es una basura

la poesía que se dice tradición es una basura

la poesía que se dice libertaria es una basura

la poesía que se dice romántica es una basura

la poesía que se dice moderna es una basura
la poesía que se dice feminista es una basura
la poesía que se dice comunista es una basura
la poesía que se dice popular es una basura
la poesía que se dice experimental es una basura
la poesía que se dice nacional es una basura
la poesía que se dice cualquier cosa es una basura.
Incluso la poesía que se dice poesía es una basura.

Es más, la pintura, la novela, la jardinería, la gastronomía, la ingeniería, etc. que se dicen cualquier cosa, son una basura.

Voy a probar cuánto es posible resistir siendo un don nadie después de haber creado tan portentosa obra poética. Sin admiradores, sin seguidores, sin enchufes, sin lectores, sin críticos, sin nada... En silencio y sigilosamente, evitando las luces a las que todas las moscas se arriman, lanzando al mar mis poemas firmados por el nombre vulgar de un desconocido.

Octubre 2023

De aquello que podemos comer decimos sensatamente con la boca llena.

Los poetas filosofan de mala manera, hay sin embargo en su estupidez una sabiduría que jamás podrá alcanzar ningún sistema.

¿Qué son los muros sino puertas cerradas? ¿Qué son las puertas sino muros abiertos?

Un enano subido a hombros de gigantes gritó al paso de la comitiva imperial: «¡Mirad, el emperador está vestido, lleva un jersey de punto y alpargatas, pantalones vaqueros y un fular verde!». Todos lo miraron espantados y vieron que no podían mantener más aquella farsa. No eran las carnes trémulas del soberano lo que este mostraba, ni su limpia contextura de atleta sobrealimentado. Mentía. Sus ropas eran vulgares y absurdas, pasadas de moda, horteras. Cuando se sintió descubierto, se tapó el rostro y huyó. Hay quien lo ha visto en mitad de las nieves de Siberia, cubierto con un manto de piel de algún animal que él mismo ha cazado, a pesar de que su paladar delicado no soportaba los nervios de los filetes. Pero ved lo que hace el hambre y la soledad, lo que puede un cuerpo, lo que la verdad descubre: un hombre vestido que mata y se alimenta sin esperar a que nadie lo haga por él.

Del paraíso sé muy poco, pero algo sé. Sé que no está en el cielo, que existe y no es eterno, que no hay en él protocolos ni fastos ni etiquetas, que no hay reverencias ni vergüenza, y que no hay en él dioses ni ángeles ni cualquier otra superesencia inventada; pero sí perros, pájaros y otros muchos animales, y árboles de raíces fuertes que agarran las lluvias y las convierten en fruta. Y que si uno la come, se alimenta y permanece igual de idiota que antes, e igual de inocente.

Noviembre 2023

Convierte todas tus ocurrencias en sentencias, como hicieron Epicteto o Marco Aurelio, y así serás también estoico, pero a la manera moderna, como cualquier ciudadano con el que te cruces por las aceras.

—¿Dónde está el cielo que nos prometiste, señor? — exigen las últimas almas llegadas.

—¿Acaso no venís de él? —susurra desde su trono un Dios moribundo y cansado—. ¿Qué era si no ese mundo que creé para vosotros?

—Pero en ese mundo había muerte, enfermedad, miseria, egoísmo, maldad y sufrimiento.

—¿Y para qué os di la inteligencia?

En el silencio de tu muerte, todas las orquestas tocarán para ti.

No es más libre el que se rebela contra las normas que el que las acata.

Hay quienes se estancan en creer que va a venir un ángel a salvarlos y a dar sentido a sus vidas —un ángel, un dios, un

profeta, un maestro, un amor, un iluminado, etc.—. Así sus vidas son un estanque de aguas viciadas que los envenena poco a poco, hasta la estupidez final.

Hay verdades rotundas y objetivas, igual que hay cuerpos que nos miran y nos hablan, nos oponen su materia y su realidad. Y al igual que los cuerpos, nacen, crecen y mueren; dejan de existir y solo queda su recuerdo, que también desaparecerá.

Toda evolución biológica tiene sus límites y sus excesos. Los pájaros más aptos siguen su vuelo hasta perderse en la exosfera, de allí nunca vuelven y ven cosas que no pueden contar y nadie puede oír. Otros hacen sus aparatos tan pesados y complejos que pierden el vuelo y quedan sus alas como excelsos apéndices para la exhibición. Así es la mente en el ser humano.

Hoy los mares exigen navegar identificado; si no, todos los puertos están cerrados, todas las islas ocultas, todas las costas vedadas. Tan solo te queda entonces girar en el horizonte monótono del oleaje. Siempre igual y siempre distinto. Océanos de agua dulce en los que no es posible naufragar.

Tu existencia es insignificante contra el fondo inabarcable del universo, pero es inmensa en su singularidad.

No tenemos claro si nuestra misión es mantener viva una llama o sofocarla. Aunque quizás sea, más bien, prenderla.

La estupidez con buenas intenciones engendra perversión.

Enero 2024

Vivo en una isla desierta en la que están todos menos yo.

Llegó al cielo y advirtió con espanto que la gilipollez no es pecado.

Dios es el único ser cuya existencia coincide con su inexistencia.

¿El lenguaje es la casa del ser o la cárcel del ser?

Abril 2024

A veces un clavo saca otro clavo, pero otras lo hunde más aún. En lo más profundo, invisibles ya, están todos esos clavos comidos lentamente por el óxido.

Debo comenzar a ser coherente con mi posteridad. Quienes me han conocido no me creen capaz de escribir lo que aquí está escrito. Están cegados por los filtros de los superhéroes postmodernos, lo contrario a mí —lo contrario a todos los vivientes—. El deber que me impongo no se cumple en la voluntad, sino en el tiempo y en el fracaso. Su conclusión será esta: nadie ha escrito esto; es decir, lo ha escrito cualquiera. En silencio, ausente y olvidado, el tiempo forja en mi esta máscara.

Quizás debería decir que soy anglosajón y que hablo maternalmente la lengua de los saqueadores. Pero ¿tiene alma esa gente? —se pregunta un español que los ha visto comer —.

No nos gobiernan sabios. Los políticos, si creen en su misión, no pueden ser sabios de ningún modo, y si no, quizás lo sean, aunque de un modo perverso.

Cuando sublimo la contradicción no es hacia una síntesis, sino lo contrario, hacia lo que no es acabamiento.

Siento que se extingue mi palabra de no ser leída. Superadas ya todas las tristezas, solo me queda esta, así que he de perseverar, aunque me abisme en lo yermo. ¿Qué sería de mí si no me quedase al menos esté pequeño desaliento?

Miro a los jóvenes con una vergonzosa y excesiva mezcla de sentimientos: rencor, envidia, alegría, tristeza, deseo, desprecio, perplejidad, indiferencia, esperanza... Creo que es porque rememoro mi juventud ya perdida con la desazón de no haber sabido aprovecharla. La infancia me produce sencillamente alegría, ¿será que aún me queda algo de ella o que está ya demasiado lejos?

Solo hablo cuando hay silencio, y cada vez requiero de mayor silencio, hasta el momento en que mi voz sea imposible.

La soledad es mi epopeya.

Cómo ser grande contra la ley de la gravedad multiplicada.

El paraíso necesita de los mejores jardineros.

Fuera de sus fórmulas, los físicos no saben hablar. Llamen *todo* al universo y luego dicen que quizás hay más de uno. ¿Más de un todo? La totalidad solo puede ser singular. Mi cuerpo, como un todo, es singular. Otros cuerpos no son el universo. ¿Dónde se acaban mis manos, donde mis ojos, donde mis pasos?

Sería muy hermoso que las fábricas me pareciesen castillos y los camiones dragones. Que el páramo de escombros tras la verja oxidada fuese una ciénaga espectral, y su reguero de agua de plástico las fuentes emponzoñadas que manan de la guarida de un nigromante. Que el parque de pinos y olmos ennegrecidos por el humo fuese un bosque encantado, habitado por elfos a lomos de lobos parlantes, en vez de esos pseudoproletarios a la espera de nada que pasean al perro. Que el centro comercial, con sus puertas giratorias y sus hordas de enloquecidos recolectores, fuese un palacio de los sueños donde hadas traviesas te engañan para esclavizar-te y darte así la oportunidad para la renuncia y el heroísmo. Que el antro maloliente embarrado por una música mecánica fuese una cueva profunda llena de misterios y peligros, un laberinto en cuyo fondo, guardado por orcos y otros seres perversos, hubiese un tesoro. Que la ferretería y sus cacharos modernos fuese la forja de un maestro conocedor del arte de las espadas mágicas. Que la calle oprimida por el tráfico fuese una calzada recorrida por los mensajeros de un mundo que desconoce la inmediatez. Que entre las multitudes que tro-

tan por las aceras hubiese para mí un destello de amor puro, mirada verdadera que he de encontrar para salvar, para salvarnos, de las fauces de aquel dragón cuyos vapores todo lo calcinan. Que hermoso sería para mí este mundo de fantasía superpuesto por mi locura a la locura auténtica. Pero no he leído todos los libros, ni siquiera la mayoría, ni siquiera muchos. Y hace falta, para ser Quijote, haberlo leído todo, que no haya caballero desconocido ni hazaña imposible. ¿Estaba loco ese hombre o había llegado al convencimiento desesperado de la bravura? ¿Dónde está lo imposible, en sus delirios o en el heroísmo sanador del mundo injusto y polvoriento?

Mi cordura en exceso y todos los libros destruidos. Torres de papel que nadie puede escalar y que no arden. Son nuestros ojos los que han ardido.

El aire está en calma como si no existiese; aún así, sé que me envuelve y me atraviesa. ¿Cómo lo sé? Porque no puede haber pensamiento vacío. Carezco de todo salvo de esta plenitud sin coordenadas que guarda todos los dones. ¿Y si lo agitate? La pregunta es ya el acto. Este movimiento ¿está antes o después de mí? No, sin duda somos a la vez fuera del tiempo. El que observa comienza a ser cuando recuerda.

Ahora este aire se agita y forma remolinos y oleajes, grandes masas inabarcables que arrastran pequeñas virutas de las que nacen las corrientes. Yo lo dirijo y simplemente lo observo. En mi pregunta estaba contenida la respuesta, y sin embargo todo es nuevo e imprevisto. La pregunta trae todas las respuestas y todos los rompimientos.

¿Cómo será trascender? Libre y feliz como un campesino que ama los surcos de sus campos, los cielos que los cubren siempre, grises, azules o negros, las bestias que los recorren. Que deja su trabajo para alimento de todos, sean mendigos, ladrones o mercaderes. Antes creía en un dios diverso que le oprimía como sustituto de todas las muertes y todos los dolores. Ahora nada le oprime. No es la renuncia, como dije otras veces, sino la superación, volver a algún sitio en el que jamás se ha estado, deshacerse de todos los fardos y bañarse en cualquier charco. No es lacerarse para apartar el deseo punzante del cuerpo amado, sino mirarlo desde cerca y dejarlo respirar entre los acantilados, y verlo perderse majestuoso como se mira a las aves cuyo vuelo se envidia con alegría.

Cuando más alegre estoy es cuando más triste estoy.

Sin sed, todos los lagos se secarían.

He escrito una novela de ciencia ficción que casi nadie ha leído y casi nadie leerá. La vendo como una lucha entre potencias interestelares, pero en realidad no trata de eso —¿a quién le importan las potencias interestelares?—, en realidad ni siquiera es vendible. Trata de mí, yo estoy en ella, soy el personaje principal, soy todos los personajes, soy ninguno. Trata de un hombre en la nada de la distancia que descubre el llanto. Lo descubre poco a poco como un alquimista paciente capaz de transformar un pedazo de hierro oxidado en lluvia.

Se renace muchas veces. Por encima y por debajo de todas las tramas, de todas las filosofías y de todas las conquistas de la historia, están los pasos desprendidos, el coraje y el esfuerzo. Nada hay fuera de ello. Estás aquí y siempre se regresa. La infancia es maestra de los viejos.

«Cruzamos un desierto hasta que brotaron flores. Llegamos a una caverna donde todo era oscuridad, sus paredes no eran de roca sino de horizonte. Allí nacían las estrellas y tuvimos que aprenderlas para encontrar la salida. Los otros niños me ayudaron, pero al final, yo sola escalé una cima y me lancé hacia ellas. Volé guiada por las figuras que veía y, cuando ya casi no tenía fuerzas, encontré una espiga dorada brillando en el centro. —Oona hizo una pausa y tosó. A lo lejos se oyeron los ruidos de alguien que se acercaba, pero Corvo solo deseaba escuchar el final de aquella historia. Por fin conocía el sabor de las lágrimas—. Ella me enseñó el camino a la última estrella. Allí hay un planeta que tiene tanta agua como nuestra Tierra y su cielo es también azul. Cuando lo encontré, me invadió la alegría y solo deseaba volver para contártelo. Se lo diremos a todo el mundo, y quien quiera podrá ir hasta allí para correr libremente por sus praderas y bañarse en sus playas».

Cuando el vecino grita GOL, al otro lado del mundo una ráfaga de aire agita una rama y una mariposa echa a volar.

La historia de la biología es la historia del ensimismamiento.

No entendedís nada porque buscáis el alimento. Buscad mejor el hambre.

¿Cómo es posible sufrir cuando estás sano, cuándo guardas en un cuerpo pletórico un torrente capaz de atravesar los campos? Quién a pesar de todo lo hace ¿es digno de sus dones?

Los periodistas son enemigos de la belleza.

Los periodistas son enemigos de la inteligencia.

Los periodistas son enemigos del silencio.

Los periodistas son enemigos de la verdad.

Los periodistas esparcen con sus ventiladores luminiscentes la estupidez que cultivan, sepultan con ella las flores que a duras penas quiebran el asfalto. Son los soldados de la estupidez. Son los enemigos de la poesía. Convierten todo lo noble en banal, todo lo pleno en hueco, todo lo extenso en ceniza. Todos bajo su sombra son fantoches.

Los periodistas son nuestros enemigos.

Cerrad su ventana.

(Pero ¿a quién llamas *periodista*?, ¿a esos depredadores que pisotean el mundo con un lápiz mecánico?, ¿a esos hipnotizadores de rostro plastificado que sonríen falsamente aprisionados por los engranajes del tiempo?, ¿a esos que vociferan el miedo para que nadie aparte la mirada de su cubil infecto?).

Cerrad su ventana y abrid la vuestra.

El horror a tener algo en común con el enemigo lleva a la barbarie. Pero cuando se dice: «El peor enemigo es uno mismo», cualquier otro lo es por lo que tiene en común con nosotros. Cuanto mayor es la identidad, mayor es la enemistad.

El «Final de la Historia» no es el estado Prusiano, sino que los niños puedan jugar.

Nunca nada ni nadie ha estado en otro lugar que aquí ni en otro momento que ahora.

La persona gramatical no es nadie. Yo puede ser tú o cualquiera. Todo lo que hasta aquí ha sido divagado, lo han dicho muchos, cada cual en su peculiar desnudez.

Te desprendes del océano y asciendes. Lo que se rompe en pedazos adquiere la forma y el nombre; primero es disolución, luego calma, luego el frío de las alturas hasta que el sol comienza a empujarlo en un viaje impredecible. Solo cuando pasas por la tormenta tienes conciencia. La tormenta eres tú en ese mismo océano despedazado. Azotado y exhausto, adquieres la consistencia firme de una lágrima, o una estrella si tu tránsito fue inclemente, una joya en definitiva destinada a caer por la ley de los cuerpos. Agua que cae de nuevo al océano, o a los campos que fertiliza.

De las muchas cosas que suceden ¿cuánto queda? Toda esta curiosidad que ha llenado mi estancia de papeles y mis manos de piruetas, mi gesto de ideas que han agriado mi sonrisa... Nada es en balde. Para poder mirar las sencillas cosas de la tarde hay que haber recorrido los laberintos del palacio que tapia el horizonte. Algunos andan perdidos, otros tan solo a la entrada, en los pórticos donde se agolpan los mercaderes, o en los claustros herméticos donde un jardín da vueltas sobre sí mismo. Unos pocos hemos ido escaleras abajo, hacia los sótanos oscuros donde nada se distingue y las sombras pueden ser cualquier cosa, y escaleras arriba, hacia los miradores que prometen el mundo y nada pueden dar. Al final hay solamente una pequeña puerta trasera. Se abre como si no se hubiese abierto en milenios, chirría y aparta las zarzas y muestra un camino casi borrado que baja hacia un pequeño riachuelo. Recorres su ribera hasta un alto desde el que, sin perder su frescura, puedes ver un pedazo de cielo entre los álamos. Y no hay nada más al final de todas las músicas, de todos los libros, de todas las historias, los vuelos, las proezas, las ingenierías, las leyes y las ciencias. No hay nada más que este pequeño paseo en el que todo está contenido, que está en todas partes y, sin embargo, es tan esquivo.

Hay más caminos que los visibles.

